



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

La luna por la acera

Los días de María en el centro de Medellín

Autor

Maria Paula Hernández Bergsneider

**Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones**

Medellín, Colombia

2020



La luna por la acera. Los días de María en el centro de Medellín

Maria Paula Hernández Bergsneider

Tesis o trabajo presentado como requisito parcial para optar al título de:

Periodista

Asesor:

Raúl Hernando Osorio Vargas

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones
Medellín, Colombia
2020

Resumen

María es una mujer de 64 años que vive con su novio y seis palomas en un inquilinato del barrio Niquitao, en Medellín. Desde sus 17 años se dedicó a la prostitución, oficio que aún ejerce para subsistir en los alrededores de la iglesia La Veracruz del centro de la ciudad.

Su vida transcurre entre encontrarse con clientes, cuidar de sus palomas, buscar restaurantes de beneficencia y contar historias en un club de costura organizado por una corporación de trabajadoras sexuales a la que pertenece. Todo cambia cada año cuando llega la Semana Santa.

Tabla de contenidos

Introducción	5
Primera luna	8
Segunda luna	21
Tercera luna	35
Cuarta luna	58
Quinta luna	70
Sexta luna	90
Redención	98
Referencias bibliográficas	100

Introducción

Un pichón de paloma que cae de su nido se parece más a la incertidumbre que cualquier otra cosa. Por sus patas débiles, por sus ojos empañados, por sus plumas contrahechas. La violencia de la caída tal vez quebró alguna de sus extremidades; alguno de los órganos incipientes que aún no se acaban de formar en su interior, quizás nunca vuelva a funcionar como antes. Sobre su cabeza -dos o siete metros de altura, da igual- quedó el destino promisorio que la naturaleza le tenía reservado. Bajo sus pies, la selva de cemento le propone andar, moverse con dificultad en el limbo absurdo que retiene al ave que observa el cielo desde el suelo sin poder volar.

Hay vida aquí abajo también. Ciempiés, arañas, hormigas caminando en fila por la raíz de los árboles. Hay personas y hay otras palomas más grandes picoteando el suelo del Parque Bolívar. Hay perros, animales con hambre, ratas. Hay un gato detrás de una banca que observa a lo lejos, con sigilo, la nueva flor del jardín. Redonda, cubierta de pelos amarillos y con un par de ojos abiertos de terror: una flor que se mueve... sabroso bocado.

El gato prepara su arsenal mientras el pichón inaugura su canto pueril, chiu, chiu, chiu. Se afila las uñas, crisca la espalda, agudiza la mirada y castañea los dientes. Chiu, chiu. Sacude su cola con éxtasis de lado a lado. Da golpes pequeños al suelo con sus patas traseras mientras las flexiona y, de repente, justo antes de saltar, dos manos de esmalte rojo y viejo le arrebatan el almuerzo.

—Chiu.

—Tranquila mi amorcita, llegó la mamita. No tengo alas pero le tengo este par de téticas calientes.

El día en que la conocí, María acababa de ser mamá por sexagésima vez y no hablaba de otra cosa. Le había puesto Gabrielita a su recién adoptada paloma, siguiendo una larga tradición de generaciones en las que, cual legión medieval, los colores de las plumas cambian, pero los nombres siempre son los mismos: Negrito, Cucú, Gabrielito, Uriel y sus posibles variaciones en femenino.

Me la encontré en “Tejiendo Historias” un espacio de la corporación Guerreras del Centro y Comfama en el que trabajadoras sexuales se reúnen a tejer y echar cuentos en

compañía de cualquier persona que quiera escucharlas y aprender a tejer en croché. Entre puntos y cadenetas se van armando los relatos dolorosos pero también los recuerdos nostálgicos de años mozos; las preguntas tímidas y las respuestas irreverentes; las experiencias compartidas del amor, el dolor, la maternidad, la feminidad, la cotidianidad, el placer, la violencia, el pudor y la fe.

La idea del proyecto es, además de propiciar un espacio de diálogo social con esta población, dotar a las trabajadoras sexuales de una habilidad que les permita generar ingresos en otra actividad alternativa a la prostitución. Están quienes han tejido toda la vida y son las tutoras. También quienes dan sus primeras puntadas y se esfuerzan por aprender. Y está María que, al menos en mi presencia, jamás sostuvo entre sus manos un ovillo de lana. A la cita de cada jueves la atraía la idea de recibir unos pesos y darle rienda suelta a su vocación: contar sus 64 años de vida ante las risas y miradas de sorpresa de un público ávido de sus historias.

Al principio nos encontrábamos solo los jueves en el claustro de Comfama. Mientras yo tejía cuadritos de lana para una colcha que luego subastaría la corporación, María me hablaba de sus clientes, de sus compañeras, de sus técnicas de seducción. Sus cuentos eran retratos completos de la vida de los personajes de La Veracruz, narrados desde su especialidad: la comedia. Iban y venían anécdotas de clientes impotentes, mujeres ambiciosas, ladrones torpes y noches venturosas en las que conseguía más entregando menos.

Con el tiempo nuestro lugar de encuentro cambió, y también el carácter de sus historias. Nos veíamos en panaderías de diferentes lugares del centro y conversábamos desde las siete de la noche, cuando yo salía de trabajar en un call-center, hasta la una o dos de la mañana. De cada pregunta se ramificaba una multitud de relatos a los que era difícil seguirles la pista: un personaje secundario de repente se convertía en el protagonista de una nueva historia sin que la anterior hubiera terminado; un lugar evocaba tantos recuerdos que intentar mantener el hilo de la anécdota en pie no era más que una terquedad.

De hablar de su trabajo en La Veracruz pasó a contarme la cotidianidad en el inquilinato donde vivía, sus dilemas amorosos, los recuerdos que conservaba de su mamá. Dejó la comedia a un lado y, durante un año y medio de conversaciones, estuve maravillándome ante los matices de una mujer valiente y sensible, cuya vida refleja como un prisma la

historia de tantas mujeres campesinas que en la segunda mitad del siglo XX abandonaron su territorio para migrar tras la ilusión de progreso que promete la urbe. Intenté retratarla sin tener mucho éxito, naturalmente. María es infinita, inabarcable. Yo solo una periodista aprendiz.

Estas son, narradas en su voz, algunas de las historias que me contó.

Primera luna

Yo les reparto arepas a las palomas porque ellas no pueden hablar. Me bajo desde Niquitao hasta Berrío, derecho. Reparto arepa en el palomar de Berrío y reparto arepa en el palomar de Bolívar. Ellas ya me conocen. Cuando me ven llegar se ponen a cucurrusear y me miran. Yo también las miro y las saludo, les hago el juego y les voy desmenuzando las arepas. De esas arepas pequeñas que le dan a uno con los almuerzos. Se las reparto y quedan todas con el buche contento. Cuando de pronto no tengo arepas, les compro arroz, pan. Y cuando de pronto no tengo plata, Diosito me manda. Algo siempre me pone Dios por ahí.

—Vea, miija, a usted que le gusta compartir con los animalitos, aquí le mando estas arepas calientes— me dice. Y me las deja en un plato casi vacío de un restaurante o en una banca de por ahí. Un día me dejó un paquete de arepas calientes, calientes, y yo las repartí todas. Era una prueba.

Por la casa van mucho a comer. Ellas ya saben que yo vivo ahí y me buscan o se van a vivir por allá, cerca mío. Hay muchas que han nacido en el barrio y se meten hasta el patio de la casa, se saludan por una ventana con las mías, las que tengo en la pieza. Yo salgo al patio de afuera y, a penas me ven con la bolsa de cuchuco en la mano, se me vienen al encuentro. Van cayendo desde el árbol como hojas secas. Y, a penas las ve, el administrador también se me viene al encuentro, pero a joder: que en el patio no les puedo dar comida, que lo dejo lleno de mierda de paloma.

—No, mijo, usted ni raja ni presta el hacha. Ni les compra comida ni deja que uno les de.

Entonces ya les estoy echando en la acera del frente. Pobres, me hacen corrillo. Se me vienen y me tratan de brincar aquí al hombro. “Ahí viene la mamá que nos pone comidita”, así dicen.

—Usted no deja que esos animales se vayan —me grita el viejo desde adentro—. Yo los espanto y usted les da comida.

—¿Acaso a usted le gustaría que lo echaran con hambre? ¿Sin desayunar y sin almorzar y sin un peso? Acuérdense de eso, mi querido.

Será por eso que a mí Dios me manda mis ángeles. Yo hambre no aguanto porque les doy comida a los animales. Nunca me ha faltado la comida, solo me ha faltado una casa que tenga sala para armar el pesebrito en diciembre.

Con la que encontré ayer habrían quedado todas emparejadas. Tres para tres. Cucú con Cucúa, el Negrito con Uriel, y Gabrielito con Gabrielita, la última que llevé. Gabrielita, la suertuda, porque es la primera que me encuentro de noche.

La recogí en Ayacucho. Yo bajaba revisando los rebujos de basura que la gente deja en las esquinas y los postes, a ver si encontraba alguna cosa buena que recoger, cuando le vi los ojitos brillando entre la tierra y la oscuridad. Los pichones que se caen de los nidos se acurrucan en las raíces de los árboles a esperar que algo pase, que caiga comida del cielo, que la mamá los baje a recoger, que llegue yo y me los lleve para la pieza. Abren los ojos asustados y tiemblan del frío porque, aunque son aves, tienen pelos en vez de plumas, están bebés. Unas señoras me dijeron que dejara quieta a la pichoncita, que no me la llevara, pero yo las mandé para la mierda y me la guardé entre el bolso, envuelta en papel periódico. En la calle se la habría comido un gato o algún hambriento habría hecho un caldo con ella. Yo no le puedo dar el cielo, pero conmigo está mejor.

La paseé por Berrío y por Botero. Ella se quedó quietica en el bolso mientras yo daba la ronda buscando a algún conocido, pero nada. Domingo de Ramos y ya empieza uno a ver la ciudad diferente, más sola, los amiguitos más achicopalados. Todos los años es igual.

Se hizo tarde y cogí camino para Niquitao. Todavía me faltaba armar el nido donde iban a vivir Gabriel y Gabriela juntos: ponerles trapos y papel Colombiano, abrirle ventanas a la caja, echarles comida. Me faltaba presentarlos, dejarlos que se conocieran y empezaran a espulgarse el uno al otro. Faltaba que se enamoraran, que él se le montara encima y sacaran huevitos. Gabriela era la que me iba a ayudar a curar al palomito. Pero cuando llegué, no lo encontré como lo había dejado. Otro palomo más que desaparece no-se-cómo entre las garras de no-sé-quién.

Gabriel empezó con una tristeza rara desde la semana pasada. No quería salir a comer y vivía aperezado. Él era ciego, pero solía ser el más avisado, el que más retacaba por la comida. A penas yo lo alzaba empezaba a picotearme, a abrirme el pico para que yo le llenara el buche. Tan bello mi cascabelito. Estaba pichón pero salía y brincaba y saltaba buscando la comida. Y en estos días se estaba comportando como si no fuera él, como si otro palomo le hubiera intercambiado el alma.

—¿Qué será lo que tiene Gabrielito? —Le preguntaba yo al Ovejo—. ¿Qué tendrá?

Me puse a revisarlo y, al principio, no le vi nada. Seguí buscando y le encontré un hueco aquí, por la pierna. Ay miya, y luego otro hueco aquí por la ingle y otro por aquí. “¿Y esos huecos tan raros?”. Lo cogí y lo lavé bien con Jabón Rey, que es muy sanador, y le eché aceite Johnson’s que también es sanador. De pomada le eché crema dental, le restregué polvos Mexana y le puse algodón de tapón en los huecos. Quedó contento.

Eso estaba sanándole y él ya tenía mejor cara cuando, a los tres días, otra vez dejé de sentirlo. Salían a comer los otros y él no. Él se quedaba debajo de la cama, desgano y con la cara larguita, larga. Entonces me senté y le llené esa barriga de arroz. Fié una libra donde el tendero, le abrí el pico y le llené el buche.

—Abra el piquito, mi amor.

Cuando terminé, fui a mirar, a tocarle el buchecito a ver si le había quedado lleno, pero no le encontré ningún buche.

—Ay, ¿qué le pasó? —Encontré fue un hueco—. Venga, mijo. ¿Qué le pasa que no tiene buche?

No tenía buche. Lo cogí otra vez y lo limpié con Jabón Rey, le eché polvos, le eché aceite, le eché Kolynos. Mejor dicho, qué no le eché. Le tapé el hueco del buche con algodón y otro hueco que tenía aquí y otro por aquí. Lo cogí a picos, lo puse encima del televisor a que cogiera el calor del bombillo y la cosa se quedó así.

Hasta anoche, cuando metí la mano en la caja y no estaba mi palomito. La Cucúa y el Cucú estaban por ahí dando vueltas, y el Negrito y Uriel metidos debajo de la cama, caloriándose. Corrí los trapitos que le tengo en la caja y encontré un plumero bañado en sangre fresca. Saqué todo eso y al fin encontré a Gabrielito, pero solo esto aquí, el espinacito. Oiga, lo encontré bien comido. A ese sí se lo comieron bien ruñido con bastante hambre, miya. Dejaron los meros huesitos de la espalda.

A veces pienso que es un espanto. Si fuera un gato o un ratón se hubieran comido al Negrito que viene siendo el más pichón. Además, no tienen por dónde meterse para la pieza. Yo tengo una canasta en la ventana y un florero que tapa el hueco del techo. No he podido ver nada y, como ese Ovejo es tan escandaloso, no puedo hacer mucha bulla. ¿Será alguna rata que se mete de día por la puerta y espera hasta la noche calladita? Ellas son muy

sigilosas y más de una vez las he visto subir por las paredes en las madrugadas. Ay miya, yo no sé. Voy a tener que cambiarles las cajitas por unas nuevas que puedan cerrarse bien.

Gabrielito ya es el tercer palomo que se comen en el mes, los otros que tengo se han salvado de milagro. No se han salvado los hijos de Cucú y Cucúa. Ella se echa debajo de la cama pero se le comen los huevitos o ella misma los deja de caloriar. No ha podido sacar pichones.

La semana pasada puso dos huevos pero uno estaba toteado y el otro estaba frío, frío. No lo estaba caloriando. Yo le dije a la vecina del rincón que me los fritara y me los comí. Son como de gallina, pero más chiquitos. De vez en cuando les doy maíz a las palomas y la yema sale coloradita, muy sabrosa.

—¿Quiere?

—No. Cómaselos usted que son de su paloma.

Me da pesar porque ellos son marido y mujer y salen a hacer el amor junto a la puerta. Chupan piña y la Cucúa le pide cuerno, le da picos por aquí y todo eso. Ella vive acariciándolo, enamorada de su marido, haciéndole dar ganas. Le da casquillo hasta que lo motiva y él se encarama encima de ella y empieza a sacudir las alitas.

—¡Que viva el amor! ¡Que viva la vida! —canta ese palomo feliz. Y sacude esas alas que da miedo.

Qué pesar de la Cucúa, tanto casquillo para nada.

A las cinco de la mañana empiezan las cajas de cartón a sonar. Ni un minuto antes, ni uno después. Sin que nadie les avise, ellas saben que el sol no tarda en salir y empiezan a aletear en sus nidos, cajitas que les acomodo debajo de la cama, al fondo, junto a la pared. Yo tengo los ojos abiertos cuando el Ovejo me sacude para despertarme. Ellas saben que la mamá las escucha, que la mamá está pendiente, así es como me llaman. Saco las cajas de la pieza, las abro y ellas solitas van saliendo: Cucú y Cucúa, salen de la más grande; el Negrito y Uriel, de la mediana; y Gabrielita, de la pequeña. Mientras le consigo otro novio, duerme solita.

Me gusta madrugar a sacarlas para que nadie las moleste. A esa hora pueden salir al corredor, distinguir. Allá les espolvoreo cuchuco, si tengo, o les desmenuzo pan viejo. Yo me siento en la grada de la puerta de la pieza mientras ellas van al patio, y desde ahí las veo comer. Me recuesto en el marco, y a veces cierro los ojos mientras las espero. Si me voy

quedando dormida, el Negrito y Uriel me despiertan, me aletean en las piernas, me abren el pico y me comienzan a morder. Parecen niños chiquitos, hay que darles de comer en la boca. Mientras cargo al Negrito, Uriel se emberraca porque le dan celos y lo coge a picotazos. Y si le doy primero a Uriel, el Negrito es el que se pone envidioso. Son mimados y me hacen reír, como niños chiquitos.

El Cucú vuela por el patio y se sube al tejado mientras la Cucúa lo mira desde abajo. Ella salta y brinca y sacude las alitas, pero no puede volar. Una vecina la agarró un día mientras yo no estaba y le cortó las alas. Así, no más, cogió unas tijeras y se las cortó. Que la paloma estaba volando mucho, que casi se le mete a la pieza, le dijo una vez al Ovejo. Pero para mí eso no es una razón. Cucúa ve volar a su marido y desaparecer detrás del tejado, lo escucha cucurrusear allá arriba y sacude las alas que le quedaron, intenta volar para irse de paseo con él, pero no se levanta del suelo. Pájaro que tiene las alas mochas, no vuela. La pongo cerca de los otros palomos para que no se quede sola. Ellos saltan y a veces vuelan, pero nunca se van de mi lado.

Va aclarando el día y los reúno en la pieza antes de que se despierte la gente. En el corredor vive un viejo cochino que goza montándome berrinches cada que las ve. Cuando me escucha hablando con ellas, abre la puerta de un tirón y llega a zancadas hasta el patio buscándolas. Les zapatea y les grita, las espanta sacudiendo una camiseta vieja que no ha lavado nunca. A veces llega hasta la puerta de mi pieza persiguiéndolas, y ahí sí le canto la tabla completa.

—Váyase para la mierda, viejo hijueputa. Usted está en su pieza y los palomitos en la de ellos. A mí este rincón me pertenece. Deje de ser metido, malparido viejo asqueroso.

Y entiende. De la grada no pasa porque sabe que no le conviene. Yo le digo así, malparido viejo asqueroso, porque a la gente grosera le tienen miedo. “Ay, esta mujer como es de boquisucia”, “ay, quién se mete con esa mujer”.

—Yo no soy grosera pero tengo una hijueputa rabia que mato y como del muerto por mis palomitas. Conmigo aplica la ley de la selva, malparidos— les digo.

Desde la pieza, el Ovejo me llama. Que deje de hacer escándalo, que las baje de la cama. Ellas buscan el calor del cuerpo de él y se le meten entre las axilas. “Cucucucuuu”, le cantan y le dan picos, pero ese hombre se emberraca. Que no dejan dormir, que me las va a echar a la calle.

—¿Y yo cómo sí me aguanto su radio?

—Mi radio no caga toda la casa, hija. En estos días salgo de ellas otra vez.

—Pues usted caga todos los días y yo no salgo de usted.

No me gusta pelear en las mañanas con el Ovejo porque nos escuchan los vecinos. A las cinco y media empieza la gente a ir al baño y en el corredor se arma una fila de hombres en pantaloneta con toalla al hombro y jabón en mano. Cuando él sale a hacer la fila, están mirando para acá, lo rodean y le preguntan si duerme conmigo o con las palomas. Él se ríe y no les contesta, pero yo sé que se guarda la rabia para cuando se emborracha, y ahí sí hay que tenerle miedo. Una vez llamó a una vendedora de Helados Bonice, amiga de él, y le regaló mis palomas, los primeros Cucú y Cucúa que tuve, con sus pichoncitos. Cuando llegué por la noche, las busqué por toda la casa y no las encontré. El Ovejo estaba riéndose y me dijo que las había regalado. Yo busqué a la señora y hablé con ella, le dije que iba a ir a recogerlas, que si quería podía pagarle para que me las devolviera. Pero ya era tarde, me dijo, esa mañana se las habían comido en una sopa.

—Vos parecés endemoniado, vos tenés un mal —le grité esa noche al frente de esos amigos que tiene. Y él a penas se reía con esa risa diabólica que tienen los borrachos.

Sale a las cinco y media a buscar el Q'hubo y El Colombiano, todos los días. Recoge los periódicos en una agencia y se para en Ayacucho a esperar: que algún carro de los que esperan en el semáforo baje la ventana, que alguno de los transeúntes pare de caminar, se saque setecientos pesos del bolsillo y se los entregue a cambio de leer las historias de los muchachos pobres que matan por ahí. Por cada periódico que le compran, a él le corresponden quinientos o doscientos pesos, según el que lleven. Con las primeras monedas, se toma un tinto. Con las segundas, compra una botella de alcohol de farmacia que va mezclando con agua y tomando durante la mañana. Ese es el desayuno de él. De vez en cuando, voy y me asomo sin que se dé cuenta, y allá lo veo: hartando chirrinche parejo en medio de seis o siete gatos callejeros como él. Todos igual de hambrientos, igual de tomadores, igual de viejos, igual de llevados. Se encuentran para armar el mismo aquelarre todas las mañanas, reírse de los mismos chistes y pelear por las mismas necesidades.

Yo me quedo durmiendo con mis palomitas. Cuando el Ovejo se va, caminan libres por la pieza, vuelan y se me encaraman encima para que yo las caliente. Roncamos hasta las nueve

de la mañana y a esa hora me paro a ver cómo resuelvo el desayuno. Unos días fío en la tienda un tinto, otros días preparo leche en polvo con agua y fío el pan. El Ovejo me dice que, de fiada en fiada, nos vamos a arruinar. Pero sin fogón y sin fiar lo único que me queda es comerme las uñas. Varios vecinos tienen fogoncito en la pieza y uno ve que les va mejor así. Preparan café, fritan huevos, hacen sopas, al medio día se les siente el olorcito a almuerzo. La Ovejita Venezolana (el Ovejo le puso así) a veces me hace el favor de calentarme la leche en polvo con agua y avena, pero no más. A los que tienen fogón les cobran un adicional, y uno no se puede recostar en los demás todos los días. Yo he buscado por un lado y otro un fogón de petróleo como el que tenía mi mamá en la finca, pero no lo encuentro. Lo busqué en la minorista y en el hueco, me caminé los remates de la Estación Prado, pero dizque ese modelo ya no se usa, eso me responden los vendedores, con cara de no entender de qué les estoy hablando.

Si tuviera uno, cocinaría todos los días. Frijoles, sudados, sancochos. Le volearía aliños parejo a esas ollas. A mí me gusta cocinar sin arrepentimientos, que me queden las comidas como a mí me saben bueno. Escogería bien los fríjoles y los pondría desde por la mañana a largar tinta, ahí está todo el hierro. Los pitaría hasta que quedaran bien blanditos, les echaría plátano y papa picada. Quedarían bien caladitos, ni espesos ni aguados. Cuando los fuera a pitar con el revuelto, les echaría un cubo de Ricostilla y Triguisar, les picaría cebolla y cilantro. Y cuando fueran a estar listos, haría un hogao de cebolla y tomate frito y, pum, se lo esparciría por encima, bien calientico. El Ovejo se lo comería todo y me pediría más. No quedaría para la comida porque se acabaría todo al almuerzo.

Pero no hay fogón ni hay plata para comprarlo, así que espero a que no haya fila en el baño y me organizo, me pongo un vestido sencillo y unos zapatos para caminar. Me recojo el pelo en una cola de caballo y me bajo derecho hasta Ayacucho. A las once de la mañana, por tarde, estoy recogiendo al Ovejo. Llevamos rápido a la agencia los periódicos que no vende, y salimos corriendo para el comedero del Padre Pío. Allá el almuerzo es regalado y cada minuto cuenta. Ellos no tienen obligación, y así como fácil brindan un plato de comida, fácil lo niegan también.

—Dejen pasar a la niña, déjenla pasar.

—Ficho, ficho, ficho.

—¿Si él es discapacitado también necesita ficho?

—Denle paso a la niña que va a salir.

—Córranse, pues. Viene la niña.

Siempre se arma el mismo alboroto y, desde el segundo piso, la criatura nos mira siempre con la misma expresión. Algo en este mar de ancianos hambrientos no deja de sobrecogerla ni un solo día. Tal vez los bigotes caóticos, tal vez los ojos vidriosos, los pies descalzos, las uñas de las manos que se aferran con fuerza a la reja azul. Siempre a las doce y media, la niña de trenzas sale de la puerta blanca del segundo piso como el pájaro puntual de un reloj cucú. Debe llegar a la escuela a la una de la tarde, supongo. Desde adentro de su casa le gritan que no baje ni un escalón sin la mamá y ella hace caso, se aferra a la baranda con las dos manos mientras nos observa con una mirada que combina un poco de asco y otro poco de fascinación. “Va a salir la niña”, “háganle espacio a la niña”, grita el gentío cuando ve que la mamá sale tras ella y juntas bajan, peldaño a peldaño, la escalera que las sumerge en este nudo de ancianos estrujados.

Las sigue el hombre que nos reparte los fichos. Cada día, cuando escucha que la niña del segundo piso va a salir, sale por la puerta del comedero en el tercer piso y baja las escaleras gritando “dejen, pues, pasar a la niña. Se corren o los dejo sin almuerzo”. Él también se agarra fuerte de la baranda y baja reposando ambos pies en cada escalón. Es un viejo, como nosotros. Llega hasta el primer piso y sacude el brazo de un lado a otro sobre las cabezas de los que están junto a la reja para que se corran. Entre empujones se abre un camino estrecho por el que pasan a la fuerza la mamá y su hija, recién bañada y recién peinada, con el buchechito lleno de recién almorzar. El viejo reparte la última tanda de fichos.

—Fichos para la tanda ocho. Tanda ocho, tanda ocho.

—El que falte por ficho que se avispe.

—Ficho, ficho.

—Aquí hay uno discapacitado.

—¿Las mujeres entran sin ficho?

—¿Qué ficho te tocó a vos?

Algunos aprovechan el episodio para acercarse a la reja, pero son expulsados por los que llegaron primero y están más cerca. Generalmente, los turnos de los fichos se respetan, pero nunca falta el avisado que se quiere colar. Y aquí los últimos nunca son los primeros. Cerca de la reja se hacen los que madrugan y llegan temprano, los que tienen familia, los que se bañan, los que tienen dónde vivir y pueden pronosticar, desde que se levantan, la hora a la que estarán en el comedero. Y en el gallinero, en la periferia del tumulto, se esparcen los cansados y los descalzos, los que llevan su casa a cuestas y caminan con bultos al hombro, los que saben esperar a que otros coman, los que no van a aguantar insultos ni empujones, los que no le van a rogar nada a nadie, los que no se arrodillan, jamás y nunca, a cambio un miserable plato de comida. “Si nos van a dar, nos guardan”.

El Ovejo y yo quedamos como en la mitad, podría decirse. Tan pronto como llegamos, yo corro a escabullirme entre la fila de las mujeres que se hacen cerca de la reja para coger ficho rápido. A veces, cuando baja una muchacha a abrirnos la reja, consigo entrar sin ficho por ser mujer. Pero cuando el viejo es quien reparte los fichos, las mujeres entramos de últimas y sólo con ficho en mano. A él ya lo han regañado por eso, por discriminar a las mujeres. Corre el chisme de que al viejito le gustan los hombres y por eso los pone primero, como en los tiempos de antes cuando la mujer se servía solo después de que el macho había probado comida. El almuerzo no sale del bolsillo de él, pero vive encantado con la idea de quitárnoslo algún día. Nos regaña porque sí y porque no. Es un viejo lambón. Usted sabe que en toda parte hay un lambón.

—Permiso que voy a cerrar. Me cierran la reja si quieren seguir almorzando aquí.

—Dejen, pues, cerrar la reja.

—La gente del edificio ya hizo el reclamo, háganme el favor o las dejo sin almuerzo.

—Ese discapacitado está muy joven. Que se vaya a donde Robinson.

—Permiso, permiso.

—Mujeres con ficho en la mano.

No sabemos quién manda esos almuerzos. Unos dicen que los regala la Curia, otros que los da el Alcalde, y otros que son regalos de las familias ricas de Laureles y del Poblado. Ellos dizque adoran al Padre Pío, aunque yo no sé de dónde saldría ese señor.

—Sería de un corral de gallinas. Nosotros no conocemos ningún Pío. El único Pío que hubo fue un Papa, Pío doce.

—¿No será el mismo? Era Pío once.

—¡Oiga! No es el mismo Pío. No se parecen ni pío. Ese señor era por allá de Italia y tenía los estigmas de Jesús. Las manos, las llagas. Tenía unos poderes especiales pero por esa enfermedad lo tuvieron que enclaustrar.

—¿Pero ese no era Pío once? Hubo un Pío que se llamaba once.

—No, niña. Era Pío doce.

—Y había Pío trece.

—Juan trece, niña. Perdón, Juan veintitrés.

—Cuando yo era chiquita oía hablar de un tal Pío once, Pío doce, Pío trece.

—Juan veintitrés, niña. ¿No ve que el seguro social de aquí primero lo llamaban Juan veintitrés? ¿se acuerda?

—Ah, sí. Y dizque hace milagros.

—¿Quién?

—Pío.

—¿Y le parece poquito milagro haberse muerto?

Mientras yo me rebusco los fichos, el Ovejo me espera conversando con Jairo Chirrinchi. Hablan del trabajo y de los amigos en común que tienen. Jairo se conoce las historias de todos en el centro de Medellín: todos son sus vecinos, con todos ha compartido techo y a todos les ha brindado hojas de papel periódico a manera de cobija y sábana para arroparse en mitad de las noches frías. Yo tuve mi romance con él. Fuimos amiguitos durante un tiempo pero él es solterón desde chiquito. Camina con tres bultos a cuestas y dice que con eso es suficiente, que no tiene fuerzas para cargar una mujer. Cuelga sus paquetes en un palo de escoba que descarga sobre su nuca –dos al lado derecho del cuerpo y uno al izquierdo– y ande, mijo, a rebuscarse el pan de cada día. Así todos los días durante veintidós años. De vez en cuando paga una pieza y se baña, descarga los bultos y duerme en una cama con sábanas y cobijas de verdad. Pero al otro día debe salir a las nueve de la mañana y conseguir dónde dejar las cosas o cargarlas durante todo el día. Hace algunos mandados y con eso sobrevive, nunca aprendió a trabajar. Siempre vivió con la mamá, bajo el ala de la gallina, hasta que ella se casó con el pastor de una iglesia cristiana que puso la casa de la familia a nombre de la iglesia. Cuando ella murió, Jairo no quedó con nada. Veintidós años lleva en la pura calle. Y contando.

Casi siempre el almuerzo alcanza para todos. Tanda por tanda, los viejos suben y bajan las escalas hasta el tercer piso. Se ayudan unos a otros, se inclinan sobre sus bastones lidiando con sus cuerpos pesados, se sujetan con fuerza de la baranda para no caer rodando sobre los que vienen atrás. Doce y cincuenta, una y quince, una y cuarenta. El sol calienta un poco más cada minuto y lo importante deja de ser estar cerca de la reja. Los arbustos y los aleros de las casas vecinas se llenan de abuelos acurrucados refugiándose como pájaros en un palomar. Tanda cuatro, cinco, seis. Si alcanzamos ficho, estamos tranquilos. “Al que tenga ficho, le aseguro almuerzo”, grita el viejo. Pero a veces no. Las ollas, los frijolitos, el arroz, no son infinitos y los fichos, a veces, no alcanzan. Esperamos resignados el momento en que el viejo se asoma por la puerta gritando a todo pulmón, dándose gusto, saboreando letra a letra cada palabra:

—Hasta aquí los traje el río. El almuerzo se acabó.

Ahí donde lo ve, el Ovejo ha cambiado, pero sigue siendo más creído que yo. No le gusta la comida recalentada del día anterior ni la que le regalan a uno por ahí en la calle. Si son frijoles, tienen que estar calientes y recién pitados. Si es arroz, que sea recién servido de la olla. Él dice que, por lo menos, tiene que alcanzarnos para comer fresco. Y tiene razón. Pero encontrar almuerzo bueno y barato, a las dos de la tarde, no es fácil. Y en Semana Santa, más que nunca, hay que economizar como un berraco.

Bajar a donde Robinson no es una opción. Si en el comedero del Padre Pío la comida se acaba rápido, ni qué hablar del comedero de Robinson. Hombres, mujeres y maricas de todas las pintas, evangélicos y cristianos, colombianos y venezolanos: allá se ve de todo. Desde las diez y media se arma la fila más berraca que usted pueda ver. Entre más almuerzos reparten, más gente llega y con más hambre cada vez. A las dos de la tarde no queda ni el pegado del arroz. Robinson le da almuerzo a todos, sin ficho, siempre y cuando no estén borrachos ni trabados. Así se evita problemas. En estos días había un muchacho robando celulares de alta gama y estaba entrando a esconderse y dar chumbimba allá. Robinson no lo dejó pasar y, ¡pum, pum!, le dieron al muchacho en la puerta. Yo iba entaconada y me metí debajo de una mesa. Qué pesar. A Robinson le sacan navaja y le tiran agua sucia. Será de la rabia porque no los deja entrar.

—¿Para dónde cogemos, Ovejita?

Empezamos a caminar por Ayacucho, la Oriental, el Parque Berrío y seguimos derecho por debajo del Metro. Al fin llegamos a nuestra tercera opción. Abajito de la antigua sede de El Colombiano hay una señora que vende almuerzos a mil quinientos pesos. Mil quinientos, imagínese eso. Arroz con espaguetis y un hígado blandito. Parece que lo cocinan y lo fritan porque es blanditico ese hígado. El jugo es de frutiño. Es un restaurante pequeño pero sabroso. Ella viene de un pueblo, se le nota el cantadito. En estos días un amigo me dio un billete grandecito y yo se lo mostré para ponerla a pensar. Era de cincuenta mil.

—Ay, hija. ¿No tiene más menuda?

—No, querida. No tengo menuda. Y necesito que me lo cambie porque tengo que pagar el pasaje.

Desde eso, es más formal y nos saluda, nos sirve la comida con gusto y quedamos llenos. Si nos alcanza, ahí mismo compramos lo de la comida. Si no, después vemos. Lo importante cada día es guardar los once mil de la pieza. Lo que consigamos de ahí en adelante es para comer. Un tinto, un café en leche, un pan, ahí vamos viendo. El Ovejo va vendiendo Helados Bonice durante la tarde y va acumulando. Cuando reúne rápido los once mil, nos mecateamos las monedas que sobran. Pero si no los reúne, si llega la noche y no hay con qué pagar la pensión, salgo yo a salvar la patria.

Todavía quedan tres días: lunes, martes y miércoles. El jueves se cierra el negocio y permanece así hasta el domingo, tal como ocurre año tras año, Semana Santa tras Semana Santa. No, no faltan tres días. Faltan tres noches y dos días. La tarde ya se puso azul oscura y va siendo hora de bajar a la Veracruz a ver qué amiguito me encuentro por ahí. Va siendo hora de soltarme el pelo, ponerme la balaca y los areticos de piedras brillantes. ¿Estará limpio el vestido de pepas?

Más difícil que conseguir la plata de la pieza cada día es conseguir la plata de toda la semana, más los días que debemos, en solo tres días. Me cansé de repetírselo al Ovejo, pero las tormentas se ven pequeñas cuando se miran desde lejos. “Gastá plata solo en comida”, “no te sentés a tomar licor con los vecinos”. A mí no me gusta joderlo porque yo tampoco

me dejo joder, pero una Semana Santa sin plata es muy dura. Ya me han tocado sesenta y tres.

“Caminá pal pueblo, hombre”, así deben decirles. Yo me recorro Veracruz y Botero, a veces me voy hasta Bolívar, y no veo ni uno. Los amiguitos salen corriendo como si el viernes santo los fueran a crucificar a ellos. Se van para sus pueblos de paseo, se quedan en los barrios con sus familias. Muchos bares y casinos cierran, y los pocos que quedan abiertos son visitados por uno que otro solitario sin temor de Dios. Los amiguitos que me encuentro me dicen que no trajeron plata, que para la próxima. Pero yo sé que es mentira. Se guardan todo, hasta el último peso, para gastárselo con sus señoras. Las llevan a misa, les compran veladoras, las invitan a tomar sancocho de pescado después de la procesión. A veces me los encuentro y les mato el ojo en la misa. Unos se ríen y otros se hacen los que no son con ellos. Le tienen miedo a la mujer, son así.

Si tuviéramos guardados unos pesitos para pagar la pieza esta semana, me quedaría en la cama con mis palomas viendo novelas: La esquina del diablo, La piloto, El señor de los cielos. Pero el Ovejo es terco. Llega a la casa y el viejo del corredor lo está esperando. “Hey, Ovejo, yo pongo tanto y vos tanto”, y se sientan. Cuando tienen plata, empiezan con aguardiente. Cuando no, de una vez mezclan alcohol con agua. A veces le meten jamaiquino, a veces norteño, pero esos le hacen mucho daño a él, lo ponen como un loco. Los ojos se le ponen rojos como los de un demonio y me espera en la puerta hasta que llego para gritarme.

—¡Golfá hijueputa!

Los vecinos se asoman en las puertas, empiezan a chiflar.

—Un día de estos no vas a encontrar ni el rastro mío. Yo soy capaz de pagar una pieza sola. ¿De qué será lo que yo no soy capaz? Ojo con eso, Ovejo.

Me acuesto dándole la espalda, apago el bombillo para que le de sueño y dejo solo la luz del televisor para que duerma bastante. Ojalá hasta el día siguiente.

Segunda luna

Mis dos abuelos se llamaban Juan Bautista y eran igual de tacaños. Todos dos tenían fincas de café y tomaban fresco juntos, “tocayo, tómesese una cervecita”. Todos dos tenían modo pero ninguno había querido mandar a los hijos a estudiar o a vivir bien. A mi papá lo pusieron a llevar las cuentas de la finca y a mi mamá a mantequear. Cuando eso, los hermanos mayores tenían que trabajar como un caballo. Si el papá no sabía manejar plata, ponían a los hijos en la escuela y al que más supiera de matemáticas lo ponían de pagador, a que se entendiera con los trabajadores. Mi papá peleó mucho con mi abuelita porque él quiso estudiar y, teniendo con qué, no lo pusieron. Quiso ser secretario del alcalde, profesor, trabajar en el pueblo, pero mi abuelo no lo soltó. Y a mi mamá le tocó más duro todavía. Ella era mujer y no le tocaron ni las ganas del abuelo de ponerla a trabajar con él. Mi mamá andaba sola con mis tres hermanitos y tenía que conseguirse la comida y el techo a punta de sudor. Cuidando dietas de las que recién habían parido, recogiendo café. De hombres no se sabía. Todos tres, los papás de mis hermanitos, salieron corriendo tan pronto como vieron barriga.

Por eso se puso tan contenta cuando la llamó Don Juan –el papá de mi papá– para que le cocinara a los trabajadores de su finca. En los pueblos cafeteros, los meses de cosecha son benditos. Alcanza para el rico y para el pobre, para los trabajadores y las cocineras. La bonanza se le ve en la cara y en la barriga a la gente, todos andan gorditos y contentos. Y esa vez fue así. La cosecha estaba tan buena que habían tenido que llamar a más trabajadores y necesitaban una muchacha que le diera de comer a toda esa gente. Por eso se conocieron mi mamá y mi papá.

—Por comida no se preocupe, se puede traer a sus tres pelados a que coman y vivan acá con usted.

Había comida por toda parte, hasta para tirar al techo. En esa época, las fincas producían que daba miedo. Cultivaban el maíz, los frijoles y las lentejas. Tenían yuca, arracacha, coles, plátanos. De todo, daban de todo. El café ahí mismo lo cogían y ahí mismo lo hacían. No tenían sino que comprar el chocolate, y habían fincas que daban chocolate. La abuelita mía hacía unas bolas de chocolate que parecían huevos de gallina, les echaba yo-no-se-qué

y quedaba pintadillo de blancuzco. Cuando había bastante gente, echaban tres bolas y eso hervía allá.

Mi mamá se despertaba todos los días a las tres de la mañana a hacer el desayuno de los trabajadores. Se despertaba y ahí mismo montaba el tinto, las arepas. Cuando eso, en las cocinas había una camita para la sirvienta, para que se levantara más ligero y no tuviera que abrir la puerta de afuera, para que no la violaran. Había una camita junto al fogón y mi mamá dormía ahí encerrada con mis hermanitos. A ella le gustaba porque era más calurosito. Le cogió gusto y siempre durmió en las cocinas de las casas. Por las noches ponía un palo grueso que echaba humo y calorcito y en las mañanas era más fácil meterle leña porque amanecía prendido. Esas cobijas amanecían negras de humo. Ella se despertaba a hacer las arepas, armaba esas telas grandes para ese poco de trabajadores y no había que atizar tanto la leña.

Y hasta la cocina llegaba mi papá. Él dormía en su pieza pero desde la noche anterior convenían. Que le dejara la puerta ajustada, que él se subía para el zarzo en la madrugada y la esperaba allá, que no prendiera velas para que los niños no se despertaran, que lo hicieran en lo oscuro. Y ella se subía. A hacer el amor con el hijo mayorcito, el ñaña de esa casa, el soltero, el consentido de la abuela, sin hijos ni mujer. Dejaba a sus tres peladitos acostados y se subía a enseñarle a ese hombre cómo se hacía el amor. Él no conocía mujer porque, cuando eso, tenían que casarse para estar con una. Y ella, después de tres niños, algo tenía que haber aprendido.

Y allá me hicieron a mí, cerquita del fogón y las ollas. Por eso sería que salí comelona. Mi hermana me cuenta que sentían a mi papá pasar para el zarzo casi a diario, tempranito, dos o tres de la mañana, antes de que se despertaran los trabajadores. Detrás se le iba mi mamá y, luego de un rato, bajaban juntos y acalorados. Él se iba para su pieza y, a la hora del desayuno, volvía como si nada. Se sentaba en el comedor con su mamá, su papá y sus hermanos, y mi mamá con sus hijos. Cada quien seguía en lo suyo, no se miraban ni hablaban. Aquí no ha pasado nada.

Cuando eso no había planificación, ni condones ni pastillas. A la que no quisiera tener hijos le tocaba dejar cerradas las piernas, y a mi mamá le empezó a crecer la barriga. Ella las había abierto. Mi abuelita fue la primera en darse cuenta y un día la llamó a ella solita antes de acostarse a dormir. Estaba más seria que nunca.

—Cándida, mañana apenas usted haga el desayuno, cuando despache a los trabajadores y a los hijos míos y estén todos desayunados, pone el almuerzo y me avisa. Tenemos que hablar usted y yo a solas. Sin que los hijos míos oigan, ni el marido mío, ni los trabajadores. De tú a tú.

Al otro día mi mamá madrugó más a hacer las arepas. Hizo el oficio ligero, asustada. “¿Será que me van a echar?, ¿yo para dónde me voy a ir? Tanta comida que hay aquí, y la cosecha que a penas va en la mitad. ¡Ay, mis muchachitos! ¡como estaban de flaquitos y ahora como están de gorditos!”, así pensaría. “A la mano de Dios, que sea lo que Dios quiera”.

Hizo de tripas corazón y despachó a todo el mundo. Montó el sancocho y puso a secar el arroz. Dejó todo listo para cuando llegaran a almorzar y fue hasta donde estaba mi abuelita esperándola, debajo de un palo de guayabas.

—Bueno, Cándida, vamos a dialogar en serio, pues —“Ay, que no me vaya a echar”, le decía mi mamá a Dios entre dientes—. Me vas a hablar a calzón quitao. Ese embarazo que tenés ahí, ¿es del marido mío, es del hijo mío o es de un trabajador? Decime que no es hermano de mis hijos, Canducha. Decime que no es del marido mío.

Mi abuelita era celosa y mi mamá siempre hablaba cabizbaja.

—Tranquila, doña Lola. No es del marido suyo.

—No me tape, Canducha, no me tape. Dígame si es del marido mío.

—No es del marido suyo, doña Lola. Es del hijo suyo.

Que cómo así, que cuando, que dónde, que a qué horas, que ese muchacho con esa cara de yo-no-fui, que qué rico ser abuela, que tranquila, que los dos eran solteros, que no había a quién teparle, que la dejara abrazarla, que se podía quedar hasta cuando quisiera y que me iban a querer mucho, todo eso le dijo. Mi mamá respiró aliviada y mi abuela corrió a regar el cuento. “¡Cándida está embarazada de Luis Eduardo!”, así gritaría. Mis tías se pusieron contentas por ser tías, Ermelina, Aura, Virgelina. Mis tíos también, Félix, Jairo, Maximiliano. Gerardo, el bobo, corrió a mirarle la barriga a mi mamá. Mis hermanos abrazaban a mi mamá y ella también los abrazaba. Podía quedarse con sus hijos y todavía faltaba media cosecha. Toda la dicha había que contársela a mi papá, así que mi mamá cogió camino y se fue al pueblo a buscarlo.

En la iglesia, en el parque, en la plaza. Lo buscó por todo Santa Fé de Antioquia y no lo encontró. "Luis Eduardo, ¿dónde te metiste?". Volvió a la finca de noche y encontró eso solo. Los trabajadores ya se habían acostado para madrugar a trabajar, mis hermanitos ya se habían quedado dormidos, y nada que aparecía ese hombre. Al final, mi mamá se metió a donde estaban las piezas y trató de asomarse a la de él pero no pudo. Estaba cerrada con candado.

Ella lo esperó. Unos trabajadores dijeron que lo habían visto salir con ropa, que iba para la finca del abuelo Nacienceno en la vereda Colorado. Otros dijeron que se había ido para donde el tío Gregorio, que había llevado ropa para dos días, o para dos semanas, no se alcanzaba a ver bien. "Sería que se fue a charlar con los primos", "sería que el papá le dio vacaciones", "sería que se fue a amanecer por allá, a pasear unos días", "ese muchacho es muy zanahorio, no tiene amistades". Sin que lo echaran de la casa ni nada, mi papá se fue y nunca volvió. No mientras nosotros lo estuvimos esperando ahí. Los hombres son fregados. Ven a las mujeres echando barriga y les dejan de gustar.

Menos mal que mis abuelos nos dejaron quedar. Llamaron a una partera que se llamaba Débora para que yo naciera y se encariñaron conmigo. Todos me alzaban y me querían mucho, pero las cosechas no duran para siempre.

—Nosotros no la vamos a echar, Canducha, porque usted me ayuda mucho y queremos ver crecer a la niña. Pero seamos sinceros: le pagamos hasta que haya cosecha. Se puede quedar, tiene su dormida y su comida, pero no le podemos pagar por el trabajo. Si quiere le ponemos una cama más grande en la cocina.

Peor era nada, así que nos quedamos. Mis abuelos y mis tíos estaban contentos, yo era la chiquita de la casa. Me cogían y me daban picos por aquí y por aquí. Yo vivía al hombro de mi abuela. La acompañaba a rezar el rosario todos los días a las seis de la tarde con los trabajadores. Después, el que quería se acostaba y el que no, se quedaba echando cuentos en el corredor.

Vivimos unos meses ahí hasta que a mi mamá la llamaron los hermanos. Le dijeron que habían conseguido una finca y que iban a sembrar maíz y frijol. Que se fuera con ellos a cocinarles y ellos le daban una parte de la cosecha.

—Pero aquí tengo comida para mis hijos. No me reclaman nada, están gorditos.

—Mija, ese hombre no va a volver. Usted verá.

Y mi mamá viendo que mi papá no llegaba, se fue. Dejó la casa de la abuela. Por esos días le llegó una razón de él: que estaba viviendo en la vereda el Granadillo y se iba a devolver, que se había enamorado de una muchacha, que se la iba a traer y que quería venir y no encontrarla. Así le dijeron.

Con los hermanos de mi mamá vivimos muy poco tiempo. No cumplieron lo que habían prometido. Empezamos a buscar rumbo otra vez y dimos con la voz de una señora que tenía una casa pequeña desocupada en medio de un cafetal. Cuando eso, las casas no se alquilaban, se prestaban. Y la noticia nos cayó como anillo al dedo: la señora había dicho que nos podíamos quedar ahí hasta que quisiéramos, que no nos iba a cobrar y que tan lindas las niñas.

Le decían Jesusa.

Se nos están perdiendo las cosas en la pieza. Qué cosa tan berraca. Aretes, medias, cachuchas viejas del Ovejo. Busco las cajas de zapatos para acomodar los nidos de las palomas y no las encuentro donde las había dejado; salgo a tomarme un tinto en la tienda y, cuando vuelvo, la traperera que me encontré en la calle la semana pasada ya no está detrás de la puerta, el relojito al que le voy a poner pilas desapareció misteriosamente. De uno en uno, se pierden cubiertos desechables, bombillos por arreglar, ganchos de ropa, frascos desocupados de barniz. Le pregunto al Ovejo por mis cositas, pero no me da razón. Le pregunto a los vecinos si han visto a alguien llevándose la sombrilla por remendar, los zapatos por ensanchar o el pedazo de madera que recogí por Ayacucho, pero se hacen los gringos. Aquí nadie ha visto nada.

Le hemos dicho al administrador, pero no le importa. Él tiene parte de la culpa porque es quien se llevó uno de los candados con los que cerrábamos la puerta. Llevo dos semanas pidiéndoselo, pero siempre se hace el pendejo.

—Pero si usted casi se arrodilla para que le prestáramos el candado.

.....
—Yo, de candados, no sé.

Todos le dicen El Evangélico porque vive repartiendo bendiciones. “Que Dios los bendiga”, “que Dios les dé grandes bendiciones”. Mantiene metido en esa iglesia y sale a gastarse la plata en maquinitas. Es adicto al juego. Si así es evangélico, imagínese donde no lo fuera.

Igualito fue con el cuchillo. Llegó pidiéndolo con urgencia y yo, de formal, le presté justo el que más cortaba.

—Señor, necesito el cuchillito para partir las frutas —A veces me regalan mangos, me dan aguacates, me dan naranjas.

—Yo, de cuchillos, no sé.

Me lo imagino riéndose cada vez que lo amenazo con irme. Por cada vieja indignada que tenga ganas de abandonar la pensión, hay tres recicladores, confiteros o indígenas recién llegados a la ciudad que están buscando un techo donde arrinconarse. Le digo al Ovejo que me ayude a insistirle, pero es como hablarle a la pared.

—Ya sabemos que él no va a hacer nada, mija. Yo creo que el ladrón es el espanto que viene en las madrugadas.

Según el Ovejo, en las madrugadas se escuchan ruidos que no pueden ser de palomas ni de gente porque, a esa hora, todos están durmiendo.

—Lo que no sabemos es si viene por usted o por mí.

Yo no le pongo cuidado. Los espíritus no se ponen a quitarle a uno las cosas, a menos de que uno se las haya quitado primero a ellos. Y yo, ladrona, nunca he sido. Además, los espíritus con los que me he encontrado en la vida bien han sabido llamarme por mi segundo nombre: Delia.

Lo que el Ovejo no sabe es que yo me lo he pillado. En las noches, cuando se queda bebiendo con los vecinos, entra y sale del cuarto, entra y sale sin prender la luz. A veces estoy dormida de verdad, pero otras veces estoy despierta, vigilándolo con los ojos cerrados y los oídos abiertos. Revuelca las cajas, husmea entre las repisas y a veces se acurruca a escarbar debajo de la cama. Lo veo salir con las manos ocupadas y estoy casi segura de que las lleva llenas de mis cositas. No sé si las pone en la basura, pero me imagino que las saca al corredor, las deja en los rincones de la casa y se va. No pasarán cinco minutos antes de que desaparezcan como granos de arroz entre un palomar. Un tarrito muy querido que tenía vacas pintadas y me servía para guardar calzones y brassieres; una vajilla que había armado,

plato por plato; una cortina grande con su respectiva varilla; cosas que me dejan los vecinos cuando se van, que me encuentro cuando voy caminando por ahí o que tengo desde que trabajaba viajando por pueblos. El Ovejo reniega de ellas, dice que no sirven para nada. Pero si mis cositas no sirvieran para nada, nadie se las robaría.

Y alguien, esta mañana, se ha robado los ganchos con los que cuelgo la ropa para ponerla a secar. Estaban por aquí, en la puntilla clavada detrás de la puerta, si mal no recuerdo. Anoche dejé todo listo para madrugar a lavar sábanas y fundas, las puse a remojar en un balde. Esta mañana saqué las palomas y, mientras ellas comían, estregué los trapos en el lavadero antes de que la gente saliera a cepillarse los dientes. Es mejor madrugar porque uno puede lavar todo lo que necesite, abrir la canilla y que baje esa agua fría, fría, como el agua de las quebradas en las que lavaba ropa mi mamá. Si me coge la tarde, El Evangélico me hace la guerra. Cada vez que me ve lavando ropa, cierra el paso de agua de toda la casa. Y si él no se da cuenta, son los otros los que le llevan el chisme. Que yo dejo la canilla abierta, que me demoro mucho, que gasto mucha agua. Imagínese, por esas cosas sufre la gente hoy en día.

—¿Entonces voy a lavar en seco? Váyanse para el carajo. ¿Acaso ustedes hicieron el agua?

El agua la hizo Dios. La creó para sus hijos, para que la gente cocinara y lavara la ropa tranquila, para que todos se bañaran y se apoderaran del agua en paz.

—En esta tierra todos gastamos agua. Aquí todos comen y se bañan el culo, ¿entonces cómo es la cosa? Yo me voy a comprar un hijueputa machete bien grande y al que me vuelva a joder le voleo machete, lo agarro a plana. Eso sí, a mí no se me voltea el machete.

El Ovejo, que es el que me puede joder, dice que yo sí me demoro. Pero es porque a mí me gusta lavar bien lavado, y más cuando la ropa está vinagre. Hay que sacarle primero ese mal olor, escurrirla y enjabonarla varias veces. Si hay que estregarla, hay que estregarla. A veces la ropa se acumula porque el Ovejo usa una camiseta y, pum, para el lavadero. Le digo que se ponga las camisas una segunda vez, pero le da pereza. En últimas, no es él quien tiene que lavar. Al principio sí me ayudaba con eso, pero se le fueron yendo las ganas.

—Yo no puedo silbar y mamar a la misma vez —ese es el decir de él.

Esta mañana todos están dormidos pero, sin ganchos para colgar, la única opción es esperar a que se despierten y me presten algo para acomodar las sábanas en la varilla. Los

primeros en asomarse a la fila del baño son los que trabajan con alguna empresa y tienen que madrugar, como el Ovejo. Después se despiertan los vendedores de tinto y los chaceros, los que tienen que coger puesto en la banca de algún parque para acomodar allí su carrito durante el resto del día. Luego salen los confiteros, los vendedores de bolsas, los minutereros, los que rebuscan la plata andando las calles, vendiendo cosas diferentes cada día. Y al final, más tarde, ve uno a los huelengues y borrachos, a los que no salen de la casa en todo el día, a los que se quedan esperando que la divina providencia les llene de comida el fogón, si tienen.

Entre esos está la Ovejita Venezolana. El Ovejo dice que ella se queda en la casa todo el día haciendo pereza, pero ella me contó que no sale porque el marido no la deja. Al principio los dos se iban a vender confites en buses mientras la niña se quedaba en la guardería, donde le dan desayuno y almuerzo. Ahora, el marido le prohibió trabajar y la Ovejita se queda todo el día en la casa, durmiendo y esperando que sean las cuatro de la tarde para ir a recoger la niña y preparar la sopa de pastas que siempre cenan las dos. Es muy formal, me escucha las historias. Tiene veintisiete años y no es fea, es trigueñita con dientes bonitos, pero va a terminar volviéndose obesa, yo ya se lo dije. El Ovejo me contó que ella come solo una vez al día, pero yo no sé si será cierto. Nosotros comemos dos veces al día, incluso a veces merendamos, y cada vez estamos más flacos. Será que a la Ovejita la está engordando el hambre. Yo he escuchado historias así.

Estoy colgando las sábanas en la varilla con los ganchos que me prestó la Ovejita cuando se despierta la niña de ella, de seis años.

—Doña María, ¿dónde están los pichones?

—Están durmiendo y a ellos los asusta mucho la bulla. Déjelos quietos, mi amorcita.

Pero es avispada la cagoncita. Se entra a mi pieza y todo lo coge.

—Doña María, Uriel está echando sangre.

—Es por un ratón que lo muerde en la noche. Como Uriel es desobediente, le pasan esas cosas.

Abre los ojos y sale corriendo donde la mamá a contarle. Por allá la regañan por andar cogiéndome los pichones y yo me quedo haciéndole la curación a Uriel, que amaneció con un huequito por acá y otro por acá. ¿Qué le pasó a mi palomito? Todas las entradas a la pieza están cerradas, ¿por dónde se mete el ratón?

Cuando vivía en la pieza anterior, no se morían tanto. Hubo uno que me duró tres años. También se llamaba Gabrielito, como el que murió esta semana. Era gordito, andaba con una camisa y un pantaloncito que yo le había hecho. Solo lo tenía a él, entonces le daba comida tres veces al día. Era mi consentido. A veces me lo llevaba conmigo para la calle, pero me di cuenta de que terminaba borracho de tanto andar metido entre el bolso, de un lado a otro, así que tuve que dejarlo. Ese fue el error. No sé si se encaramó en algún mueble y se cayó o si yo me enredé y lo pisé. Cuando me di cuenta, estaba tirado en el piso y no se movía.

Aquí, en cambio, mueren varios cada mes. A veces se los come el ratón, otras veces amanecen muertos. Así, no más. Hay algunos a los que les dan derrames, se les hinchan las patas y empiezan a caminar raro. Con el paso de los días, dejan de volar. No salen a buscar la comida ni abren el pico para que les llene el buche. Al fin, un día cualquiera, los encuentro a punto de morir en el nido.

—Muérase tranquilo, mi palomito. Aquí está la mamá, ahuyentando los ratones que se lo quieran comer.

Pero Uriel solo tiene dos huecos en el buche, no se va a morir. Le hago la curación en las heridas y arreglo la caja de cartón: relleno los rotos con una media pantalón y cierro las tapas con el peso de una jabonera. La hija de la Ovejita Venezolana me está mirando desde el marco de la puerta cuando la mamá la llama para que se vaya a bañar. Hay que aprovechar que la fila del baño se esfumó por unos minutos.

Le han hecho más piezas a la casa y cada vez somos más. Hay un baño para hombres y otro para mujeres pero, cuando está ocupado, los hombres se meten al de las mujeres y las mujeres al de los hombres. Cada uno entra con su rollo de papel higiénico, no se puede dejar nada ahí porque se lo llevan. A veces se demoran mucho y una vez, esperando la fila, me mié en los calzones. A los niños de las vecinas también les ha pasado.

Para bañarse hay que esperar el turno y estar pendiente. A veces uno está en la pieza y cree que ya llegó su turno, pero alguien se había parado con toalla y jabón en la puerta del baño y entra primero. O uno está bañándose y afuera están haciendo fila y acosando. Y a mí cómo me choca todo a las carreras.

Son las seis y media y el Ovejo no se quiere levantar. Está acostado en la cama, enroscado como una culebra, como si se estuviera muriendo de frío, como si fuera una mujer. Los hombres duermen estirados, boca arriba o boca abajo. Pero desde que duerme sin camisa, el Ovejo tiene mal dormir: se recoge como un niño, saca la cola para atrás y me deja sin espacio en la cama. Cuando lo sacudo para que se corra, me abraza del cuello con un brazo, me monta las patas y no me deja dormir: a mí, que soy friolenta y me gusta que los hombres me calienten. Pero es que ese Ovejo da mucho calor, tiene mucho humor y me oprime. Amanezco con ese dolor de espalda y esa rabia. Me saca la chispa y me provoca tirarle una chancla.

—¡Vos sí sos descarado!

Toma trago y no se cepilla los dientes. Se me arrima a la cabeza y ese pelo me queda oliendo maluco. Me tengo que lavar el pelo casi todos los días y se me cae mucho. Lo sigo sacudiendo para que se despierte, pero me dice que no va a reclamar el Q'hubo hoy, que tiene mucho frío, que le hace daño la madrugada. Se está volviendo viejo, será eso, y el chirrinchi le está cogiendo ventaja.

Hay días en los que tampoco vende Bonice. Con estos inviernos, a las personas les provocan los helados de crema, de chocolate o de vainilla, con un pedazo de torta o algo así. Y el Bonice es un tubo de hielo. Cuando hace frío, eso no provoca. El Ovejo se para con su carrito en toda la mitad de la Plazuela San Ignacio y sacude la campanita, pero ni los niños lo voltean a mirar. Y con esas empresas de helados y refrescos se trabaja así: el que no vendió, se jodió.

Yo también estuve en eso. Un día se me volteó ese carro y se regaron todos los helados. Un dedo se me machucó y nunca me ha dejado de doler. Mi carro no era como el que tiene el Ovejo, sino redondo y lleno de bolsillos. Había que arrastrarlo como a un perro o a un costal.

Uno se gana cien mil pesos a los veinticuatro días. Yo me los he hecho. Siempre sirven, pero usted tiene que saber vender el producto y ponerle el precio. Por ejemplo, un bonice vale seiscientos, pero uno lo vende a setecientos. Yo me iba para el Parque Bolívar y se lo vendía a ochocientos a esos turistas. Ellos no son de aquí, entonces los pagan. Pero una vez una gringa se quejó.

—Usted los vende a ochocientos y son a seiscientos.

—Ay, gringa, yo tengo que ganar alguna cosita.

Se de acuerdo al precio que cada quien le ponga. Uno vende y vende y allá parten la marrana con uno. A ellos les queda más que a uno. Lógico.

Un señor me está ofreciendo unos termos de tinto y dice que él también me puede vender el tinto. Sin fogón, no hay cómo hacerlo en la casa. El Ovejo podría almorzar y salir para allá todas las tardes a llenar los termos. Después, se bajaría al Parque Bolívar a vender y vender. Voy a tratar de reunir la plata para comprarle unos dos termos y la canasta con cargaderas. Pero necesito que el Ovejo se ponga las pilas.

—Hágale, pues, Ovejo. Ya está tarde. Le van a quitar ese periódico.

No sería el primer trabajo que perdería por culpa del trago. Hace unos meses lo iban a contratar para que trabajara de noche cuidando unos locales en el centro. Un amigo mío, celador, lo había recomendado y solo faltaba que el Ovejo fuera por allá. Pero la noche anterior le endulzaron el oído los borrachos vecinos. “Un traguito, sólo uno” y así se fue. Al día siguiente amaneció enroscado en la cama, muerto de frío como hoy.

La historia se repite, solo cambia el oficio: unas veces para obrero, otras para mesero. Él es de buena familia, los hermanos le buscan trabajo, le han pagado tratamientos de rehabilitación, pero vuelve y cae. Ese hijueperra trago lo vuelve a uno nada. El Ovejo fue sacerdote, estudió para eso durante doce o quince años, y al final se salió. El trago lo agarró y, véalo ahí acostado, nunca lo soltó. Del cielo a los abismos del infierno. Pasó de escuchar la voz de nuestro señor a oírle las cochinas al viejo del corredor. La semana pasada, estábamos todos durmiendo cuando escuchamos los gritos de La Chiquita, una vecina amiga mía. El viejo, borracho, se había empelotado y había forzado la puerta de la pieza de ella. Estaba voleando un machete en el aire, con ese pipí grandote y bien parado, diciéndole que se la iba a merendear.

—¡Auxilio!, ¡socorro!—gritaba La Chiquita en la cama.

—Tranquila que yo me la como rápido, mamita.

Los niños de ella miraban desde una esquina mientras varios vecinos le quitaban el machete al viejo. Y el Ovejo, allá en el corredor, borracho y tirado en el suelo.

Al principio sí hacíamos mucho el amor. El Ovejo estaba muy querido cuando yo lo conocí. Ay, me encantó. La cara afeitada y bien motilado, parecía con veinte años menos. Él pasaba vendiendo Bonice y me saludaba. Yo estaba sola y me hacía falta la compañía de alguien. Empezamos a conversar, me dio la suspiradera y, al fin, nos fuimos a vivir.

Hacíamos el amor todos los días. El Ovejo me besaba toda, de pies a cabeza. Yo también lo besaba a él. Y lo celaba. Me veía en ese Ovejo, no quería que ninguna lo volteara a mirar. Le peleaba si lo veía conversando con otras bonaiceras, lo esperaba en casa todas las noches a la misma hora.

Al principio solo se emborrachaba los fines de semana. Viernes, sábado y domingo. A mí me parecía normal. Hasta que, de pronto, llegó borracho un lunes. Después, un miércoles.

—Oíste, ¿por qué estás tomando tanto?

Que era culpa de los amigos, que lo habían emborrachado sin él querer.

—¿Pero por qué te emborracharon? ¿a razón de qué?

Que ellos tomaban así, que le ofrecían y que él no podía hacer más.

Allá lo veía yo, en las noches, cuando iba subiendo para la pieza. Se sentaba con un vendedor de confites en la Oriental, cerca del comando. Un día el amigo lo dejó cuidando el puesto y se perdió una plata. Se armó un escándalo y lo sacaron corriendo amenazado. Pero a los pocos días, lo volví a ver allá sentado y le canté la tabla en frente de todos.

—Estás con él o estás conmigo. Por andar aquí bebiendo es que no tenemos para pagar la pieza. Si vas a seguir bebiendo mejor te vas para la puta mierda.

Yo me quedaba despierta en la cama esperándolo y, cuando él llegaba, seguía tomando con los vecinos. No me dejaba dormir esa pensadera, ¿cómo me vine yo a encartar así, por Dios?

Después vino la rehabilitación. Un hermano del Ovejo que tiene plata lo internó en un instituto para alcohólicos y estuvo por allá casi siete meses. Cuando volvió, las cosas mejoraron. Pasaron unas semanas en las que el Ovejo no se tomaba ni una copa. En las noches, rezaba y a dormir. Pero los vicios de toda la vida no se olvidan en una noche, ni en siete meses... Y el Ovejo volvió a ser el chirrinchero que siempre había sido.

Hay días en que me abraza y me coge a picos, me dice que no me va a dejar nunca. Yo lo abrazo también, pero a veces pienso que esos picos son fingidos, que espera algo a cambio.

Se hace de día. La bulla de los niños se toma los corredores, la ropa cuelga secándose en las cuerdas. El administrador pasa cobrando los días que le debemos y el Ovejo le pide unas horas más. Que no pudo salir en la mañana, que en la noche vuelva a pasar.

A las once, salimos para el comedero de los evangélicos. Hoy no vamos a donde el Padre Pío porque los martes arman la rezadera más tremenda. Casi tres vueltas le dan al rosario. Las que dirigen eso saben que tenemos hambre pero nos ponen a esperar. Todos somos viejos y pasamos más de una hora rezando. Las sillas no alcanzan para todos, muchos tenemos que esperar de pié.

El comedero de los evangélicos es en una loma, más arriba de Niquitao. Tenemos que subir despacio una montaña de escaleras empinadas, parando a descansar un par de veces, pero llegamos a comer de una vez. Hay que dar quinientos pesos, entonces llega menos gente y el almuerzo también es bueno: sopita de legumbres y arroz revuelto con picadillo de hígado y bofe. Para complementar, dos panecillos: uno redondo y otro largo, que guardo para merendear en la tarde.

El Ovejo se va a reclamar su carro de Bonice y, después, a dar la catequesis en la Iglesia de la Veracruz. El padre lo llamó para que les enseñara las cosas de Dios a los niños que quieren hacer la primera comunión, y está muy entusiasmado. Él sabe mucho de la biblia y de la iglesia. Por allá se entretiene.

Lo acompaño hasta Coltejer y, de ahí, sigo derecho para el Parque Bolívar. Hay que aprovechar los dos días que me quedan. En el camino, reviso los casinos y me asomo en las panaderías, pero todo está igual de solitario que ayer. Llego al parque y lo recorro por fuera. Está lleno de mallas, qué cosa tan horrible. Van a poner unos asientos raros como los que han puesto por La Playa y por El Huevo. Yo no sé como lo van a poner, pero la Alcaldía lo está dañando. Lo tienen destruido y ahora a la gente le da pereza venir por aquí. Con el parque así, la plata no se ve. Nadie piensa en eso. No están los vendedores de tintos ni la señora de las coladas. Tampoco hay pensionados en las bancas.

Unas palomas miran desde los árboles la fuente seca donde antes se bañaban. Están desahuciadas sin nadie que les de comida. Saco del bolso uno de los panecillos que guardé en el almuerzo y lo desmenuzo en el suelo. Las palomitas caen y vienen a donde mí, mientras me voy comiendo el otro panecillo, sin tinto.

La iglesia se llena a las seis de la tarde. Las campanas suenan más fuertes en medio del silencio del parque. Llegan los señores con sus señoras. Desde afuera se escuchan las canciones y algunas palabras del sermón del padre. Algunos vendedores se acomodan afuera de la iglesia a esperar la salida de los feligreses. Rosarios, veladoras, artesanías, sahumerios, crucifijos.

Cuando tengo ahorros, compro mucha cosita en Semana Santa. Me compro mis veladoras, mis buenos zapatos para ir a las procesiones. Salgo de misa y me voy por mi sancocho de bagre. Le llevo regalos al Ovejo: que un crucifijo, que un rosario para que se cuelgue al cuello y venda más. Así es en los buenos años. Pero en este, como están las cosas, busco una banca mientras termina la misa. Al lado de los otros vendedores, cruzo una pierna y también me siento a esperar.

Tercera luna

Cuando mi abuelita veía a mi tía Ana Francisca salir en minifaldas a la calle, agarraba a echarse bendiciones. Ella, tan seria y tan puesta, tan señora de su casa. La veía coger camino abajo hasta el pueblo, rondarse por el parque, sentarse en las mesas con los muchachos a conversar. La veía mientras se reía duro tomando fresco, mientras caminaba de gancho con las amigas hasta la iglesia, mientras entraban a misa y, también, mientras hacían fila para comulgar. Entonces dejaba de mirar.

—Esa tía suya sí se viste muy vulgar, parece una sinvergüenza— me decía.

—Ay, abuelita, el cuerpo es de ella. Que se vista como quiera.

—A mí no me gusta.

—Ah, y ¿qué hacemos, pues? No le gusta a usted ni a nadie le va a gustar. ¿Qué hacemos, pues, si ella manda su cuerpo? Nosotras no le damos la ropa.

Así decía la tía, que nadie le daba la ropa. La gente del pueblo se quedaba mirándola pasar con esas piernazas al aire y comentaban cosas cubriéndose la boca con una mano. Que esa mujer cómo se viste de cortico, que la mamá cómo la deja salir así. Pero la tía Ana Francisca no comía cuentos. Era campesina, pero no le paraba bolas a nadie. Ella trabajaba y se compraba su ropa. Nadie podía joderla.

Vivíamos en veredas diferentes y ella me mandaba a llamar. Nos sentábamos a leer revistas, a contar chistes, a trovar, a cantar. La tía Ana Francisca tenía dieciséis y yo trece, entonces nos encontrábamos en muchas cosas. Ella hablaba de novios y de besos, y yo tomaba apuntes. La tía Socorro nos seguía la cuerda en algunas cosas, pero otras le parecían escandalosas. Ella era mayor un par de años y sí estaba buscando marido. En cambio, Ana Francisca, era noviera a más no poder.

—Delita, póngase minifaldas para atraer a los muchachos. A ellos hay que darles casquillo. Póngase lo que a usted le guste y verá que consigue novios, maridos, y hasta mozos consigue.

Nos poníamos zapatos Luis XV y minifaldas. Colorete, pintalabios, polvo para tapar las cicatrices. La tía Socorro se entusiasmaba y nos seguía la cuerda: nos entubaba el pelo para hacernos rulos y nos peinaba el capul. Quedábamos como tres muñecas y nos íbamos hasta el pueblo, cuesta abajo por ese camino de tierra. La tía Ana Francisca repartía abrazos entre

sus amistades y nos sentábamos en el parque a tomar el fresco de la tarde, hasta que daban las cinco y las campanas de la iglesia comenzaban a sonar.

—¿Vos tenés novio?—me decía agarrándome la mano.

—No.

—Yo tampoco. Vámonos a misa a conseguir.

Y conseguíamos ligero. Mientras rezábamos los muchachos nos mataban los ojos. Se nos hacían al lado o detrás para tocarnos el pelo y los hombros. Si seguíamos mirando al cura, era porque no nos gustaban. Pero si nos volteábamos, ay miya, hasta ahí llegaba la misa. Se nos olvidaba que al frente estaba el párroco. Los muchachos empezaban a hacer morisquetas, a mandar besos, a halarnos el pelo más duro. Hacíamos la fila para comulgar y los muchachos se nos acomodaban detrás, bien pegaditos, respirándonos en el cuello. Salíamos de la iglesia y ellos pendientes. Las mamás se iban con otras amigas y ahí aprovechaban.

—Delita, ¿te quieres ir a tomar un fresco en la heladería de Claudiano?

Era la única que había y teníamos que correr para agarrar puesto porque todas salíamos ennoviadas de misa para allá. La tía Ana Francisca me daba cuerda y me ensañaba a coquetear. Ahí conseguí varios novios al escondido de mi mamá. Tenía que tapárselos porque eran pelados pispos del pueblo y a ella le gustaban los viejos, tuertos y mochos. El más pobre y el más feo era el que le gustaba para mí. Si los veía pintones y bonitos, me los espantaba. Y si tenían plata, peor. Siempre dijo que no me quería ver con un hombre de plata. “Un hombre de plata no se va a fijar en nosotras las feas, mijita. Le va a echar en cara la fortuna toda la vida. Es mejor que consiga uno fiel y trabajador”.

Pero yo misma me veía linda y alcancé a conseguirme mis buenos novios con plata. Que mi mamá dijera lo que quisiera. Yo no era zarca ni blanca como mis tías, pero tenía mis piernas torneadas y gruesas, era sardina y velluda, muy graciosa. La cabellera me tapaba las nalgas, tenía más bigote que ahora y hasta de los pelos se pegan los hombres. “Mamacita cómo estás de linda”, me decía Ramoncito, el hijo de un finquero del pueblo, heredero de unos cafetales enormes. “Si fueras novia mía, me casaría contigo por la iglesia”, me decía Clímaco Rodríguez, el secretario del Alcalde, muchacho de buena familia.

Aprendí de mi tía Ana Francisca: tuve los novios que quise. A veces tenía hasta tres. En Santa Fé tenía dos; cuando venía para Medellín a visitar a mis hermanas, conseguía otros

dos; y otro en la vereda donde vivía mi tía Rosa Aura. El que me iba gustando, con ese me iba quedado. Yo pensaba ¿con quién me casaré? Si me aburría aquí, me iba para donde mi mamá y saludaba a los de allá. Luego me aburría allá, me despedía de ellos y venía a ver a los otros aquí. Iba, venía y a todos los iba visitando.

Una vez, sentadas en esa heladería, nos paró bolas el alcalde, nada más ni nada menos. Se asomó desde el balcón de la alcaldía, nos echó el ojo y se bajó. Pasaba frente a nosotras, para un lado y para otro, vestido de militar. Cuando eso, los alcaldes vestían de militar.

—Buenos días, muchachas, ¿por qué tan solitas?

—Mi mamá está por allá trabajando.

—¿Qué están tomando? ¿Me puedo sentar con ustedes?

Se sentó a un lado de la tía Socorrito, que era la más mejorcita, y agarró a pedir trago.

—Tráigales lo mismo a estas muchachas.

—No podemos, señor Alcalde. Solo nos dejan tomar en fiestas y en familia.

—Ah, ¿cómo así? Entonces otro fresquito, ¿o quieren malta?

Cuando eso, se usaba mucho la malta y la Carta Roja. No había ni cuatro, ni Coca Cola. Esa Carta Roja era picante y le picaba a uno por aquí.

—Fresquito.

Así la tía Socorro terminó siendo novia del alcalde y yo, de paso, de Clímaco, su secretario. Él veía al patrón con la tía y también le daban ganas de muchacha, entonces venía y se sentaba en un butaco al lado mío. Yo lo hacía reír y él se amañaba. Sería que yo no era tan fea como mi mamita decía.

La tía Ana Francisca salía corriendo de ahí: le huía a los viejos que buscaban niñas para matrimonio. Ella solo perseguía muchachos. Seguimos saliendo juntas durante esos años pero todo fue cambiando y luego no la volví a ver. Yo me fui del pueblo y mucho después supe que se casó y que empezó a vestir largo, que el marido le puso finca en una vereda y que no la volvieron a ver de seguido por el parque. Quién sabe cómo consiguieron domarla. A mí, en cambio, me quedó el gusto por las minifaldas. Y hoy, a mis sesenta y cuatro años, no ha aparecido el que me haga bajarle el ruedo a los vestidos. Y no creo que aparezca: la mujer lunareja es puta hasta vieja, y yo parezco una constelación.

Solo una vez salí vestida de mamasanta a la calle. Era un invierno más frío que este y estaba enferma, pero tenía que conseguir la plata de la pieza como fuera. La falda me cubría

las rodillas, la blusa tenía las mangas largas y el cuello se podía doblar hasta tres veces. Se hacía tarde en El Raudal y el bar donde yo me estaba rebuscando estaba cada vez más solo. Eran las diez y cerraban a las doce. Todas las muchachas se cuadraban, menos yo.

De pronto, entraron un montón de viejos al lugar. Unos pelados y otros peludos. Tenían bigotes por aquí y por aquí. Eran choferes, buseros, tractomuleros. No tenían más de cincuenta años. Llegaron haciendo ruido, riéndose duro y se acomodaron cerca de la puerta. Yo estaba por allá, sentada en un rincón junto al piano.

“Qué pena yo aquí sola. Pensarán que no me gustan los hombres, se preguntarán qué estoy haciendo aquí. Pensarán que soy la celadora, que estoy vigilando esto aquí”. Me fue entrando ese achante y esa psicosis. “Ay Dios mío, que venga un hombre, no quiero estar sola aquí. Que venga un hombre, Dios mío, así sea viejo y feo como yo, pero que me gaste siquiera un tinto”.

De pronto se quedaron mirándome. Cuchicheaban y me miraban. Los choferes son mirones y detallistas. Al fin, el más flaco y bajito, bigotudo, me hizo así con la mano para que fuera.

—Señora, ¿qué se va a tomar? ¿le provoca un traguito? La vemos sola, sin con quién conversar.

—Ay, muchachos, pues un roncito.

—¿O quiere un aguardientico?

—No, no. Eso me hace daño porque tengo úlcera. Al ron le echo Coca-Cola y queda más suave.

Le pedí al mesero que no me echara hielo, me senté y me tomé el ron con despacio. Los seis me miraban hasta que, al fin, el bigotudo que me llamó me hizo la pregunta que a todos los intrigaba.

—Señora, una pregunta, y que no le vaya a molestar: ¿las evangélicas sí pueden venir por aquí? ¿a usted no le pasa nada por venir a corromper el evangelio?

—Ve, yo no soy evangélica. Yo creo en Dios pero no soy evangélica.

Se miraron entre sí.

—Ay, cómo así. ¿Y usted se rebusca, señora?

—Sí, a veces. Tengo que pagar arriendo.

—¿Y tiene muchos hijos, señora?

—Tengo dos hijos machos que quieren ser tombos y no viven conmigo.

Siempre les echo ese cuento. Cuando les digo que tengo una hija, les dan ganas de conocerla. “Deme el teléfono de su hija y nos vemos los tres”. Es un vicio que tienen. Les dan ganas de conquistar a la hija y dejar a la mamá. Eso está visto. Varias mamás me han contado, también lo muestran en La Rosa de Guadalupe.

—Señora, y ¿por qué se viste así?

—Ve, es que estos inviernos...

El hombrecito del bigote me interrumpió, negando con la cabeza.

—Con razón, señora. Le vamos a dar un consejo. ¿Le gustan? Nosotros, como hombres caballerosos y observadores, le vamos a decir por qué no se ha cuadrado. ¿Ya se hizo lo del día? Nada. Con esa forma suya de vestir, no tiene cuándo. Tuvo suerte de dar con nosotros que somos descomplicados y estamos enseñados a andar en pueblos, en trochas, en corregimientos. Pero si quiere rebuscarse en la ciudad y ganar buena plata, vista casquillera, señora. Con la falda rajada por un lado, rajada por detrás, rajada por delante, rajada por alguna parte. ¿Que ya está muy vieja? Mejor porque menos aparenta. Si yo fuera mujer, me vestiría bien casquillera. La mujer vieja, cuando está cubierta, aparenta más. Si usted tiene sesenta, va a aparentar setenta, ochenta. En cambio, si usted viste cortico, dirán que tiene cuarenta o cincuenta. La podrán ver vieja, pero va a ser una vieja sexy. Nosotros no somos estudiados, pero sabemos captar a la gente. Ensaye y verá.

Y me salió cierto. Fue un favor que me hicieron. Eso sí, no hay que pasarse para el lado de la vulgaridad, se aprende con el tiempo. Horas después, cuando estábamos en el hotel, el hombre de los consejos me decía:

—A mí me tocó la mejor. Evangélica y todo. A mí me tocó una mamasantica.

Me quitaba la falda y se mofaba de los amigos que habían quedado aburridos renegando. Que les iban a tocar las que ya estaban emboladas, que las casquilleras ya venían de estar en programa. “Qué tan bueno hermano”, le decían al que se fue conmigo, “su mamasanta va virgencita”.

Por eso no puede uno vestir tan largo ni tan cortico; no puede uno hablar pasito, pero tampoco reírse tan duro; hay que saber tomar sin ser la más borracha y hay que saber sentarse provocativa sin que le vean a uno el fundillo del todo. Hay que dejarles algo a la imaginación, que sientan que uno es puta pero no la más puta. Esas cosas les gustan a los

hombres. Cuando estoy parada en la Veracruz, se acercan y me preguntan qué hago por ahí tan solita.

—Yo aquí, papito, esperando el bus —Ya saben que es mentira.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pero pareciera que no va a pasar. Llevo cuarenta minutos esperándolo.

—Ah, ¿cómo así?

—Así, papito.

Y se van dando las cosas.

Hoy el frío de la mañana se me escabulle por las faldas y me sube hasta la nuca. Camino con los brazos cruzados sobre el pecho, cerrando con las manos una chaqueta verde del Ovejo a la que no le funciona la cremallera. Debajo, mi vestido de ángeles de colores, el de la suerte. Anillos, aretes, collar. Los labios y las mejillas pintadas de fucsia, como las de las muñecas. Entre el brassiere, mi celular y dos ramas de ruda; entre el bolso, medio ajo y medio limón: de la mano de Dios y de la buena fortuna. Aunque las mañanas sean para tener el pelo recogido, en días como hoy lo dejo suelto. Lo decora una diadema de piedras de colores y cae, negro y brillante, sobre mis hombros. Está seco porque hacía frío esta mañana y me bañé solo por aquí y por acá.

Me despertó a las cinco el ruido de las palomas, pero no las pude sacar. “La mamita no se demora, mis amorcitas. Cuando vuelva, las saco a volar”. Desmenucé el pan mientras el baño se desocupaba y les eché las migajas en sus nidos, metiéndolas por las esquinas rotas del cartón. Se calmaron cuando empezaron a comer. Yo me tomé cualquier tinto con cualquier pan y dejé al Ovejo dormido y enroscado, a su suerte.

Ando de Veracruz a Berrío, de Botero a Bolívar. Doy la ronda por allá y me devuelvo. Caminan, a mi lado, oficinistas, obreros, secretarías, barrenderos, mensajeros, vendedores de frutas, de hierbas, de sahumeros, de pescado seco. Se abren con fuerza las puertas metálicas de droguerías y cafeterías. Varias caras conocidas me sonríen. Yo les sonrío también. Celadores que reciben el turno, chaceros organizando los confites y el mecato.

Reconozco a algunas de las vendedoras de tinto del Parque Berrío y las saludo. Están en la prostitución pero tienen hijos o familia y no quieren que las tachen de putas, así que se camuflan entre ese par de termos, muchas veces vacíos. Si los hijos preguntan, ellas responden que trabajan vendiendo café en el parque. A los hombres que las buscan también les sirve la fachada. “Te vi buscando un tinto en Berrío”, nunca sonará como “te vi buscando una puta en Veracruz”.

La ciudad aún guarda pedazos de noche, restos de oscuridad y frío, de soledad. Hombres envueltos en trapos y periódicos durmiendo bajo los aleros de algunos edificios, borrachos descolgados en los apoyabrazos de las bancas. Por Carabobo, la empleada de un restaurante usa tímidamente su escoba para despertar a una mujer que duerme recostada en la puerta del negocio. A cada empujón, la mujer responde con un manotazo y un grito. No se le entiende palabra, está huelida y chirrinchiada. Tiene diecisiete o dieciocho años... así está de mal la juventud de hoy en día.

Me siento en mi banca de siempre frente a la iglesia La Veracruz y alcanzo a desmenuzarle un par de arepas a las palomas, y la muchacha aún no ha vuelto en sí. La empleada del restaurante limpia las mesas y conversa entre risas con una de sus compañeras, antes de volver con escoba en mano por su segundo intento de despertar a la joven que ahora duerme totalmente acostada sobre el andén.

Mis tiempos eran otros. Sí nos emborrachábamos, pero no recibíamos droga. Eso casi no se usaba. Nos invitaban a ron, a aguardiente, a brandy con leche, algunas le metían whisky, pero no más. Éramos conversadoras y risueñas, pero no vulgares: yo le bailo y le canto y lo hago reír toda la noche. Conmigo se goza y se pasa bueno. Pero de ahí a que usted me encuentre tirada en la calle, con los calzones miados como esta muchacha han de pasar siglos, y mi Dios que está en el cielo muy bien lo sabe.

Ante la insistencia de la empleada del restaurante, la joven estalla en un grito que sacude su cuerpo y la deja sentada de nuevo pero, esta vez, un par de metros más allá, a las puertas de otro negocio que abrirá más tarde. La empleada barre el espacio que ocupaba la mujer acostada en el piso y se marcha, con su escoba, hacia el interior del lugar.

El día va aclarando y cogiendo cara de miércoles, pero todavía no aparecen amiguitos por ahí. Una Semana Santa más que los espanta. Un vendedor de confites que nunca había visto pasa caminando y se me queda mirando pero no le sigo la cuerda. Aún está temprano y tal

vez tenga chance de irme con uno conocido. Los desconocidos nos están matando. A una la semana pasada en Bolívar y a dos en el Raudal. Creen que tenemos plata y nos amenazan, nos sacan cuchillo y, si peleamos, hasta ahí llegamos. A veces nos dan cosas para dormirnos, esculcarnos el bolso y sacarnos los tres pesos que tenemos. Por eso, ya no amanecemos con desconocidos. Eso ya no se usa.

Son casi las siete de la mañana. Si fuera un día normal, no tardarían en llegar los pensionados, en aparecerse por aquí mis amiguitos. Los hijos los dejan solos y muchos han enviudado, así que cogen camino desde sus barrios hasta el centro para pasar aquí todo el día. En parques, en plazas. Desayunan un tinto con pan por allí, almuerzan unos frijoles por allá. En la tarde los empieza a coger el frío y el cansancio, así que se devuelven temprano a sus casas. Por eso cuando tengo necesidad, por mucho que se me congelen los huesos y el sueño me cierre los ojos, salgo a pescarlos de mañana, recién bañados y con plata en el bolsillo. Me toca madrugar y no me alcanza el tiempo para mimar mis palomitas, pero la recompensa se ve. Casi siempre.

A muchos los trato desde hace años. El Profesor, el Negro, el Ingeniero, el Italiano. Me conocieron en mis buenos tiempos y me guardan cariño, todavía me frecuentan y me dan el aguinaldo. Yo también los recuerdo sardinos y pispos, fuertes y grandes, sin tanta cana ni tanta barriga. Eran tiempos mejores para todos. Ganaban buena plata y me llevaban a comer a restaurantes finos, dormíamos en buenos hoteles. Andaban perfumados y bien vestidos, eran gente a lo pachá. Ahora siguen viviendo bien, en sus casas con sus familias, pero me los encuentro muy de vez en cuando y pareciera que la pensión les rinde menos que el sueldo. Muchas veces les alcanza solo para pagar la pieza del hotel e invitarme a un sancocho donde el Costeño. “Mariíta, le quedo debiendo lo del rato”. Por cariño y por hambre, les digo que sí. A veces también por gusto. El hombre maduro no sale tan “pichón”, no tiene el pene tan insaciable como el del joven. Pasa bueno él y paso bueno yo. Escucha historias y chistes, se voltea para que lo rasquen y lo masajeen. Ya cansó a la mujer de él y busca quién lo mime. Y para eso estamos las putas. “Venga para acá, mi amor”, “¿cómo te gusta, mi cielo?”, “Gordo, estás rejuvenecido”. Por muchos mimos que le haga, no se le para más de dos veces, y eso ya es mucho. El tiempo de pieza que sobra, lo uso para dormir o para masajearlo y no me desgasto tanto. Hay algunos que solo vienen a eso, a que yo los mime. Claus, el Italiano, no pide nada. Se acuesta boca a abajo para que le sobe la espalda y

me pone el brazo toda la noche para que lo agarre como si yo fuera la mujer de él. Si ella se enterara, le tiraría la maleta llena de ropa por la ventana.

Detrás de mí, suenan las puertas de la iglesia abriéndose.

—¿Qué hubo, Monito?, ¿dónde se había metido? No lo veía hace mucho tiempo— A este sí me lo conozco completo. Es sacristán de la iglesia. Me conoció sardina. —¿Va con mucho afán?

—Saludos, Mariíta. Ahora hablamos.

Tan formal...debe ir con afán. Tal vez por la Semana Santa o tal vez porque, entre uno más los necesita, los amiguitos más se esconden. Cuando uno ya tiene cuadre, pasan para allá y para acá matando el ojo. Pero cuando uno está solo y llevado, nadie viene. Es una cosa lo más de extraña. Será obra de la envidia, tal vez. No tiene uno dónde caer muerto y le envidian la suerte. Más de una vez, estuve a punto de irme con hombres que me iban a poner a vivir bueno, pero no me dejaron. Tuve un amigo gringo que me sacó a vivir a un apartamento con mi hija cuando todavía era una bebé. Él decía que nos iba a cuidar a las dos, que nos iba a llevar por allá. Y no nos dejaron. Llamaban todas las noches al teléfono fijo a decirle que me habían visto rondando las calles, buscando lo que no se me había perdido. Al final, el hombre se fue y nos dejó.

La semana pasada me pasó. Estaba sentada con Luz Dary, la más buscada de Botero, y nos armaron una trampa. Se nos acercaron dos niñas que no tendrían más de veinte años: “¿ya saben que en La Alpujarra están dando unos mercados muy buenos?”. Salimos corriendo y dimos vueltas por allá, pero no encontramos nada. Un par de policías nos dijeron no había mercados por ninguna parte y confirmaron nuestra sospecha: era una trampa para sacar a mi amiga del camino. Luz Dary le pone la pata encima a todas esas mujeres.

Tiene cuarenta años pero no los aparenta. De ojos zarcos, se arregla muy bien y parece una ricachona. No es bonita pero es de buenas. Yo no sé qué tiene. Pasan buscándola en carros y se va con hombres bonitos, jóvenes y de plata. Quién sabe si está rezada, pero le va muy bien. “María, si hubieras venido ligero te habría invitado a almorzar”, así me dice. Y es verdad. Anda con platica y se da sus gustos: unos frijoles aquí, un jugo allá, ropa para los hijos. Tiene uno de veinte y otro de dieciocho que podrían trabajar y mantenerla, pero ella dice que no deja su oficio. Amigos de ella me dijeron que era ninfómana y que tiene que

estar en esas, que está llena de plata pero que ningún marido le aguanta el voltaje. Por eso será que se rebusca, para pasar bueno.

Qué pereza. Lo bueno sería un hombre que le guste a uno. ¿Pero cualquiera? Hace poco me contó que se fue con uno y dizque se demoró más de una hora dándole clavo. Me da desaliento de solo pensarlo... yo no sirvo para eso. Yo lo tiraría al suelo y le sacaría un cuchillo para que se bajara ligero. “Bueno, mijo, esta no es su casa. Vaya y busque a su mujer o a la mamá suya. Y ahora no va a decir que la mujer suya soy yo”, le diría.

Solo a veces los dejo echar varios polvos, pero me tienen que pagar bien. Mínimo diez mil pesos por cada uno.

—¿Y es que la tiene de oro? —preguntan algunos sin vergüenzas.

—No, no la tengo de oro, pero la tengo de *cobre*.

Esas cosas pasan con el hombre desconocido. El hombre desconocido no saluda, no sabe el nombre de uno, no piensa si uno ya comió o si tiene hambre; quiere amanecer con uno y pagar poquito. El hombre desconocido sale ‘pichón’. Uno se hace al borde de la cama pero él vuelve y lo agarra... no deja dormir. Él llega ofreciendo: “tengo ocho mil, tengo doce mil”, y la que los necesita los recibe. Al hombre desconocido solo se le puede cobrar al final, le da miedo que lo roben, pero a veces es él quien roba. El hombre desconocido atraca y mata. Busca a la más joven y la más barata. Para él, con cada año que envejecemos valemos menos. Y uno va cambiando... con los años uno va cambiando.

La muchacha chirrinchiada ya se despertó y está de nuevo frente al negocio del que la levantaron. Esta vez entrecierra sus ojos, ladea la cabeza y extiende su mano en un gesto de súplica frente a dos señoras que inauguran el servicio de desayunos de la panadería. Una de ellas le pide un pan a la mesera y esta se lo entrega a la muchacha, que hace una cruz con el pan en la mano para bendecir a su proveedora, y se aleja hacia Botero trastabillando. ¿Para dónde irá? Abandono por un momento mi banca y sacudo mi bolso; reúno algunas de las monedas que suenan en el fondo y compro un tinto para acompañar la espera.

El Ovejo y Pedro están sentados en el muro de una jardinera esquinera. Pedro lleva una camiseta gris, transparente y ancha por el uso, que deja ver parte de su pecho y de sus

hombros. El Ovejo, una sudadera azul, unos zapatos de caucho y un chaleco verde fosforescente que en el centro tiene el nombre de uno de los periódicos que vende: Q'hubo. Pedro observa cómo el Ovejo cuenta el número de ejemplares que tiene apilados sobre una caja de cartón desarmada.

De un lado, la carrera 40 llena de carros que pitan, de buses, de motos que aceleran, de rugidos de motor. Del otro, las filas de vendedores ambulantes que se parquean sobre la calle Ayacucho con sus carritos de frituras: palitos de queso, empanadas, pasteles. Algunos transeúntes paran a desayunar, otros siguen su camino con afán. Al fondo, las campanas del tranvía que se acerca.

PEDRO: Ovejo, ¿sí vamos a ir por el otro?

OVEJO: Vaya, vaya.

PEDRO: ¿Por tercera vez? Esa pelada ya me pillá.

OVEJO: Esa pelada no dice nada. (Cerca de aquí, unas cuadras más abajo, nos regalan el periódico ADN con jugos y galletas. De allá, nosotros lo llevamos a donde un señor que nos da quinientos pesos por cada periódico. Él los compra para llevarlos a una fundación).

PEDRO: ¿Entonces voy por el otro?

OVEJO: Claro, papi. Con eso completamos los dos mil de la dosis.

PEDRO: Hágame, ahora voy... Allá va Rogelio, un primo mío. Con cada centavo que coge compra libros. Es como mi sobrino. ¿Sabe qué hace mi sobrino? Estudia filosofía en la Universidad de Antioquia y me sale con maricadas: que siembre un árbol y que la tierra se moverá, que solo sé que nada sé... Se deja crecer el pelo por aquí, se lo recoge con un caucho y se pone camisetas del diablo. "Juan Pablo, usted parece un marica", así le digo. Un hombre no se deja el pelo así.

OVEJO: Eso es para marcar la diferencia. Cuando yo estaba pelado también tuve el pelo hasta acá.

PEDRO: ¿Sabe qué dicen? Que el hombre que lee mucho se enloquece.

OVEJO: Ya me hubiera enloquecido yo.

PEDRO: Póngase a leer y se enloquece. En la Universidad les enseñan cosas que son mentira. Él habla muy mal de la política. De Uribe, de Santos, de Duque. Dice un montón

de cosas pero no dice lo más importante, lo peor de esa gente. ¿Sabe qué es? Que en los parques ya no dejan beber. Lo prohibieron.

OVEJO: Este ve a un policía y se asusta.

PEDRO: Me iban a poner un comparendo de trescientos mil pesos, pero yo salí corriendo. Ya estaba advertido. Si lo cogen a uno lo ponen a trapear, a barrer y a hacer un curso yo no sé de qué. Ojalá no sea de filosofía.

OVEJO: ¿Vos no ibas por el ADN?

PEDRO: Es que está haciendo mucho sol, Ovejo.

OVEJO: Ah, si quiere lo llevo en el carro de Fernando. “Unas veces a pie y otras caminando”.

PEDRO: “Unas veces a pie y otras caminando”... Yo me pregunto por qué estudiando esa profesión uno se demora tanto. Él estudia en la Universidad de Antioquia. Pregunte por Juan Pablo. Yo le he dicho que él se va a jubilar allá. Pero antes de jubilarse, se enloquece. Ese muchacho habla un poco de maricadas. ¿Qué tiene que ver la teología con la filosofía?

OVEJO: Teo es Dios. Logos, tratado. Tratado de Dios.

PEDRO: Él habla de todo eso. Pero yo no lo escucho. No me gustan esas ideas raras. Me gusta más ser un ingeniero, un cirujano que estudie el cuerpo...

OVEJO: Son gustos.

PEDRO: Juan Guillermo, otro sobrino mío le construye lo que usted quiera. Es arquitecto. ¿Usted creía que un edificio de estos lo hace un perro? No, señor. Lo hace un arquitecto.

OVEJO: O sea que a usted le hubiera gustado estudiar arquitectura. Siéntese a hablar con ese sobrino, entonces. A este hombre le gusta lo que deje plata.

PEDRO: ¿Sabe cuál es la profesión que más plata deja? La del sacerdote. Todo lo que entra es para ellos.

OVEJO: Depende. Yo estuve en una comunidad y uno tiene todo y, a la vez, nada. Después de que usted hace los primeros votos –pobreza, castidad y obediencia– tiene todo gratis: dormida, comida, viajes, carro... todo es de la comunidad y también de uno.

PEDRO: Es que toda la plata le llega a esa gente.

OVEJO: Yo fui de los Franciscanos: únicos, después del obispo, que podemos absolver el aborto. Cuando Francisco de Asís se empelotó en frente del Papa Honorio III, él lo cubrió con la capa y le dio esa facultad. A mí me puede llegar una mujer con ese pecado y yo la

puedo absolver. Yo prácticamente fui ordenado, estudié filosofía y teología, pero me retiré... Hubo problemas internos, había mucho desorden en ese convento... Me iban a mandar a Europa cuando se mató un compañero y me retiré. Él se subió a arreglar las hojas del techo y se deslizó la escalera. Pero lo más curioso es que me tocaba subirme a mí. Y él en un momento cambió de parecer. “No. Haga usted el desayuno y yo me subo”. Yo era el que debía haberme matado. Después de eso empecé a tomar mucho. Me iban a nombrar en la pastoral universitaria, pero imagínese cómo habría sido eso. Los universitarios que toman como yeguas y yo tomador... Entonces me fui a rodar por ahí. Cali, La Guajira, Bogotá. Empecé a trabajar en otras cosas... seguridad privada, chofer, escolta. Pasó un año para que mi familia me volviera a hablar. Les dio más duro a ellos que a mí. Querían un cura.

LUIS: ¡Mijo!

OVEJO: ¡Caballero!

LUIS: Yo me arrimo a esto para verlo porque me gusta mucho. Pero como no sé leer...

OVEJO: Ah, a usted le gusta la sangre. Ese Q'hubo son puros muertos.

LUIS: Yo con eso me entretengo.

OVEJO: Pedro, andá. Dentro de poco hay que llevarle los periódicos a ese cucho.

PEDRO: ¿Sí voy por eso?

OVEJO: Claro, papi. Se está demorando.

LUIS: Y bien jóvenes y bien muertos.

PEDRO: Ovejo, ¿tiene para la media?

OVEJO: Desde hace cuatro años han matado cuarenta mil personas y no pasan de treinta años. Vea al que salió hoy en portada. Diecisiete años, pichoncito.

PEDRO: Cuando yo estaba en quinto de primaria me dieron un regalo porque tenía la letra bonita y sabía leer. Después me metí al bachillerato en la Normal de varones de Villa Hermosa. ¿Sabe qué iba a ser yo? Un profesor. Pero por culpa del trago no pude. ¿Se acuerda, Ovejo, que en esa época uno perdía tres materias y lo echaban? Física, química y trigonometría. Cero. Un día me encontré con uno de los viejitos que alfabetice en quinto bachillerato y me saludó: “¿qué hubo, profesor?”.

LUIS: A ver si usted sabe, profesor. ¿Qué hacía García Márquez antes de ser escritor?

OVEJO: Era periodista.

PEDRO: Vamos para el periodista, Ovejo. Vamos y compramos otra botellita.

OVEJO: ¿Esa ya se va a acabar?

PEDRO: Esperemos a que nos paguen el ADN y compramos la dosis.

OVEJO: Esta botella en la farmacia está en dos mil, pero nos rinde para dos días. Cuando no es eso, compramos chirrinchi. La media vale \$1250. Lo venden en la plaza y dan el envase o uno puede llevarlo. También tomamos Norteño o Aguardiente Colombia, pero eso enloquece mucho. Tiene cuarenta grados de alcohol. Los hacen en machimbres, por ahí...

PEDRO: Prepárelo, Ovejo, mézclele el agua. Ese de farmacia sí se puede tomar. Es que hay uno que es para raspar madera y hace daño.

OVEJO: Eso no se puede tomar solo. Hay que echarle bastante agua, por eso rinde. Hay quienes que se lo toman puro y por eso defecan sangre. Se joden el hígado. Pedro se lo tomaba puro y yo fui el que lo acostumbró con agua. Él ya pasó veintitrés días en el hospital. Cuando toman eso puro no los puedo dejar venir porque me azaran el puesto... hay que echarlos.

CAMILUCHO: ¡Todo el mundo contra la pared!

OVEJO: ¡Camilucho!, Dios te bendiga.

PEDRO: Pilas que esos ADN son del Ovejo.

CAMILUCHO: Yo sé que eso es de él. ¿Cuál es el capricho tuyo? ¿Cuál es la envidia?

PEDRO: ¿Vos cuántos has recogido?

CAMILUCHO: Tengo diez, hombre.

PEDRO: Dejé de hablar.

OVEJO: Estos duermen en la calle. Duermen por ahí en donde los coja la noche. Les regalan ropa y consiguen comida. Viven pidiendo a toda hora. Ya están acostumbrados y no se bañan, ¿cierto?

PEDRO: ¿Bañar? Este no conoce el agua. Vea eso.

CAMILUCHO: Regálame un chorro aquí en esta botella, Ovejo. Sí es verdad que ya el Dim le dijo adiós a la Liga. Perdió con Alianza Petrolera.

PEDRO: No, Nacional es el mejor. Medellín es una basura. Si usted es hincha del Medellín, no me hable.

OVEJO: Ve, botaste los zapatos, hombre.

CAMILUCHO: No, ahí los tengo.

OVEJO: ¿Por qué no te los pones?

CAMILUCHO: Es que a mí me toca caminar descalzo por la presión arterial. Tengo que dejar que corra bien la sangre por las venas. Es una cuestión de circulación sanguínea. Yo tengo los zapatos ahí, pero primero la salud. ¿Cómo dicen? Si tu novia perjudica tus estudios, entonces deja los estudios y perjudica a tu novia.

PEDRO: No se vaya todavía que el Ovejo va a invitar a dosis.

OVEJO: Ay, mijo. Si quiere le regalo los palomos de mi mujer.

CAMILUCHO: ¿Para el almuerzo?

OVEJO: Usted se toma un caldo de paloma y eso le puede curar hasta el cáncer. Eso tiene una vitamina la verraca. Para usted que vive con sueño. Vea, el Capotero no toma ni fuma, pero viviendo en la calle se trasnocha mucho.

CAPOTERO: No me lo diga a mí.

PEDRO: ¡Capotero!

OVEJO: Yo no sé donde se acomodan... Camilucho, no te me lleves el ADN.

CAPOTERO: Cuando hay con qué, se paga hotel. Cuando no, hay que echar calle y aceptarlo. Es muy tremendo. El 24 y 31 de diciembre los pasé sentado en una escala, solo. Cuando uno está trabajando y laborando, tiene amigos y familia. ¿Pero ahora qué? Mis sobrinos tienen plata y no me voltean a mirar. Yo no soy un vago. A mí siempre me ha gustado trabajar. Sé de plomería y de pintura, pero me coloqué a hacer techos con un señor. Un compañero me tiró y me dañé los tendones. Después de eso, me vino la desgracia. Ninguna empresa me contrata y estoy en pleito con Colpensiones, pero eso es un proceso largo. Voy a la alcaldía y he tocado puertas, pero no me ayudan porque no soy alcohólico ni drogadicto. Hay veces en que me voy a las once de la noche para los barrios y vengo... me pongo a andar.

OVEJO: Yo no sé si algún día me vaya a tocar calle. No sabemos...

CAPOTERO: A uno le pasan muchas cosas por la cabeza... No sobre atracar personas, pero sí meterse a un banco y llevarse la plata del gobierno. Yo le he dicho al Ovejo.

OVEJO: Esta vida es muy dura. La semana pasada me tocó tirar calle con él. María y yo estábamos muy mal, debíamos la pieza. Casi sesenta mil pesos. Yo le digo a ella: "mija, ¿por qué no se va para donde la hija?". Pero dice que no. Ella sabe que la hija no la recibe con palomas y reblujo. Las cosas llegan hasta el techo. Ella siempre llega de la calle con algo. En la pieza ya ni si quiera hay dónde dormir. Tiene tantas cosas que ya no caben y hay

que ponerlas afuera. No teníamos nada cuando nos fuimos a vivir y, de a poco, fue trayendo cosas y más cosas. Yo le he dicho que arreglemos un poco para ampliar. Pero lo que saco a la calle, ella lo trae otra vez. Recoge todo lo que encuentra... Yo creo que dormimos hasta con ratones.

PEDRO: Hasta con cucarachas.

CAPOTERO: Eso de vivir con animales es dañino.

OVEJO: ¡Y ella tiene como siete palomos! Los alza y me mira, me dice que son nuestros hijos, imagínate. Hay dos ciegos, uno calvo, otro con media pluma, otro no vuela y otro camina de lado, es cojo. Tiene un hospital de palomos.

CAPOTERO: Y ella sorda y usted ciego.

OVEJO: Pues, para lo que hay que ver, tiempo sobra. ¿Sabe para qué tomo? Para que se me quite el estrés. Y eso es muy duro de dejar. Treinta y cinco años tomando todos los días... Yo estuve en rehabilitación siete meses pero me volé. Eso está lleno de drogadictos. Yo era el único alcohólico. Nos despertaban a las cinco de la mañana a bañarnos. Qué terapias tan bravas, eso es una cárcel. Duré siete meses y, cuando salí, esta gente me hizo pecar. En la calle me hicieron pecar. María duró berraca un tiempo, pero yo no volví por allá. Eso no sirve. Todos los que se han retirado han vuelto a recaer. Hay que reconocer que eso es una enfermedad y hay que estar en constante tratamiento. Además, ¿en la calle dónde no hay vicio?

PEDRO: En la calle hay alguien soplando y tomando en cada esquina. Se necesita fuerza de voluntad pero no la tenemos.

OVEJO: Es que esto es como la adición a la cafeína. Uno queda contento y relajado.

PEDRO: ¿Sabe qué me dice Juan Pablo? “Tío, deje de tomar y póngase a leer un libro”.

CAPOTERO: ¿Y este qué libros va a leer?

PEDRO: Entre leer y trabajar, prefiero trabajar... Y como está de caro todo, no alcanza para libros.

OVEJO: Me va a tocar a mí meterme en el negocio de los tintos. Ahí sí gana uno la mitad de producido. El problema es que vale quince mil cada termo de esos. ¡Cómo está de caro todo! La comida, el mercado, esos pobres venezolanos cómo están sufriendo... El presidente se puso a recibir ese gentío tan berraco.

PEDRO: Entonces vaya y vote por un hijueputa de esos. Yo nunca voto. Voté por Uribe una vez pero no vuelvo a huevoniar.

OVEJO: ¿Uribe? Eh, ave María...

PEDRO: Dicen que ese viejo Santos era peor...

OVEJO: Todos son malos. Eso se sabe.

PEDRO: ¿Cuál será el futuro de nosotros, Ovejo?

OVEJO: Ya morir, mijo. ¿De aquí, para dónde cogemos? Estamos más allá que acá... Oíste, ¿Camilucho se llevó el ADN?

Desde la ventana del bus alcanzo a ver que no hay nadie en la casa pero, aún así, pido la parada y me bajo. Puerta y cortinas cerradas, luces apagadas. Camino a oscuras hasta la reja y la encuentro abierta, pero no veo la moto por ninguna parte, ¿a qué horas llegan, pues? Toco a la puerta de metal con la punta de mis uñas y miro hacia el segundo piso, pero nadie se asoma. No hay vecinos mirando ni televisores sonando. Cero ruidos, nadie prende una luz.

De repente, dos ojos negros me apuntan desde la ventana. “¿Romeo?, ¿dónde están las muchachas?, ¿usted qué hace parado encima del comedor?”. Acerco mi frente al vidrio de la ventana y me cubro con las manos las comisuras de los ojos para revisar el interior del lugar, pero solo consigo distinguir la silueta de las escaleras y el par de ojos en alerta que no se despegan de mí. Entonces escucho que se abre la puerta el balcón. Retrocedo algunos pasos y miro hacia arriba, pero solo consigo ver una cabeza que se esconde en cuanto me ve a mí.

—¿Mora?

Vuelvo a la puerta y toco de nuevo, esta vez con todos los nudillos. Estoy a punto de alejarme para mirar otra vez el balcón, cuando suenan los seguros de la chapa y la puerta se abre hasta la mitad: es Mora en medio de la oscuridad, cargando a Romeo en brazos.

Hace varios años viven juntas. Se conocieron en el supermercado donde trabaja Claudia y, cuando yo me enteré, ya habían alquilado esta casa entre las dos. Claudia, carnicera, y Mora, cajera. Yo fui la última en saber. Mi hermana Ana María tuvo que contarme. Mora es

muy querida y muy atenta, pero uno siempre quiere cuidar a los hijos. Después de dos años de vivir con alguien, esa persona adquiere derechos y a veces pienso que Mora se está oliendo la pensión de Claudia. Todavía le falta mucho tiempo para recibirla pero, si es de buenas, se la dan. Ella siente miedo de que la echen antes de cumplir los diez años en la empresa, porque eso le pasó a un sobrino. Él fue vigilante diez años en el Éxito y, cuando los iba a cumplir, lo despidieron para que no tuviera derecho a la jubilación. Pero yo la tranquilizo. Con la ayuda de Dios, eso no le va a pasar.

—¿Cómo le va, doña María?

Abre la puerta completamente y me deja pasar. Prende la luz de la sala y descarga a Romeo en el piso antes de desaparecer por las escaleras, cubierta con una cobija de hombros a pies. El perro se queda ladrándome en medio de la sala mientras escarba con el hocico los paquetes que acabo de poner sobre la otra silla del comedor. Yo no venía hace varios meses, por eso no me reconoce. Cuando no es Claudia la que no contesta, soy yo la que no la llama. Al fin cojo un bus y me vengo sin avisar, como hoy.

Romeo me huele los zapatos y gruñe. Yo subo los pies sobre la silla. Mora baja las escaleras y, cuando ve la escena, se dirige al perro: que deje de ser caprichoso, que respete la visita.

—¿Ya comió, doña María?

—Estoy con el desayuno, hija.

Mientras saca las ollas y pone a calentar el sancocho, Mora me cuenta que ya está terminando el curso de manejo de carnes y que consiguió las prácticas en el Éxito, en la misma sede donde trabaja Claudia. Va a pasar de cajera a carnicera. Lo más difícil del curso, me cuenta Mora, ha sido sacrificar conejos y cabras, por la forma en que la miran cuando ella los va a matar.

El Ovejo se queja de que Claudia le haya pagado ese curso a Mora. La que podría haber estudiado eso era yo. Estaríamos las dos matando animales y cortando carnes, trabajando juntas. Tal vez yo también alcanzaría a recibir pensión. Pero Claudia me ha dicho que, por la edad, yo ya no puedo, que ya no me contratarían. Y debe tener razón.

Mora me arrima el sancocho con el arroz y, ahora, mientras revuelvo la comida, Romeo está parado en dos patas, apoyando las delanteras sobre la mesa del comedor, oliendo mi

plato y lamiéndose los bigotes. “¡Romeo!”, lo llama Mora, pero el perro no atiende. Solo cuando escucha el ruido de la moto afuera, corre hasta la puerta y empieza a sacudir la cola.

—¡Tata! —la saludo cuando entra. —¿Qué más, hija?

—¿Qué hubo, Amá? ¿Usted qué? La esperaba el jueves o el viernes santo. Hoy no la esperaba.

—Ay, juepucha. Yo me vine el miércoles, quería desaburrirme.

No se parece a mí, se parece al papá. Es alta y para darme un pico tiene que agacharse. No se pone zapatos de tacón porque dice que queda como una jirafa. Tampoco se pone vestidos. Los que le regalan, me los da a mí. Una vez me dio un vestido café muy fino, pero me lo robaron en algún inquilinato.

Nos parecemos en el pelo lacio. Se notaría más si se lo dejara crecer. Tiene bastante, bastante, como yo. Lo tiene negrito y se echa champú ‘Tío Nacho’. Cuando se peina, ese pelo le brilla.

—¿Y Sadaí?

—Sadaí, vendiendo el Q’hubo. Está engordándose.

—¿Está comiendo mucho?

—Ni tanto. Comemos dos veces al día, no más.

—¿Y está juicioso?

—Está lo mismo de borracho.

Mora pone sobre la mesa un segundo plato de Sancocho y Romeo piensa que es para él. Desde el piso, el pinscher pega un salto descomunal que lo deja parado en cuatro patas sobre el comedor. Las tazas de sopa vibran sobre la mesa, las cucharas salen a volar. Asustado con el caos que creó, salta de nuevo al piso, tumbando con las patas traseras dos vasos de aguapanela que empapan el mantel.

—¡Romeo, no se monte a la mesa cuando hay gente ahí comiendo! —le grita Claudia.

—Pero no lo regañe —lo defiende Mora.

—¿No ve que está de maleducado?

El perro se refugia entre las piernas de Mora mientras Claudia quita el mantel de un tirón y limpia la mesa con un trapo de cocina.

—¿Y a qué hora llegó mi mamá?

—A las nueve y media —contesta Mora de espaldas, sirviendo de nuevo la aguapanela.

—¿Qué son esas visitas, doña María? En estos días se va a estrellar y no va a encontrar a nadie.

—Yo creo que ya me pasó una vez.

—No. No le ha pasado, pero le va a pasar. Viene muy tarde y sin saber si estamos. Yo siempre le digo que me llame antes de venir para esperarla. O venga en horas adecuadas. Pero viene tardísimo y sin saber si estamos. Si no estuviéramos, ¿qué hace? La vecina ya no tiene llaves.

—¿Se las quitaron? ¿Y por qué?

—Porque encontraba cosas donde no debía... Ya vengo. Voy a la tienda a comprar una cosita.

—¿Por qué se las quitaron, Mora?

—Yo perdí mis llaves, entonces se las pedimos a ella.

—¿Las perdió? ¿Y cómo? ¿Borrachita por ahí?

—¿Borrachita?... Las perdí. Las perdí y ya.

Le dejaban las llaves a la vecina por el perro. Para que le prendiera la luz y viniera a darle la vuelta. Hay días en que las dos trabajan hasta las diez de la noche, entonces el niño no se puede quedar aquí solito, con la luz apagada.

Yo le llego de sorpresa porque ella me ha hecho trampa varias veces. “Viene a pedir”, pensará. Y se esconde o se va, arma paseo. En diciembre la llamé muchas veces y no me contestó. En enero, cuando hablamos, me dijo que cuando le pagaron la prima, ya la debía toda.

Tocan a la puerta y Mora se asoma por la ventana. Es Claudia, otra prima mía. Nos queremos mucho desde jóvenes. Ella era amiga de mis hermanas y siempre estuvo cerca de la familia. Cuando mi hija nació, ella se ofreció a ser la madrina, y siempre la cuidó muy bien. Claudia vivía conmigo unos meses, otros meses con mis hermanas. Se iba para donde ellas para poder volarse a la calle, irse con amigas: a mí no se me volaba. Y en esos ires y venires, la madrina estuvo siempre pendiente. Durante un tiempo, incluso, Claudia vivió donde ella.

Hoy son vecinas. Claudia, la madrina, entra ‘como Pedro por su casa’ contándonos que ayer estuvo en una fiesta de ricos, que era un cumpleaños en el barrio Los Colores, y que empezó a las nueve y se terminó a las doce. “Así es esa gente, se miden en todo”, comenta

Mora. Un joven que entró junto a Claudia nos cuenta que él, en cambio, estuvo anoche con sus amigos del barrio hasta las tres. Pareciera ser el nieto de Claudia, aunque no consigo recordarlo muy bien. Muestra algunas fotos en su celular y todos se ríen; les cuenta que quiere comprar un reloj que sirve de teléfono, uno lo toca y puede llamar a cualquier persona. La tecnología ya tiene cosas muy raras.

Claudia, mi hija, llega de la tienda y de la bolsa del mercado saca un caramelo en su empaque y lo tira al suelo. Romeo se lanza sobre él batiendo la cola y consigue destaparlo y comérselo dejando el empaque intacto, como si, en vez de pesuñas y colmillos, tuviera un par de manos con dedos.

—Ay, vea a este perro.

—Siempre que Claudia va a la tienda, le trae algo —me contesta Mora.

—Él me espera a ver qué le traje.

—Ese es mi consentido. A mí no me gusta que me lo regañen. ¿A mi perro? No. Lo tengo desde bebé, desde que tenía veinticinco días de nacido.

—Siempre está pendiente de uno. Cuando uno va al baño, se sube a las escaleras y desde allá vigila. En el comedor siempre está pendiente de lo que están comiendo y no le han dado. Es un perro policía —dice Claudia.

—Yo ya lo tengo entrenado. ¿Cierto, bebé?— lo mimó Mora.

La visita se ríe y empieza a despedirse. Mañana es festivo para todos, pero Claudia y Mora tienen que trabajar, así que acuerdan encontrarse de nuevo el domingo y cocinar un arroz con pollo juntas. Claudia, la madrina, me abraza, me pregunta cómo estoy y mi hija le contesta.

—Yo le he dicho mucho que se venga a vivir conmigo, pero a ella no le gusta. Ella quiere vivir en su mundo, a su manera. Dice que yo parezco una beata, que echo mucha cantaleta y que jodo mucho. Es porque le pongo normas. Ella está acostumbrada a vivir sola y a vivir como ella quiere. Ella no tiene horarios de acostarse ni de levantarse, y uno no puede vivir así porque las personas madrugan, estudian, trabajan. Pero mi mamá vive a su ley. Cuando viene, me toca acostarla. Me toca apagarle todo y dejarle de hablar. Si no, no se acuesta.

Yo me vengo los sábados con ganas de ver los cuenta chistes y de acostarme tarde, pero no me puedo reír. Me gustaría que ellas se acostaran y yo acostarme cuando quisiera, poder

ver mis programas, mi música de Jorge Barón Televisión. Pero empiezan a decirme que está muy tarde y que me tengo que acostar con ellas.

—A ella le gusta la calle— dice mi hija. —No le da miedo el centro. Yo a las ocho de la noche quiero salir corriendo porque eso se llena de ratas.

A mí no me da miedo. Son las ratas las que sienten miedo de mí. Piensan que soy una más y no me atracan. “Hola, parcera, ¿cómo estuvo la vuelta?”, me saludan; “¿q’hubo, parcero?, esa vuelta estuvo muy mala, mijo. Yo no sé qué vamos a hacer. Fui por allá y no conseguí nada” les respondo.

—Suegrita, hasta mañana.

—Gracias por la comida, Morita.

Espero a que la madrina cierre la puerta y a que Mora suba las escaleras. Claudia prepara un tinto y enciende un cigarrillo. En una esquina, Romeo hace el amor con un oso de peluche al que todos llaman ‘Julieta’.

—Mija, vengo a pedirle cositas.

—¿Qué cositas, Amá?

—A ver si me regalas jabón para lavar ropa, un jabón de baño y papel higiénico. Es que esta Semana Santa nos cogió terrible.

—Mamá, yo le haría un mercado, pero es que usted no cocina. Darle comida para que la bote no tiene sentido. Yo me la conozco.

—¿Comida que qué?

—Comida para que la bote, Amá. Usted no cocina.

—No, yo no la boto.

—Mañana voy por esas cosas. Aunque le digo, Amá, me cayó en muy mal momento porque estoy desplatada. Me pagaron anteayer y, no sé si le conté, pero la señora le subió mucho al arriendo. Cien mil pesos de una vez.

—¿Cuánto?

—Cien mil.

—Ay, juepuerca.

—Porque desde el año pasado la señora no le había subido. Mora me dijo que buscáramos otro lugar, que este quedó muy caro. Ayer también pagué los servicios.

—Ay, Dios mío.

—Me cayó en mal momento, Amá, me cayó en la quincena pobre. Mire el recibo.

—Ay, Tata, por Dios. Virgen santísima... ¿Este es el recibo de qué?

—De los servicios que pagué ayer, no más.

—¿Cuánto pagó?

—Ciento veintiséis mil, Amá.

—¿Toda esa plata son los servicios? Ustedes no pagaban todo eso.

—Los servicios también subieron bastante. No sé si hubo un daño... Amá, usted cómo tiene esas manos de reseca. ¿Qué hizo con las cremas que le regalé?

—Ya las acabé, hija.

—¿Ya?

—Pues yo me echo todos los días.

—Yo también me echo todos los días y todavía tengo el tarro lleno. Me imagino usted cómo se echará... en estos días le compro otra.

—Yo me siento y me echo en todo el cuerpo.

—Entonces esa resequedad es por estar al sol tanto tiempo. Vea cómo tiene la piel de deteriorada. Eso es de estar andando por ahí en la calle, haciendo no-sé-qué... Acuéstese para que Mora pueda dormir.

—¿Se siente la bulla desde aquí? Pobrecita. ¿Ella tiene que madrugar?

—Se levanta a las cuatro, Amá. Vea su pijama.

—Pobrecita.

—¿Ya entró al baño? ¿Usted sube sola? Apague el foco cuando vaya a subir.

—Bueno hija.

—Despídase de Romeo... Vamos a dormir, Romeo.

Cuarta luna

Si tuviera una casa, me gustaría que fuera como la de Claudia. Que tuviera un balcón grande para ver toda la ciudad y que venteara el aire helado de las mañanas. Me lavaría el pelo todos los días con el agua caliente de la ducha. Cocinaría sancochos y sudados en el almuerzo, chocolate caliente y huevos para desayunar. Serían mis palomas las que me despertarían en las mañanas, no Romeo ladrándole a la bolsa que dejé en el sofá. “Es que esa es la cama de él, Amá”. Dormiría hasta tarde. El sol se colaría despacio por las ventanas hasta que se me diera la gana de levantarme a lavar ropa –sábanas, vestidos, brassieres–, sin que nadie me jodiera la vida...

—Amá, usted se está quedando sorda. Por tercera vez: ¿le empaco este árbol de navidad?

—Sí, hija. En diciembre me sirve para decorar la habitación.

Me termino el chocolate mientras Claudia sube al segundo piso a buscar un par de zapatos para regalarme. Se los dan de seguido a Mora en el trabajo como parte del uniforme, pero ella no los gasta tan rápido y siempre tiene de sobra. Claudia no los usa porque dice que son “de abuela”, y a mí me caen de perlas. Son planos y cómodos como los de las enfermeras pero, en vez de blancos, marrones.

Mora alza a Romeo y le besa la cabeza antes de salir por la puerta. Claudia me entrega una bolsa con mercado y cinco mil pesos para el bus. Es todo lo que me puede dar. Le marco una cruz en el pecho con mi mano, y otra en la espalda, para que vaya con Dios. Juntas se alejan en la moto, mientras las despido con la mano.

En un brazo, mi bolso; en el otro, la bolsa con ropa y zapatos. En una mano, mercado y jabones; en la otra, una caja con chécheres que Claudia iba a botar. Las gradas del bus, la máquina registradora, el conductor con afán, el frío de la mañana quemándome la piel. De fondo, el timbre de mi celular que no para de sonar entre mis tetas. La gente se va de vacaciones desde el miércoles y el bus está casi vacío. No hay quién se moleste por las cosas que llevo, pero tampoco quien me ayude a acomodarlas mientras busco la plata y se la entrego al conductor. Después de varios sacudones, me puedo sentar.

Toda la vida he hecho esta ruta. Cuando no he sido yo quien vive por el 12 de octubre, han sido mis hermanas y, ahora, Claudia. Carrera 83, carrera 81, Carabobo derecho hasta el Parque Berrío.

Claudia tenía diez años y nos íbamos juntas en este bus porque estudiábamos en una casa de monjas en Buenos Aires: las Adoratrices. Ella tenía problemas con una compañera del colegio anterior y me dijo que no quería continuar. Yo hablé con las monjas y me dijeron que la niña podía ir conmigo a estudiar, entonces la matriculé. Cuando salíamos de clases, ella se iba en bus para la casa, y yo me quedaba en bares, consiguiendo la plata para llegar con comida más tarde. Era pequeña, pero no se perdía. Los profesores siempre dijeron que era muy inteligente.

La criamos entre todas. Un tiempo vivía con mis hermanas, otro tiempo con mi mamá. Yo viajaba por pueblos buscando la plata: Barbosa, don Matías, Gómez Plata; iba rondando detrás de las cosechas de café. Me rebuscaba meseando y yéndome con hombres. A los pueblos, uno llega como fruta fresca: “llegó mujer de Medellín”, “quiero conocer la medellinense”, “¿cómo se llamará?”, “se llama María”. Si en Medellín era una más, en los pueblos cogía caché.

Ella me esperaba juiciosa. Cuando podía, si tenía alquilado un apartamento, me la llevaba a vivir conmigo. Pero cuando me trasteaba a una pieza o a una casa de citas, se la devolvía a mis hermanas. Así hice hasta que cumplió

quince años. Después de eso, nunca quiso volver junto a mí.

Mi mamá no fue una mujer de vicios, pero tampoco una mujer de casa, de tener un marido, de limpiarle, de cocinarle... no. Vivía en la calle, andando por ahí, con sus novios, sus amigos. Hubo hombres buenos que le propusieron matrimonio, pero ella no quiso. Vivíamos un tiempo con ellos y ella los dejaba. Hubo un ingeniero de Ecopetrol que nos llevó para Barranquilla. Vivíamos con muchas comodidades. ¿Sabe qué hizo mi mamá? Consiguió otro novio y lo metió a la casa. El lugar tenía cámaras y el tipo la echó indignado. Ella me dejó otra vez donde mis tías y siguió con sus cosas en la calle.

Ella se pierde, se desaparece. No sabemos dónde vive. Nunca nos lleva a su casa. Y casi no me acostumbré a ella. No me gusta que ella me toque, que ella me abrace. No la juzgo porque ella me tuvo muy joven. Fue una niña criando a otra niña. Mi mamá me tuvo mientras vivía en un convento, y me iba a regalar. Hubo una monja gringa que se encariñó conmigo y le dijo a mi mamá que quería llevarme con ella... y mi mamá le dijo que sí. Fueron mis tías las que no la dejaron. “Ah, hija, yo lo hacía para que

usted estudiara por allá y le fuera bien”, eso me ha dicho.

A mi mamá le falta un tornillo. Ella todo lo guarda, compra una licuadora y guarda la caja, carga ese bolso lleno de

palomas, anda con bolsas para todas partes, habla sola. En la familia tenemos una teoría: ella ha tenido que vivir tantas cosas sola, que aprendió a hablar sola.

Espero bajo el viaducto del metro a que la lluvia escampe, antes de emprender camino a la habitación. ¿El Ovejo conseguiría lo de pagar los días que debemos? Las calles están solas y el cielo aún no se abre. Subo por Ayacucho y volteo por Girardot hasta San Juan. De ahí, camino derecho hasta la escultura de la Virgen que está volteando por la carrera cuarenta. Una llovizna ligera moja la caja del árbol de navidad cuando estoy a unas cuantas casas del inquilinato. Golpeo la puerta de la pensión y el Evangélico me abre, pero no me recibe con una bendición.

—¿Trajo la plata, doña María?

Camino hasta el fondo del corredor y encuentro la puerta de la habitación abierta de par en par. No hay nadie adentro. Saco a mis palomas de sus cajas para darles de comer y el Ovejo aparece. Estaba en el baño.

—Ahora sí nos jodimos —me saluda.

El negocio del Vive 100 y del Bonice funciona por agencias. Hay varias agencias en la ciudad y cada agencia inscribe a los vendedores. La que tiene inscrito al Ovejo queda cerca de la casa, y está en manos de un expolicía y su socio. Quién sabe qué harían ellos, quién sabe qué haría el Ovejo. El caso es que cerraron eso allá.

—¿Cómo así, Ovejo?

—A mí no me joda, ¿yo qué voy a saber?—me grita.

Camina para salir de la habitación y le pega una patada a una mesa pequeña que tengo junto a la puerta. Todas las cajas que están encima caen al piso. Una de ellas, cerca de la Cucúa. Le doy una palmada al Ovejo y lo empujo.

—¡Con la palomita no se meta!

Él se voltea y me grita. Entonces me doy cuenta de que ha estado tomando. No se ha quitado la barba en varios días y parece un ermitaño. Sale de la habitación y cierro la puerta de un golpe. Me siento en la cama y recojo la ropa que cayó al piso. Está mojada, así que la

extiende en un alambre que atraviesa el cuarto de pared a pared. El agua lluvia de la gotera cae sobre el colchón, detrás de las almohadas.

Mi mamá bajaba conmigo hasta el pueblo. Me ponía el mejor vestido que tuviera y una cinta de mismo color en el pelo. Nos íbamos las dos solas porque mis hermanas vivían en Medellín y mi hermano se iba a coger café en otros lugares, durante meses no sabíamos nada de él. Caminábamos hasta la vía a Santa Fé de Antioquia y esperábamos a que pasara un carro con cupo que nos llevara. No era un paseo barato, pero mi mamá se gastaba los tres pesos que tuviera para ir a ver la procesión del jueves santo, que era de carne y hueso.

El Padre disfrazaba a los niños del pueblo y dramatizaban la historia de Jesucristo. Todo el pueblo se aglutinaba para verlos. No había niños jugando en las calles, las casas estaban en silencio, los negocios cerraban desde el miércoles y solo quedaban abiertas algunas cafeterías del parque principal. Los casinos, bares y prostíbulos parecían de repente casas abandonadas, rincones a los que nadie volteaba a mirar, como si allí estuviera el diablo esperando paciente la recaída de algún incauto. Algunos borrachos se metían en sus casas para beber, los ludópatas se escondían para jugar. Pero las putas... en Semana Santa las putas nunca iban a trabajar.

¿Qué tal uno pobre, feo y, encima, pecador? Parece ser que eso es una salmuera tremenda. Hace años un amiguito me invitó a cine un viernes santo. Íbamos a ver una película sobre la vida de Jesucristo en el teatro Alameda, cerca al puente de la Avenida Colombia. Yo estaba parada en una esquina, esperándolo, cuando aparecieron dos policías en una moto y comenzaron a interrogarme.

—Vamos para cine.

—¿Sí? ¿A ver pornografía?

—No, policía. A ver películas del Señor.

—Ah, eso sí es bonito. Cuidado con irse a hacer cositas. Hace tres años nos tocó sacar a una pareja de un hotel. Estaban pegados y hubo que llamar a un cura para que les hiciera un exorcismo. Casi no los despega.

¿Será cierto? Yo nunca he hecho el amor un viernes santo. Una vez lo hice un jueves santo porque amanecí con un cliente desde el miércoles. Nos emborrachamos y el último polvo que nos echamos fue “el de los pajaritos”, a las seis de la mañana. Casi me quedo pegada y nunca más lo volví a hacer. Pero el diablo es puerco... qué verraco diablo tan cochino. En Semana Santa es cuando más hambre da, cuando más plata se necesita, cuando uno más quiere salir a andar de misa en misa, de procesión en procesión, con veladora en mano. Y nunca falta el sin vergüenza que lo quiere llevar a uno a pecar.

Camino hacia la Catedral Metropolitana, pero mientras paso por la Iglesia de San Ignacio me doy cuenta de lo tarde que es: aquí el padre ya está dando sermón. ¿Ya pasaría el lavatorio de pies? Si no entro a esta misa, el jueves santo se me va a pasar en vano, así que me escabullo entre el grupo de personas que bloquea la puerta de la iglesia, ante la mirada quejosa de un par de señoras encopetadas. Me muevo entre gente con chaqueta y sombrillas escurriendo en el piso, hasta llegar al borde de la última banca de madera. El señor que está sentado a mi lado me voltea a mirar y me cede el puesto.

—Bien pueda, niña.

Me siento y empiezo a escuchar la palabra del Señor. Yo creo mucho en Dios, aunque sea pecadora. Y Dios cree en mí. Me habla y me piensa, me cuida. Me manda señales para ayudar a otras personas o para condenarlas; se me aparece en sueños o me manda mensajeros. A eso lo llaman un ‘don’. Cada vez que llego a vivir a un nuevo lugar, los espíritus se ponen en contacto conmigo. Hacen ruidos a las seis de la mañana, a las doce del día, a las tres de la tarde o a las doce de la noche. Esos son sus horarios preferenciales. Cuando los escucho en otros momentos del día, sé que se trata de una señal, un mensaje que me quieren entregar.

Una vez llegué a vivir a un apartamento por Robledo Aures con el difunto Toño, un marido que tuve durante trece años. Era un segundo piso en obra negra. El dueño estaba desaparecido y la que cobraba el arriendo no era la mujer de él sino la amante. Cada vez que salíamos a lavar ropa en el patio, nos encontrábamos con la esposa, que empezaba a quejarse, a decir que eso era de ella.

En todas las paredes del apartamento se veían los ladrillos pero, en una de la cocina, habían dejado una cruz de cemento. Y desde ese lugar, siempre a las cuatro de la mañana, brotaba el sonido de un animal, un perro, una gallina encerrada en una caja de cartón. Con

los días, el golpeteo se convirtió en una voz que me llamaba: “María, María, María...”. Yo le preguntaba que quería, pero el espanto no hacía más que repetir mi nombre.

Hasta un día en que se me apareció en sueños. Camisa de rayas y pantalón café; pelo liso y bien peinado, lleno de brillantina; alto, delgado y cejudo.

—Ellas están peleando, ¿cierto?

Era el mismísimo dueño. Venía a decirnos que estaba amañado con nosotros, que no lo dejáramos solo. Que la amante lo había mandado asesinar y descuartizar para quedarse con ese apartamento y que sus restos estaban enterrados ahí mismo, debajo de la cruz. Yo quería sacar el cuerpo para darle santa sepultura, pero cuando la amante se dio cuenta de que nosotros conversábamos con el muerto, se puso furiosa y nos mandó a volar.

En la misa, una señora que habla entre los dientes, sube a leer al altar.

—Por todos nosotros que compartimos el pan del cielo en la mesa eucarística, para que estemos dispuestos a compartir los valores y los bienes de este mundo con los que tienen hambre y sed de justicia y de misericordia. Oremos al señor.

—Señor, ayúdanos a servir a los demás —contestamos el resto en coro.

En la casa donde vivimos ahora también se escuchan ruidos. Nos tocan la puerta, dejan las cosas caer. El Ovejo se asusta, pero yo sé que son los ángeles protectores. Un administrador, anterior al Evangélico, echaba chispas cada vez que veía a mis palomas. Las odiaba tanto que, una vez, cogió a la Cucúa y al Cucú y los tiró al tejado de la casa de atrás. Cucú iba y venía, pero Cucúa no podía volar con sus alas cortadas. Yo la veía acurrucada debajo de una teja y le tiraba pedazos de pan, pero no la podía rescatar. Le rogué a Dios durante quince días que me devolviera mi paloma... hasta que me escuchó. Un día cayó una tempestad enorme, la más grande de todas, y mi Cucúa apareció caminando por la puerta, empapada, hacia su cajita de cartón. Los ángeles. Fueron los ángeles los que la devolvieron volando entre esa lluvia. Cuando Cucú la vio, no la quería soltar. Le daba picos por aquí y por acá...

Dicho y hecho: si hubiera andado hasta la Catedral no hubiera alcanzado a oír el sermón. En un abrir y cerrar de ojos el padre da la bendición, y la multitud se levanta de las bancas para arrastrar los pies, lentamente, en dirección al portón. Mi celular suena y vibra dentro de mi bolso.

—¿María?

Es Gabriel. Lo conozco hace años. Nos hicimos amigos conversando en esta plaza y él me recibía en su casa cuando yo no tenía con qué pagar la pieza. Solo hicimos el amor una vez y nunca más. Fundiéndose con el ruido de la multitud saliendo de la iglesia, alcanzo a escuchar su voz. Es algo femenina, siempre he pensado que Gabriel en realidad es gay.

—Ahora sí tengo al viejo loco por vos.

Siempre me dice lo mismo: “ahora sí”. Ha estado por presentarme un viejo con plata en Envigado, pero nunca se ha podido. Gabriel no me quiere dar el teléfono, dice que él me lo va a presentar en persona. Pero cuando yo lo llamo para programar, él no puede. Y ahora me llama en jueves santo, a sabiendas de que yo respeto la Semana Santa.

—Me pregunta por ti todos los días. Quiere que vengas hoy para darte buena propina.

Tal vez el viejo le pregunta por mí y a Gabriel le dan celos; tal vez Gabriel está esperando que yo le ofrezca plata por presentármelo; o tal vez, simplemente, el tal viejo ricachón no existe.

—Llámeme el sábado, Gabriel. Qué verraco diablo tan cochino...

Lo mando para el carajo y le cuelgo. Vuelve a llamar. Dice que está con el viejo y que me están esperando en una sancochada por Envigado. Que coja un bus y allá me dan buena plata. Le digo que no, que me tiene cansada con ese cuento, y le cuelgo otra vez.

Me llama una tercera vez. Contesto lista para decirle que no me vuelva a joder con eso del viejo ricachón, pero escucho la voz del Ovejo al otro lado de la línea: que consiguió tres mil pesos, que vamos por unos fríjoles de 1500. Por la casa hay un señor que vende la cantidad de fríjoles con arroz que uno le pueda pagar. Quinientos de fríjoles con arroz, mil doscientos de fríjoles con arroz.

—Con eso no nos alcanza, Ovejo. Nos comemos los fríjoles y quedamos en ceros. ¿Sabe qué? Coma fríjoles y guarde el resto para el tinto de desayunar. Yo ya sé cómo voy a conseguir la comida de esta noche.

—Lleve, al menos, lo del pasaje, negra. Está muy oscuro y va a llover.

—No, mijo, yo me voy caminando.

Había una vez una niña que le preguntó a la mamá:

—¿Mami, qué es pichar?

De los nervios, la mamá le respondió lo primero que se le ocurrió.

—Mijita, pichar es irse de paseo todo el día y pasar muy bueno. A propósito, alístate porque mañana temprano nos vamos a pichar a Barbosa.

Al otro día, cuando iban a subir al bus, la niña le preguntó al conductor:

—Señor, ¿cuánto nos cobra por picharnos a mi mamá, a mi tía, a mí, a mi hermano, a mi papá y al perro?

Él, asustado, le respondió:

—Pues, de usted, su mamá y su tía me encargo yo y no les cobro. Pero de su papá y su hermano, mejor que se encargue el perro.

Ellas se ríen. A las hermanas mías les gusta que yo vaya porque yo les converso, les cuento historias, las hago reír. Ellas viven encerradas en sus casas con sus maridos y yo vivo andando, recogiendo historias por ahí, chistes que me cuentan. Cuando está lloviendo y estoy aburrida o no tengo con qué comprar comida, me voy a la casa de Ana María en Santa Cruz a ver qué aire me respiro. No es tan lejos. Cojo por Carabobo hasta el Jardín Botánico y, en un momentico, estoy en Aranjuez. De ahí, sigo derecho y cruzo una cañada. A buen paso, me demoro menos de una hora desde el centro. Llego de noche y amanezco allá. Me dan tinto y comida. A veces desayuno también.

—¿Cuánto hace que no venía, tía?

No las veía desde diciembre. Yo soy así. Ellas quieren que yo vaya pero a mí no me gusta ir de seguido porque hay una que es muy cismática y trata de echarme sátira cuando voy de seguido. Pero si me demoro en ir, también me echa sátira. No hay quién la entienda.

—Ay, ¿por qué no venís? Desaburríte, Delia.

Así me dicen ellas y así me decía mi mamá: Delia, Delita. Yo me llamo María Adelia, pero ellas lo recortan. En la calle María y en la casa Delia. María por mi abuela, que era María Dolores. Y Adelia por mi mamá, que le gustó ese nombre. Adelia.

No me dejan lavar los trastes. Mi hermana dice que poner a la visita a trabajar en la casa de uno es feo. Ella me sienta en la sala y hasta allá llegan las sobrinas a escucharme los cuentos. Me hacen corrillo. Yuliana suelta las tareas y se sienta a mi lado. La hermana mía

les lleva jugo a las niñas y a mí, tinto. Mientras tanto, monta la comida. Cocina mondongo y sopa de legumbres, frita tajadas y carne. La ensalada está hecha desde el almuerzo: tomate con pepino y limón.

—Tía, ¿yo también puedo escuchar los cuentos?

—Pregúntele a su mamá —Ana María era muy mamasanta.

—Vaya y oiga los cuentos. Ya hoy en día saben más que uno —dice desde la cocina.

—¿Y Milena? ¿Por qué tiene esa cara de treinta y ocho largo? —le pregunto.

—Ay, tía, estoy como aburrída, o estresada, no sé... deprimida.

—Uno tiene días de aburrición, hija, uno tiene días así. Yo no la juzgo. Descargue el bolso y viene para que le cuente un chiste.

En esas, el cuñado mío se baja del segundo piso. Oye la bulla de las risotadas y se sienta con nosotras. Ahí le pongo más golpe porque sé que me están escuchando. Todos muertos de la risa. En esas, resulta mi hermana también contando chistes verdes.

—¿Y vos? ¿no eras la mamasanta?

—Ah, Delia, uno va dejando la huevonada con el tiempo.

—Y a usted, Cuñado, ¿le gustan los verdes o los maduros?

—A mí me gustan como caigan, cuñada.

Juepuerca, ahí si le pongo más voz a los cuentos. Les echo el de la vieja que mandaba a las nietas a sentarse “mal sentaditas” frente a la iglesia, el del tigre que no sabía qué era un “chimbazo”, el de la abuela que se enamoró del nieto. A Milena se le pasa la aburrición que mantiene, mi cuñado empieza a echar cuentos también y ahí nos quedamos hasta las tres o cuatro de la mañana.

Vuelvo a verlas dos o tres meses después. A mí me gusta andar sola, solita. Mi hija me dice que con el tiempo me va a tocar irme a vivir con ella o con mis hermanas, que la calle no es para toda la vida, pero yo no le creo. Yo vivo bueno con mis palomas, con mis amiguitos. Yo soy muy libre. Yo prefiero rebuscarme lo mío y vivir con lo mío. Es mejor que a uno lo dejen quieto. En las que yo me meto, yo misma me salgo.

A veces le va mejor a uno con la gente de la calle que con la familia. Eso sí lo he aprendido yo. Mis hermanas son muy mansas ahora, pero me tiraban muy duro cuando yo estaba joven. Tuvimos nuestras peleas, encontrones. Cuando estábamos niñas, vivíamos muy bueno. Pero después, una señora se las robó y, desde ahí, cambiaron conmigo. Quién

sabe por qué. Yo no las juzgo porque estaban muy pequeñas y debieron sufrir mucho... En cuántas no se verían cuando Jesusa se las robó.

María de Jesús o Teresa de Jesús. Quién sabe cómo se llamaría, porque una mujer no se llama Jesusa. Pero así le decía la gente. Vivía sola porque el marido se había ido con otra. Ella era muy autoritaria y en los pueblos las mujeres así no gustan. El hombre de pueblo no quiere ser dominado por mujeres, él quiere mandar. Y este había salido corriendo. Ella había quedado con una finca de café heredada del papá y ahí vivía sola, hasta que llegamos nosotros. Mi mamá le contó que mis tíos le estaban dando muy mala vida y ella nos ofreció una casa desocupada que tenía. Hasta ahí, todo iba bien.

Comenzamos a vivir en esa finca y Rosalba, mi hermana mayor, se enamoró de Iván, sobrino de Jesusa, un moreno pispo. Cartas iban, cartas venían. Él de dieciséis años, ella de doce. Estaban niños, pero muy enamorados. Se veían a escondidas y él le decía que se la iba a llevar a Cañasgordas, y que allá la iba a poner a vivir como una reina. Que lo esperara unos dos o tres años, que con dieciséis era más difícil conseguir trabajo pero que, a penas él fuera un hombre hecho y derecho, a ella no le iba a faltar nada.

Iban muy bien hasta que a Iván lo agarró el ejército. Cuando tenía dieciocho años lo cogieron los soldados y se lo llevaron a la verraca. En esa época era así. Cogían a los muchachos tomando fresco y se los llevaban. Alcanzó a pasar más de un año y Rosalba lo seguía esperando. Decía que él iba a volver por ella, que ella lo esperaría para siempre. Esa muchacha se suspiraba.

Parecía que él ya estaba para volver cuando Jesusa supo del amorío de ese par y pegó el grito al cielo. Todos en la vereda decían que esa mujer estaba enamorada del sobrino, que ella le pagaba para que le hiciera el amor. Como no tenía hijos ni marido, ese sobrino se había convertido en la obsesión de ella. Lo cuidaba como si fuera el marido. Lo agarraba de la mano, lo mimaba, lo celaba y le esculcaba hasta los calzones. En una de esas esculcadas, le encontró las cartas de Rosalba, y ahí empezó Cristo a padecer.

Julia Aguirre era madrina de Rosalba y compinche de Jesusa. Era una modista que le cosía a las montañeras de la vereda. Estaba casada con un tío de Rosalba (por parte de papá) y se habían venido a vivir a Medellín hacía poco tiempo. No cosía mal y tenía clientas de modo en la ciudad. Y ahí Jesusa vio el chance para matar dos pájaros de un tiro:

alejar a Rosalba de Iván y ganarse unos pesitos. A mi mamá le dijeron que Julia necesitaba una muchacha que la ayudara con las cosas de la casa, que le iban a dar desayuno, almuerzo y comida. Y a Rosalba le dijeron que iba a trabajar unos meses donde su madrina para que dejara de ser una carga. “Usted ya está grandecita, niña. Estando allá va a dejar de ser un peso para su mamá y le va a mandar platica”. Y se la llevaron.

Pero era puro cuento. Julia Aguirre no tenía jamás y nunca con qué pagar una muchacha que le ayudara en la casa. A Rosalba la pusieron a trabajar en casas de clientas de Julia, señoras de plata, y el pago nunca se vio. Jesusa iba todos los meses a cobrar el sueldo de la niña y le decía a las señoras que ella le llevaba la plata a mi mamá. Recogía también ropita usada, comida que regalaban. Partía el marrano con Julia y ni mi mamá ni Rosalba veían la plata.

Como Jesusa vio que ahí había negocio, no dejó a Ana María crecer. A esa se la llevó todavía más pequeña que a Rosalba. Diez años tenía mi hermana cuando Jesusa empezó a engatusarla. Mi mamá las veía secreteando mucho. Jesusa la transaba con comida o chucherías, y Ana María ya no quería acompañar a mi mamá al pueblo. “Mami, yo me quiero quedar con doña Jesusa”. En una de esas veces, la vieja le dijo que arreglara la ropa más bonita que tuviera, que se iban de paseo las dos.

Cuando mi mamá llegó de Santa Fé de Antioquia casi se deshace buscando esa niña. Yo estaba muy pequeña, pero me acuerdo. Mamá anduvo por esas veredas durante varios días buscando a mi hermana y a Jesusa. Y nada. Un día, al fin, apareció la vieja sola.

—Ah, sí. Yo la llevé. Ella se quería ir. Ella me dijo que se quería ir, que estaba aburrida con usted.

Mamá casi se muere. Quedaron mis dos hermanas rodando por ahí, sin amigos ni familia, porque Jesusa no dejaba que se vieran las dos. De Rosalba a veces había noticias porque Julia sabía donde estaba. Pero de Ana María solo Jesusa se enteraba cuando iba a cobrar. Parece ser que la metió en una agencia de sirvientas que quedaba cerca de la terminal de buses. Cómo llorarían... estaban chiquitas. Quedaron ellas a la buena de Dios, lavando trastes, pañales y quién sabe qué más.

Rosalba cuenta que Julia la llevó donde una señora Valentina, italiana ella, y que una vez vino de visita el hermano, un obispo. Y ese italiano se enamoró. Le daba camándulas,

regalos, cosas de oro. Le sonreía y le mataba los ojos. Hasta que la violó. Rosalba cuenta que el obispo italiano acabó violándola en esa casa.

Mi mamá no tenía con qué viajar a Medellín, no sabía cómo buscarlas. Tuvieron ellas dos que encontrarse. Se fueron avisando y se fueron soltando. Se llamaban por teléfono, salían juntas y se iban para un parque. Consiguieron hablar con las patronas para que las pusieran en la misma casa o en casas vecinas y quedaron trabajando juntas. Una de niñera y otra de dentrodera. Al fin, cuando estuvieron más grandes y aprendieron a ubicarse, fueron a visitar a mi mamá. Esa vez se descubrió todo y le dieron una cantaleta tremenda a Jesusa. Mi hermana Ana María, que ya estaba más grande, cogió un palo y la hizo encerrar en su casa por varios días.

A esa señora le pegaron una matada terrible. Tarde o temprano todo se paga. El marido que la había dejado se murió y ella se fue a ver qué conseguía reclamar de herencia. Y la recibieron los hijos y la mujer del muerto. La espantaron varias veces y varias veces ella insistió en que ella era la esposa primera. Hasta que, ¡pum, pum, pum!, la espantaron para siempre.

Qué pesar de la viejita. De pronto algo le tocaba, pero Dios se las estaba cobrando. Por ahí se supo que, después de mis hermanas, se siguió robando niñas de las veredas para llevarlas a mantequear en Medellín.

Mi mamá no tenía cómo mantener a mis hermanas en la vereda y a ellas ya les gustaba la plata, así que se devolvieron a seguir trabajando. Ya las dos estaban más grandes y se sabían defender. Viajaban desde la vereda y en Medellín trabajaban en casas de familia. Cuando tenían descanso, salían juntas a pasear y a mirar muchachos, me imagino. Consiguieron novios, pero ninguna quedó embarazada joven. Tuvieron los hijos después. Sería que no se acostaban con ellos, quién sabe.

Yo sí. Yo me dejé convencer. No pensaba tener hijos joven, de pronto después de los treinta, pero a veces las cosas no salen como uno las quiere. Y a mí me tocó más duro por la hija mía. Por la hija me tocó tirarme al ruedo, como se dice.

Pero eso fue más adelante.

Quinta luna

Crecí en la vereda Nurquí, un valle plano como la Plaza de Botero. Mi mamá decía que los indios le habían puesto así cuando ellos mandaban; cuando existían caciques y no habían llegado los españoles a llevarse el oro por el Río Cauca.

A las mujeres también se las robaban. Se enamoraban de las hijas de los caciques y ellos, para que no los fueran a matar, tenían que regalarlas. Esos españoles se ponían contentos. Mayores, capitanes, tenientes, todos llegaron solos. Y, como todo hombre, buscaban hacer el amor.

Cada india tenía su indio y los españoles no tenían con quién, entonces le echaban el ojo a las más jovencitas. De trece o catorce años ya pasaban como mujeres. Los españoles querían vivir con ellas y, como no había sacerdotes, los mismos indios las tenían que casar. El cacique le echaba la bendición a la niña y al yerno español. Y para la cama. Esas indias terminaban llenas de hijos.

Pero antes de todo eso no había españoles y las indias vivían tranquilas. Antes de todo eso, los indios mandaban en esa vereda y le pusieron Nurquí.

Mi mamá trabajaba todo el día lavando ropa y cuidando dietas de sietemesinos o de abortos. Las mujeres quedaban muy acabadas y mi mamá las levantaba de la cama a punta de caldo de gallina criolla alimentada con maíz. Se iba a donde esas señoras y mataba los animales desde el día anterior, los desplumaba y los descuartizaba. Los dejaba toda la noche entre una olla con bastante candela y, a la mañana siguiente, cuando volvía, les agregaba una ollada de aliños con yuca, papa y plátano. Les limpiaba la casa, les atendía los maridos y les lavaba los pañales a los bebés.

Hacía comida allá y acá. Madrugaba a las tres de la mañana y, en la casa nuestra, me preparaba el almuerzo a mí también. Así yo solo lo tenía que servir cuando volviera del colegio. Yo salía a las seis de la mañana y caminaba durante dos horas para llegar. En el camino, me encontraba con otros niños que también iban para allá y atravesábamos varias veredas hasta llegar a la Escuela Francisco de Paula Santander. Así se llamaba.

Cuando volvía, me iba para la casa de Sereriana, una señora que no tenía hijos y era feliz de que mi mamá me dejara en su casa. Yo me le escapaba y me subía a los palos a coger frutas. Guayabas, naranjas, papayas, bananos. Solo comía frutas y me tenían que pegar unas peladas tremendas para que comiera caldo después.

Sereriana molía maíz pero yo me escondía para no ayudarla. Nunca me gustó moler maíz. En cambio, arrancar papa y yuca, sí. ¡Eso es tan rico! Me encantaba arrancar yuca porque era una sorpresa. Nunca se sabía de qué tamaño iba a salir. Cidra también recogía. Recuerdo que los hombres se quedaban mirándola y decían que era igualita a una cuca, a una vagina. Yo no le veía el parecido, pero eso decían ellos. Después, con los años, empecé a verle el parecido también.

Con mis hermanas en Medellín y mi hermano viajando, nos fuimos quedando solas mi mamá y yo. A ella ya la estaban cogiendo los años —cuando eso las mujeres se hacían viejas más rápido— y yo me tuve que poner a trabajar en cuanto cosa encontraba para ayudarla: recogiendo café, planchando ropa, pelando higuierillo, cosiéndole el ruedo a los pantalones de los viejos, pegándole botones a las camisas que los niños se ponían para ir a la escuela.

—Esta verraca sí salió más guapa que todas.

—Ay, amá, a mi me gusta tener plata para mis cosas.

Ropa, sandalias, coloretos. Yo le daba a mi mamá una parte y con el resto me compraba lo que se me daba la hijuepueca gana. Desde cuando eso, soy feliz gastándome mi plata. Que nadie me la tenga que dar, porque uno con la plata de uno pasa más bueno que con la de otro. Si no encontraba trabajos, me ponía a hacer mandados. “Niña, vaya al pueblo y tráigame leche”, “María, yo le pago y me trae tal cosa”. Y yo iba. Así me demorara todo el día, qué carajos. Yo me la rebuscaba. Era verraca. Toda la vida he trabajado, desde jovencita. Y nada tengo. No tengo casa, ni tengo nada... Eso es lo más de curioso.

Otras veces, le lavaba la ropa a las señoras en dieta que mi mamá cuidaba. Me iba para la quebrada a lavar sábanas y Ramoncito me acompañaba. Me encantaba ir a lavar allá porque bajaba un montón de agua fría, helada. Yo me sentaba en una piedra a lavar y Ramoncito me abrazaba, me cogía a besos las mejillas. A veces la boca también. Ese muchacho me ponía la piel de gallina y la barriga caliente como un fogón. Hace poco me dijeron que me estaba preguntando. Que quería que yo fuera para allá para la finca de él. Que él se había casado, pero nunca me había olvidado. ¿Será cierto?

A mi papá lo veía de vez en cuando. Él no vivía con nosotros pero sí en la misma vereda y yo iba a visitarlo. Me proponía que viviera con él, pero mi mamá no dejaba. Ella decía que la esposa me iba a poner de sirvienta, y nunca viví con él. Aún así, cuando se fue a vivir a Medellín, me empecé a sentir muy sola.

Hacia años había dejado de ir a la escuela. Hice solo hasta segundo, porque cada vez se veían menos niños en el camino. Era más peligroso. Los arrieros pasaban con sus caballos de carga y paraban a violar a las muchachas. “Yo no voy a venir a la escuela más”, “estoy cansada de caminar”, “ya aprendí a leer y escribir”, así decían mis compañeras. Y no las volvía a ver. Una vez, mientras caminaba sola hacia la escuela, un viejo se me atravesó en el camino.

—Niña, vamos a allí a coger naranjitas.

Yo tenía diez años, pero era muy maliciosa.

—Vaya con su mujer, viejo. A mí no me va a ver los calzones.

Le conté a mi mamá y no me dejó volver. Así me quedé sin escuela, sin hermanos y sin papá. Cuando iba a donde mis tías y mis primas, me ponía a pensar: ellas tienen su buena casa, están acomodadas con sus maridos, y nosotras aquí, viviendo en una casa de palma y bareque, durmiendo entre el humo de la cocina porque a mi mamá la espantan en los cuartos.

Un día mi hermano iba saliendo. Ya tenía todo listo y me convidó para que me fuera con él, dijo que él me traía hasta Medellín. Y yo le seguí la cuerda. Alisté la ropa más bonita que tenía y salí con él al escondido hasta la vereda El Cinco. Ahí íbamos a coger un carro que venía desde Urabá hacia Medellín, cuando mi mamá nos alcanzó.

—¡Descarado!, ¿cómo te me vas a llevar a la niña?

Nos pegó una tunda en frente de todos y no me dejó ir con él. Me llevó del brazo hasta la casa y me encerró. Y ahí sí me dieron más ganas me volarme. Esperé unos días, dejé la ropa empacada en cajas y, en la primera descuidada de mi mamá, cuando se fue a lavar sábanas a la quebrada, ¡chin!, me le volé. Y esa vez no me alcanzó... mi mamita no me alcanzó.

Cuando Rubiela les arrimaba la de vuelta, los hombres a veces le agarraban la mano, o le decían “gracias, mamacita”. Pero hasta ahí. Ella les sonreía y se limpiaba la mano con el

pantalón, pero hasta ahí llegaba la cosa. Porque ella era mesera, no puta. O, al menos, eso decía.

También venía del pueblo. Era coterránea mía. Se había venido detrás de un hombre que al final no salió con nada y ella había quedado rodando sola. En la casa no la recibían. El papá decía que él no era ningún alcahueta. Y en Medellín las montañeras tampoco es que tuviéramos muchas opciones. Aquí no había fincas de café ni quebradas para lavar ropa. Uno podía irse a una casa de familia a mantequear o conseguirse un marido... O mirar a ver qué conseguía en la calle.

Y eso era lo que ella hacía. Había conocido al dueño de ese bar y se hacía a unos pesos meseando en Guayaquil. Pagaba una pieza por ahí mismo y se ahorra lo del bus. Yo me iba desde Santa Cruz a acompañarla y ella me echaba cuentos, me daba trago. Las dos nos desaburríamos. “Vení, Delia, pa que charlemos”, y yo me iba. Ella abría el negocio, limpiaba las mesas, y nos sentábamos en el muro de afuera a charlar mientras llegaban los primeros clientes. A las nueve de la noche, más o menos, me iba a coger el bus que cuadraba en el Parque Berrío y me llevaba hasta Santa Cruz. Llegaba a la casa y mi hermana Ana María me estaba esperando. Si llegaba después de las diez, no me abría la puerta.

—Mucho cuidado. No la quiero ver trabajando en esos bares.

—Ah, si me sale, me meto en eso.

Rubiela me decía que podía hablar con el patrón para que me diera trabajo a mí también. En esa o en otras tabernas que tenía. “Ah, Rubielita, en estos días yo le aviso”, le contestaba. Pero era puro cuento. Mi hermana me habría echado de la casa si yo me hubiera puesto en esas. Que qué iba a decir el marido de ella, que me debería dar pena andar en esos lugares tan tarde.

El marido. Ella no pensaba en más. El marido para arriba y el marido para abajo. Si me despertaba tarde, que el marido se iba a molestar; si decía algún chiste, que al marido no le iba a gustar; si comía mucho, que el marido se iba a quebrar si me ponía un vestido, que el marido se iba a provocar. Vivía con ese cuento, entonces yo salía desde temprano. Me iba para el Parque Berrío y me sentaba a mirar las palomas. Me ponía a dar vueltas por ahí, a conversar con los pensionados y las chaceras. Vendía confites o hacía mandados, y por ahí resolvía mi almuerzo. Así fue que conocí a Claudio, el culebrero.

—¡Quieta Margarita!

Él se hacía en medio del Parque y se armaba un tumulto de gente. Los niños se escabullían para hacerse al frente, los que iban caminando con afán paraban a mirar. Margarita lo escuchaba gritar y se quedaba quietica, con la cabeza paradita. Solo sacaba la lengua para hacer “zzzzz, zzzzz”. Luego él le decía otras cosas, le hacía sus hechizos y la culebra sola se guardaba en su caja, despacio. Era obediente la verraca. Ahí él aprovechaba para vender sus menjurjes. Ungüentos y pomadas que traía de lejos o que él mismo hacía. Él sabía mucho de todo eso y la gente le compraba. Cuando le iba bien, me invitaba a almorzar. Nos íbamos para alguna cafetería y allá me explicaba para qué servía cada hierba y cómo usarla. Él era como brujo.

Varias veces me regaló pomadas para mi hermana Rosalba, que vivía con morados por aquí y por acá, toda reventadita. Samuel. Así se llamaba el marido que ella tuvo en esa época. Era muy pegalón. Varias veces tuve que quitárselo de encima con un varilla. “Soltala, hijueputa”. Él a darle puños y patadas, y yo detrás con mi varilla dándole hasta que se calmaba y la soltaba. Había que ponerle hielo y untarle los menjurjes de Claudio. Varias veces le dijimos que lo dejara, que ese hombre no la estaba dejando engordar. La comida no alimenta cuando uno lleva una vida de perros. Pero ella decía que le daba miedo irse, que él se le iría detrás y la mataría.

Y el mejor amigo de él estaba enamorado de ella. Era un mecánico querido que le decía que se fuera con él, que él la ponía a vivir bueno. Pero, eso sí, que no esperara casarse. Él no quería matrimonio, él quería amancebarse. Y ella le decía que no, que anillo en mano y culo en tierra.

—Ensayá con ese otro, Rosa.

Le insistimos que cambiara de marido pero ella no quería porque el mecánico no se iba a casar. Samuel, sí. Tuvo el marido que darle una pela tremenda para que nos hiciera caso. Y un día en que él se fue a trabajar a Barbosa, el mozo mecánico fue y le ayudó a sacar las cosas, se la llevó para un apartamento. Le llevaba la comida y la puso a vivir mejor, pero había que lavarle, plancharle y cocinarle a él todos los días. Eso es lo cansón de los hombres.

Darío estaba recostado contra una columna, afuera de un bar. Tenía las manos en los bolsillos de la chaqueta, como los mexicanos. Su buena camisa y su buen pantalón. Recién motilado y acuerpado. Ni gordo, ni flaco. Cuando eso, los hombres le decían a uno “bizcocho”. Esa era la palabra que se usaba.

—Pst, pst, bizcocho. ¿Por qué va tan solita?

—Voy para la casa, para Santa Cruz, donde una hermana. A ella no le gusta que llegue tarde.

—¿Y de dónde viene?

—De donde una amiga que trabaja en un bar.

No le dije el nombre del lugar porque iba y se la merendaba. Cuando eso, yo era muy enamorada y celosa.

Fuimos a una panadería y me invitó a tomar café en leche y pastel de pollo. Cuando los hombres lo están conquistando a uno, son muy formales. Él pagó todo y, antes de despedirse, me dio dos teléfonos. Uno de la casa donde él pagaba pieza y otro del negocio vecino al de él en la Plaza de Guayabal. Que lo llamara a un teléfono o a otro, pero que lo llamara. Que a cualquier hora, que quería verme, que él me seguía invitando a cafecitos y pasteles.

Yo salía temprano y volvía tarde a la casa de mi hermana. Me quedaba andando por ahí y me agarraba el hambre. Entonces lo llamaba. Me acostaba con él y aprovechaba para comer en cafetería. Feo no me parecía, pero era mayor que yo. Si yo tenía dieciséis, él podía tener unos treinta y seis años. Cejudo y pestañón, era pinchado. Nos veíamos cada ocho días al principio y, después, más seguido. Me llevaba regalitos. Los hombres van apegándose a uno.

Le gustaba que yo me pintara. Sombras, pintalabios, coloretes. Si me veía al natural, se ponía serio. Que por qué no me arreglaba para verlo, que viera a las otras muchachas retocadas, que pintada me veía más mujercita. Pero yo no tenía plata para eso y el maquillaje de mi hermana me daba alergia. Me picaba por aquí y por aquí. Se me regaban los ojos y quedaba como un payaso chillando.

Además, vivíamos encerrados. Los paseos eran a un hotel. Nos encontrábamos en la Plaza, íbamos a la panadería, si acaso a un bar y, después, para el hotel. Siempre al mismo

hotel, a hacer lo mismo de siempre. Ese era el paseo con él. Nunca al zoológico a ver animales, ni al aeropuerto a ver aviones, ni al circo, piruetas. No. De un bar al hotel y del hotel para la casa. Él decía que yo le gustaba mucho y que así aprovechábamos más el tiempo. Pero yo, para estar encerrada, no sirvo.

Estaba pensando en dejarlo, habían otros amiguitos rondándome, cuando se me fue la regla. Esas son las cosas de Dios. Pasó un mes, y nada. Dos meses, y tampoco. ¿Por qué no me baja, Dios mío? Le conté a Rubiela y me dijo que no le diera más vueltas, que eso pasaba cuando uno iba a tener un niño. Entonces lo llamé. Le dije que parecía que estaba embarazada y me colgó.

Me fui a buscarlo a la Plaza y lo encontré serio. Andaba con la cabeza gacha y mirándome serio. Le sonreía a la gente que atendía y conmigo serio. Al fin nos quedamos solos. Le dije que la regla no me llegaba hacía dos meses, que parecía que íbamos a tener un hijo, y me abrazó. Me dijo que ese día cerraría el negocio más temprano para que fuéramos a comer algo y, después, a donde una pitonisa amiga de él que atendía cerca, por Guayabal. Ella nos sabía decir si iba a ser niña o varón.

—Si es varón, usted sabe que yo le respondo. Si es niña, no puedo, mi amor. Eso es traer al mundo comida para perros.

Hace poco peleé con Ana María. Le saqué los trapos al sol. Me tomé mis buenos tragos y cogí para Santa Cruz caminando, como anoche. Le di duro a la puerta de metal y ella me abrió.

—Oíste, ¿a la hija tuya también la cogés y la arrastrás para que los vecinos no le vean la barriga?

—Perdoname, Delia. Perdoname ya.

—El del perdón está arriba, hermanita.

A veces me da miedo hablar porque lo que yo digo, me sale. Hay quienes me dicen ‘La Gitana’. Cuando peleábamos en esa época, yo le decía a mi hermana que, si ella llegaba a tener una hija, le iba a salir como yo, y hasta peor. Y vea a Milena: sin marido y tomadora. Es juiciosa trabajando, es secretaria de una empresa de camioneros, pero se ha perdido hasta tres días por andar bebiendo. Algo parecido a lo del Ovejo. Son muy inteligentes,

pero el verriondo trago se los lleva por los cachos. La diferencia es que el Ovejo escogió ser un bebedor. A Milena la condené yo. Y a veces me pesa.

Pero tenía mis motivos. Estar en embarazo es muy duro, uno sufre mucho. Yo me acuerdo de todo. Ana María y el marido organizaban unas fiestas pomposas en la casa de ellos por el día de la madre. Invitaban a Raimundo y todo el mundo. Venía gente de Castilla, Alfonso López, Caicedo, y a mí me decían que me escondiera, que era mejor que la gente no me viera.

Otras veces, en los días de frío, yo me sentaba afuera de la casa, en un muro que había, para tomar el sol.

—Delia, ahí afuera no. Vení, entráte.

No les gustaba que los vecinos me vieran. ¿Qué iban a decir? Que a esa mujer no se le veía el marido, que a esa barriga no se le veía el papá.

Trabajo no me daba ni el verraco, nadie se quiere echar obligaciones. Con esa barriga así, la gente le huye a uno, lo ven encartado. Los amiguitos que a veces me daban comida en la calle, salieron corriendo. Yo no bajaba con la misma frecuencia al Parque Berrío y dejé de encontrarme a Claudio. Una vez, después de varias semanas sin verlo, nos cruzamos.

—Ay María, te dejaste embarazar. Lástima que no sea mío. ¿Niña o niño?

Le dije que no había podido averiguar y me sentó en una banca. Me cogió la mano, mirándome a los ojos, y comenzó a sobármela, a estrujármela. Después me sopló la palma y empezó a leer, poniendo los ojos cerraditos, arrugaditos, como si eso estuviera escrito con letra pequeña.

—Niña. Sí, señora. De tres meses y medio o cuatro. Es una niña. Pero dígame la verdad al papá, que Dios no desampara a nadie. Y no vaya a abortar, que eso es una sal para toda la vida.

Yo andariega siempre he sido, pero con Dios no me meto. Nunca pensé en abortar. Siempre han dicho que eso es muy malo. Pero sí estaba desesperada, sin saber qué hacer. Hacía varias semanas Darío estaba perdido. Y un día, de pronto, me llamó para que nos viéramos. Que necesitaba verme y que estuviera al día siguiente, de mañanita, afuera de la Plaza. Que no comiera nada, él me invitaba a desayunar.

Mi hermana me dijo que bregara a convencerlo de que respondiera, que bregara a encariñarlo, y yo me fui pintadita al encuentro, como a él le gustaba verme. Madrugué y

estuve allá a las seis y media de la mañana. Él no estaba triste ni contento. Estaba serio, pero me trataba bien. Me dijo que una amiga lo había invitado a la casa y quería que yo lo acompañara. No decía nada, ni una palabra, sobre la barriga. “Será para presentarme como la mujer”, pensaba yo, “Dios quiera”.

Caminamos unas cuerdas en silencio y llegamos a una casa blanca de barro, vieja y ruñida, con la pintura de la fachada descascarada. La puerta era chiquita y solo había una ventana de madera que estaba cerrada. No se podía ver para adentro. Un hombre jovencito abrió la puerta hasta la mitad.

—A la orden.

El muchacho no conocía a Darío. Tenía una escoba en la mano y se me hizo raro. Supuse que era el sobrino de la señora. El hijo no debía ser.

—Venimos a ver a Casilda. Para un trabajito.

El muchacho cerró la puerta. Estaba haciendo frío y hambre, Darío me dijo que no nos íbamos a demorar. Al cabo de unos minutos, el joven volvió a abrir y esta vez nos dejó pasar.

Atravesamos un corredor largo que tenía piezas para lado y lado, pero las puertas estaban cerradas. Al final, un patio pequeño tapado con teja de Zinc que hacía que todo se viera verde. Casilda estaba detrás de una cortina donde parecía haber una cocineta. Se escuchaba el golpe de las ollas, el ronquido de un radio viejo tocando música campesina. Todo olía a comida de perro y aguapanela hirviendo. Pero el perro no se veía por ninguna parte.

—¿Q’hubo, mijito? Ya salgo.

No se sabe si sería el encierro, el ayuno, la barriga, o una mezcla de los tres, pero yo empecé a sentir que los ojos se me volteaban y que se me revolvía todo desde la barriga hasta la lengua. Darío le preguntó a Casilda dónde quedaba el baño y ella, desde atrás de la cortina, le ordenó al jovencito que me llevara hasta allá. Vomité el desayuno que todavía no me había comido y, cuando me estaba enjuagando la boca, vi por el espejo que el muchacho me estaba mirando.

—Señora, ¿se quiere volar?

Sentí en la garganta que todo se me venía a la boca otra vez y me arrodillé frente al inodoro. Ahí, con la sangre en la cabeza y sin poder respirar, escuche de nuevo al muchachito.

—Esa aguapanela que le van a dar es un menjurje para que se le venga su bebé antes de tiempo, señora. Ya han traído a varias embarazadas y doña Casilda las pone a abortar. Camine y se vuelva. Yo le abro la ventana de la calle y ellos no se van a dar cuenta. Camine, señora. En su casa sigue vomitando.

Y así me les volé. No supe con qué ánimos me encaramé en unas cajas que había al pie de la ventana y salté hacia afuera. El muchachito me miró con lástima y cerró la ventana detrás de mí.

Arranqué a caminar rápido y, en esas, escuché que Darío venía detrás. Ahí en la calle, empezó a gritar.

—Escoja a ver, María. O se queda con su hija o seguimos usted y yo. Pero yo la quiero a usted solita. Yo con hijas no la quiero.

—Hombres es lo que hay, mijo.

—Pues va a tener una “sayona”, le cuento, porque de mí se olvida.

—¿Qué le hace? Olvidate vos de mí, mejor. Mi Diosito no desampara a nadie.

Oliva era enfermera y la embarazó un médico. Mariela era secretaria de bancos y la embarazó un banquero. Lucy sabía hacer parva, trabajaba en eso, y la embarazó el patrón. Todas tenían sus historias y, a todas, las familias las habían mandado para allá, a donde las monjas. Que qué pena, que qué dirán los vecinos y los familiares, que usted embarazada y sin casarse, virgen santísima.

Yo también tenía mi historia. Mi hermana había acabado por decirme que no me podía seguir teniendo en la casa de ella porque Jorge, el marido, era hombre, y los hombres son fregados. Se imaginaba que él me iba a invitar a un hotel de mala muerte, que al escondido nos íbamos a ir a hacer el amor, yo brincando encima de él, mi barrigota rebotando.

Las muchachas se reían con mis cuentos. Cuando terminábamos los oficios, antes de que nos llamaran para rezar el rosario, nos arrejuntábamos en algún corredor a contar historias. Ellas me hacían corrillo y, cuando me daba cuenta, las monjas también estaban escuchando. Ahí sí le ponía volumen, pero me tocaba echar los chistes maduros, guardar los verdes para después. Había el peligro de que esas viejas se antojaran de hombre.

Hasta que llegaba Sor Sara. En el mejor momento de la historia, se aparecía esa viejita por el corredor y nos tocaba escabullirnos en los cuartos. Una se arrodillaba como si estuviera rezando y otra agarraba una sábana, como si fuera a tender una cama. Yo nunca hallaba qué ponerme a hacer y la viejita se me quedaba mirando. Pasaba cerquita de mí, mirándome feo la barriga, y se echaba la bendición. Una vez pasó tan cerca que me empujó, “movéte, pues”. En el piso había una gradita y yo caí de barrigas contra el suelo. De milagro, Claudita no se me vino. La vieja también quedó asustada y no me volvió a empujar, pero sí me regañaba y me zapateaba.

Todas me preguntaban qué le había hecho yo a ella, qué rosario le había interrumpido, qué café le había regado encima, qué vulgaridad se me había salido mientras ella estuviera desayunando. Pero yo tampoco sabía. Sor Sara era la única Sor que no me podía ver ni en pintura, y siempre me lo hizo saber. A mí y a mi combo: María del Carmen, Lucelly, Marta Ofelia y yo. Las feas, pobres y montañeras del paseo. A Sor Sara le gustaban las muchachas preparadas y bonitas, de preferencia rubias. Si venían de buena familia, Sor Sara las saludaba todas las mañanas, “ay, cómo amaneces, buenos días”, y se reía. A las más blancas las incluía en los eventos importantes, montaba obras de teatro con ellas. Pero si veníamos del campo, ni nos determinaba. Nos miraba de reojo, desde lejos, y mandaba a que otras monjas nos dijeran qué debíamos hacer. No nos convidaba ni a un café.

Entre las de familia pudiente, la preferida era Oliva Ríos, una mona muy bonita que parecía americana. Era seria, como creída, siempre estaba haciendo mala cara, pero Sor Sara era feliz poniéndole conversación. “Oliva, cuando converses con el médico, le vas a decir que el niño de Lucy no quiere engordar”. Ella era muy educada y le hacía caso, pero nunca dejaba de ser repelente. Al principio nos caíamos mal. Ella me miraba feo y yo la miraba peor. Pero un día, limpiando los trastes, terminamos conversando y supe que mantenía aburrida. El médico con el que trabajaba la había embarazado, la había echado y después se había cambiado de hospital. La familia no quería que ella se volviera tema de reuniones y por eso la habían mandado a la Casa de la Divina Providencia de las Siervas de Jesús: el rincón al que íbamos a parar las ovejas negras de las familias, la casona que reunía en un solo lugar a las hijas de Dios con las hijas de Lucifer. Oliva les había ofrecido a sus papás hacer todos los días el oficio de la casa a cambio de que la dejaran vivir con ellos,

pero habían dicho que no. Que tenía que quedarse con las monjas hasta que tuviera ese hijo y que, si quería, se quedara por allá.

La Casa de la Divina Providencia era un negocio redondo del que todos sacaban provecho. Las familias se evitaban la vergüenza de tener una soltera embarazada rondando por la casa, nosotras encontrábamos un lugar donde vivir y comer mientras se nos ocurría qué carajos hacer con nuestra vida, y las Siervas de Jesús se hacían a sus propias siervas para que les solucionaran todos los pormenores de la vida terrenal. Limpiar el piso, planchar hábitos, lavar las telas del altar, sacudir armarios, regar las matas, hacer mandados. Y a la que supiera hacer zapatos, la ponían de zapatera. Lucy, la panadera, hacía la parva para todo ese gentío y Oliva se encargaba de que todas las embarazadas diéramos a luz sin contratiempos. Ella me organizó los controles prenatales y el parto. Ella me acompañó en el hospital mientras la muchachita mía nacía y, también ella, me abrazó cuando la amarraron con un poco de cables.

Claudia nació infectada y tuvimos que quedarnos casi un mes en el hospital. La cogieron, así chiquita como estaba, y le chuzaron la patita. La niña lloraba. Yo creo que el papá de ella tendría algún problema en la sangre. O yo. Nunca se supo de quién fue la culpa.

Cuando se enteró, Sor Sara se fue hasta el hospital. Entró a la habitación mirando feo y me pidió los papeles. Me preguntó mi historia, la historia de mi familia y la historia del papá. Y yo se la conté toda. Después leyó los papeles de los exámenes y se quedó callada un momento.

—Rara sería una niña normal. Eso le pasa por andar tanto tiempo con hombres.

Yo no sé de dónde más esperaba ella que salieran los hijos si no de los hombres. Pero, después de que hablamos, me cogió todavía más rabia.

Las que paríamos teníamos derecho a quince días de reposo. Después nos ponían a hacer oficios suaves: limpiarle las hojas a las matas de Sor Julieta, doblar ropa chiquita o arreglar el salón de las visitas los domingos, cuando las familias iban a visitar a las hijas que habían echado de la casa. De vez en cuando, podíamos darle teta a los bebés y dormirlos para que no se quedaran llorando. Yo tenía que estar muy pendiente de Claudita, por todo lo de la infección, y a Sor Sara no le gustó verme en esas. Que cómo así, “¿ya no pasaron los quince días, pues?”. Y me puso a trabajar como un caballo. Así, en dieta, como estaba, me mandaban a lavar quince sábanas y quince fundas cada día de por medio. Y cuando no las

lavaba, las planchaba. La niña comenzó a berrinchar más porque yo solo la podía cargar a ratos, y casi no le daba teta porque no quedaba tiempo. “Bueno, bueno, ya se acabó el tiempo de la teta. A hacer los quehaceres”. Había que dejar esa muchachita sola en la cuna, llorando hasta por la noche, cuando podía ir a abrazarla y dormir con ella.

Unas decían que se iban a aguantar ahí hasta que el niño caminara. Otras, que se iban a quedar porque no tenían más a dónde ir. La mayoría éramos pobres, sin plata ni estudio. Si mucho, sabíamos leer y escribir. La otra opción era irse a trabajar a casas de familia, pero no había con quién dejar a los muchachitos. “Yo me voy a esperar, María, a que mi hijo esté grande y se pueda defender”. Las monjas no pagaban un peso pero les daban estudio a los niños, entonces muchas se quedaban a manera de sacrificio, pensando en el futuro del hijo.

Yo pensaba en mi mamita, en las noches durmiendo al lado del fogón las dos solitas, cuando nadie nos jodía la vida. Me acordaba de las historias que me contaba cuando me hablaba de las monjas. Ella decía que esas señoras escondían muchas cosas, pero que todo sale al aire. Una vez escuchamos la historia de una monja que se le empetotó al señor que iba a pintar el convento. Él entró a orinar al baño de la habitación de ella y, cuando salió, la encontró con la bata levantada y sin calzones, buscando antojarlo. Él contaba que se habían merendado y, después, habían seguido como si nada, como si se tratara de cualquier vieja arrecha. Otra vez, mi mamá supo de una monja que había quedado embarazada de un sacerdote.

—Ay, amá, ¿cómo así? ¿ellos pueden hacer el amor?

—Claro, mija. Son hombres y les dan deseos —Así decía ella. *Deseos, no ganas*—. Ellas son mujeres y ellos son hombres. A veces el único hombre que tienen cerca es el sacerdote, entonces le dan motivos para tentarlo y él cae en la trampa. Y hay unas que quedan en embarazo.

—Ay, amá.

—Dicen que un sacerdote en una iglesia embarazó a una monja y ella abortó. Fue a donde una pitonisa y abortó para taparle a la gente que a ellas también les daban ganas. Y dizque se sentía a ese niño llorando en el solar de la iglesia. Al espíritu del niño lo sentían llorando donde lo habían enterrado. Ñaa, ñaa, ñaa. Sería pidiéndole pecho. La monja se

tuvo que ir porque no podía dormir y el sacerdote también pidió que lo cambiaran para otra parroquia. Quién sabe qué tendría que hacer ella ahí.

—Ay, amá.

—Esas monjas tienen historias, mijita. Hace poco salió en las noticias que una monja mató a la otra. Enamoradas estarían. Vaya uno a saber.

Era tarde y yo tenía a Claudita pegada de la teta. La niña me miraba tranquila y yo pensaba en el día siguiente, cuando iba a quedarse solita, llorando. Me acordé de mis hermanas en sus casas, de Rubiela en sus bares, de Claudio y de Margarita. Me acordé de la minifalda que tenía guardada entre mi ropa y, al día, siguiente, me fui.

Tengo de todos los colores. Fucsia, blanca, amarilla, de pepas negras, de tela de jean. Lo que son las minifaldas, las batas cortas y los vestidos, me encantan. Cuando tengo unos pesos de más, bajo hasta el viaducto del metro o hasta la Plaza Minorista y me doy gusto comprando ropa. Allá se consiguen minifaldas a tres mil, vestidos a cinco mil, ropa de segunda mano. Rara vez compro un pantalón: solo cuando se me daña el que tengo en la casa. Me gusta tener uno para las noches frías en que salgo a caminar pero no me voy a rebuscar.

Mis hermanas dicen que yo soy una cucha muy alborotada. Y tienen razón. Me gusta vestir cortico y de manga sisa, combinar collares de colores, colgarme aretes brillantes y diademas de telas estampadas. Yo soy una cucha muy moderna y eso las desespera. El sermón puede empezar después del desayuno, en el tinto de la media mañana o antes del almuerzo. Pero desde que me levanto, sé que en algún momento va a comenzar.

—Vení, Delia, ¿vos por qué te vestís así?

—Porque nadie me compra la ropa.

Antes de cerrar la puerta, alcanzo a escuchar que me invitan a ir a misa con ellas. Desde afuera, les contesto que voy para una cita importante, y me voy.

Camino cubriéndome el cuerpo con mi bolso, desandando los pasos que anduve ayer, uno a uno. No tengo afán. Aranjuez, Jardín Botánico, Chagualo. Llego al centro y me uno a

la procesión del viacrucis que va desde la Iglesia San José hasta la Catedral Metropolitana. Los vendedores ambulantes se aglutinan en los andenes, empujan sus carritos en medio de la gente. Algodones de azúcar, manzanas caramelizadas, artículos religiosos, frituras, agua, gaseosa, Tampico... Están haciéndose su agosto. Si no hubieran cerrado la agencia, aquí estaría el Ovejo, vendiendo Bonice de lo lindo. Estoy cansada, así que entro a la catedral y me siento en una de las bancas de atrás.

Observo a las familias recorriendo la iglesia, rezando el viacrucis, llenando las tres naves de la catedral con un murmullo incomprensible. Reconozco varias caras. Compañeras de la Veracruz con sus hijos, vendedores de tinto conocidos, trabajadores de hoteles, de cafeterías, algunos de mis amiguitos con sus esposas: el Celador, el Sacristán, el de Bello... Todos con las camisas tan bien abotonadas, los pelos tan bien peinados, ellos tan correctos, tan en su puesto, tan en familia, tan casados, tan en sus vidas, tan revelados en esa versión que no conozco... la otra versión.

La Casa de Respa era administrada por las hijas de Respa porque ella, sintiéndose en sus últimos años de vida, se había confesado y el padre le había recomendado que delegara el negocio. Así, en caso de morir, no moriría bajo el pecado mortal de administrar una casa de citas. Las hijas habían aceptado la nueva tarea para salvar a su madre anciana de las hogueras del infierno y habían decidido turnarse la herencia: una administraba en el día y la otra en la noche.

Para que el cambio de administración no afectara el flujo de la clientela, la viejita se paseaba durante mañana, tarde y noche por cada uno de los recovecos de su negocio. Con el peso de los kilos y los años colgando de su cuerpo, Respa recorría lentamente cada una de las habitaciones, estiraba las arrugas de los edredones de las camas, organizaba el maquillaje de las prostitutas, surtía las reservas de licor, precisaba el volumen de la música y visitaba, mesa a mesa, los grupos de clientes para preguntarles qué les hacía falta. Ellos pedían una botella más de whisky y, entonces, la anciana llamaba a una de sus hijas -la que estuviera de turno- para que recibiera el dinero de la venta. El pacto con el Padre había sido

que ni un solo peso del negocio tocaría la palma de sus manos. Y Respa lo cumplía como si se le fuera la vida en ello.

Tal vez por la devoción con la que la viejita se había convertido a las leyes de Dios o tal vez por el cuidado que ponía en cada detalle, ese negocio producía plata que daba miedo. Llegaban trabajadores de todas las fábricas que había por Guayabal: Indulana, Lindalana, Vicuña, Coltejer, y siempre se veían dos filas de carros parqueados afuera del lugar, a lado y lado de la calle. En Guayaquil habían quedado los burdeles de mala muerte. En Guayabal, en cambio, se concentraban los pesos pesados de la vida alegre de la ciudad: las putas más lindas y los clientes que más plata pagaban por acostarse con ellas.

Cuando eso, a las putas nos cuidaban más. Cada mes íbamos donde el Doctor Vásquez, un médico que nos contaba historias, nos hacía preguntas y nos revisaba la vagina. Era mitad médico, mitad psicólogo. Él nos escuchaba y nos daba consejos. La consulta era gratuita, así que había que madrugar para evitar la fila de mujeres que se acumulaban durante el día a esperar su turno. Cuando el doctor abría agenda, las chicas de Respa nos coordinábamos para ir por grupos y no dejar la casa de citas sola.

Muchas éramos del campo, pero le habíamos cogido el tiro al oficio. La misma historia se repetía una y otra vez: mujeres jóvenes expulsadas de sus casas por traer al mundo niños bastardos. Y si la vida era difícil para una mujer pobre de la ciudad, era mucho peor para nosotras, las montañeras. La mejor opción que teníamos, si no queríamos ser sirvientas toda la vida, era encontrar quién nos cuidara el bebé... y a putear. Después de cogerle el gusto, la vida se vestía de mejor color. Algunas ahorran y montaban su propia casa de citas, otras encontraban un marido que las sacara de ahí. Cada una iba encontrando su camino.

La de Respa no fue mi primera casa de citas, pero sí donde más me amañé. Madrugaba a las cinco de la mañana para coger un bus desde Popular –donde vivía con mi mamá y Claudia– hasta el centro, y otro bus desde el centro hasta Guayabal. A las siete de la mañana ya debía estar alistando motores para atender a los primeros hombres, los que mentían en sus casas diciendo que madrugaban para trabajar. En la Casa de Respa pasaba todo el día y toda la noche si algún cliente me pagaba por amanecer. Si no era así, me devolvía –de nuevo tomando dos buses– para dormir en mi casa.

El pago que recibía en la casa de citas me había permitido recoger a Claudia de donde mi hermana –donde había pasado los primeros años– y llevarla a vivir conmigo. Mi mamá, que

se había cansado de trabajar y recién había dejado la vereda para venir a Medellín, también vivía con nosotras. La plata nos alcanzaba para cubrir el arriendo y comer, pero el pago de cualquier imprevisto nos dejaba la alacena vacía. Así, con el arriendo pendiente y la boca como una polvera, fue que conocí a Guillermo León Valencia. Ojalá hubiera tenido pinta de presidente también... este solo tenía el nombre.

Serían las siete de la mañana. Yo acababa de salir de pasar la noche con un hombre donde Respa y tenía en el bolsillo la plata del arriendo, pero me faltaba conseguir lo del mercado. Estaba parada por el antiguo Teatro Guadalupe, esperando a ver qué conseguía, cuando apareció don Guillermo.

—Señorita, ¿se toma un café?

Estábamos en invierno y las primeras gotas de lluvia empezaban a caer. En esa época era más selectiva que ahora, pero aquella mañana helada no tenía nada qué perder. Así que accedí: primero al café, luego al almuerzo y luego al mercado que me regaló. Don Guillermo me compró un par de panelas, una libra de arroz, una de frijoles, un pan grande, un chocolate, media docena de huevos, pastas para hacer sopa y un paquete de caldos.

Y eso fue lo que me transó. Siguió llamándome y yo seguí contestándole. Hasta que un día me dijo que me fuera con él, que me quería sacar a vivir. Que él pagaría el arriendo del apartamento donde estaban Claudia y mi mamá, que les iba a llevar mercado cada semana y que a mí no me iba a faltar nada. Ese era el sueño de muchas de mis compañeras: que apareciera el hombre que les diera una mesa donde comer y una casa donde mandar. Era el mío, también, hasta que lo cumplí. Entonces, la cadenita de oro dejó de brillar.

La casa era grande como un monasterio. Habitaciones a lado y lado, cuatro baños, dos salas, dos comedores, dos patios y un jardín de rosas: amarillas, rojas, rosadas. La primera vez que entré, sentí que me había ganado la lotería.

—¡Don Guillermo, qué flores tan lindas!

—Ahí tiene, mijita. Ármele floreros a su mamá.

Luego entendí que ese caserón no se mantenía solo. Don Guillermo llevaba algunos meses separado de su mujer y yo era carne fresca: la nueva monja del monasterio, el reemplazo de la sirvienta.

Todos los días había que regar las rosas y todos los días, también, había que trapear pisos y limpiar baños. Yo me quedaba encerrada esperándolo hasta la noche cuando, como todo hombre, llegaba pidiendo comida y cama. El viacrucis empezaba a las diez y terminaba a las dos: don Guillermo era demorado en cada polvo y le gustaba repetir. Ese es el problema de los hombres cuando se les deja de cobrar. Quieren sentir que están aprovechando la ganga: que antes pagaban por la leche y ahora son los dueños de la vaca. Y no la sueltan.

Ni una, ni dos, ni tres... cinco veces me agarraba cada noche. ¿Quién iba a dormir así? Cada vez estaba más flaca, cada día con más sueño y más cansada. A eso mi mamá lo llamaba “un hombre asoleador”. Así como en el campo los hombres asolean a una mula hasta enfermarla, así mismo asolean a una mujer en la cama hasta acabarla. Más aún si la mujer no trabaja, si son ellos los que le dan de comer. Y don Guillermo me compraba hasta los calzones.

Cuando uno es puta declarada tiene derechos: puede cobrar en efectivo, rechazar al hombre cochino, exigir un condón. Pero cuando uno es la mujer de un hombre, todos los derechos se convierten en deberes: el cuerpo se vuelve un trapo sucio con el que el marido se limpia los deseos a voluntad. Y sin condón.

Con el pasar de las semanas, don Guillermo empezó a llegar más tarde cada vez. Salía de trabajar y se iba a Guayaquil, a buscar muchachas frente al mismo teatro donde me había encontrado a mí. No me amaba, pero tampoco me soltaba. Cuando tenía plata en el bolsillo, buscaba muchachas en la calle; y cuando no, para eso me tenía en la casa. Se suponía que yo ya no era una puta, pero el día en que los labios de la vagina se me empezaron a pelar, el doctor Vásquez me recibió.

—Te pegaron el Chango, María. ¿Tú ya no estabas de ama de casa?

Intenté irme por primera vez, pero no pude: don Guillermo me escondió la ropa. Llegué del médico y le conté que me estaba enfermando, que quería volver a vivir con mi mamá. Y esa noche mis cosas desaparecieron. Al día siguiente las busqué en cada rincón de la casa. Nunca supe donde las escondió el hombre. Cuando volvió del trabajo me dijo que solo me las devolvería ante la promesa de quedarme, que él solo me quería cuidar. Y cedí.

Mi mamá estaba contenta de verme al lado de un hombre trabajador. Cada semana don Guillermo le llevaba su mercado y, solo por eso, aguanté varios meses en esa casa. Estaba

muy agradecida y habría aguantado más, de no ser por que apareció la esposa. Y no precisamente para saludar.

Don Guillermo era celoso. No le gustaba que yo saliera porque imaginaba que me iría a rebuscar en donde Respa. Siempre dejaba la puerta con llave y me insistía en que no saliera. Hasta que un día cambió la orden: me exigió que no le abriera la puerta a nadie. Menos si era una mujer: una de cabello mono, crespo y largo, la cara rosada y las piernas torneadas. Y así, justo así, era la señora que empezó a venir todas las mañanas cuando él salía a trabajar.

Al principio tocaba la puerta. Después, empezó a gritar. Yo me escondía en la última habitación para que ella no me pudiera ver por la ranura de la puerta y empezaba a rezar. Al cabo de varios Ave María, los golpes y los gritos de la mujer cesaban. Pero al día siguiente volvían a comenzar. Una vez no fue la mujer quien vino, sino un par de hombres jóvenes. ¿Sobrinos de ella?, ¿primos, tal vez?

Con esos hombres en la puerta, los cien Ave Marías no fueron suficientes. Recogí mis cosas sin decirle nada a nadie y cuando don Guillermo llegó, yo ya tenía todo listo en la puerta, a la vista de los vecinos. Así me pude ir. Nunca supe si la mujer volvió a esa casa; si aún está allá regándole las flores a don Guillermo, sirviéndole la comida y la cama. Creería que no. Pero en este mundo hay gente para todo.

Solo basta con mirar a las esposas de mis amiguitos. Mírelas. Están ahí. Colgando de los brazos de sus maridos, aferradas con fuerza a ese viacrucis, como si alguna puta infiltrada en la iglesia se los estuviera a punto de arrebatarse para esconderlos en su pajarera.

Yo siempre busco los rincones, como las cucarachas. Me encantan los recovecos y los lugares oscuros a los que no llega el frío. En los inquilinatos me gusta ser la arrinconada que nadie jode. Y en las Panaderías, la cucha acomodada que el mesero se olvidó de atender. Antes de recostar la cabeza contra la pared, anudo las correas de mi bolso con mis brazos y extendiendo sobre mi pecho la chaqueta verde del Ovejo, simulando un edredón. Si tengo plata, pido un tinto. Si no, embolato a los trabajadores con algún cuento.

—Mi amorcito, estoy esperando al marido. Quedamos de encontrarnos aquí para comer.

Los muchachos me ven bien vestida y me creen. Así los voy enredando hasta que no me molestan más. Estas panaderías permanecen abiertas toda la noche, y aquí me pego mis buenas dormidas cuando no tengo cómo pagar la pensión.

Meto la mano entre mi brassiere y saco mi celular. Son las once de la noche y el Ovejo aún no ha dado señales de vida. ¿Dónde estará? ¿Habrà comido ya? Tal vez esté donde el hermano, no tiene más opción. Debe estar confundido sin saber qué hacer. Allá le dan comida y techo durante varios días, pero no le sueltan ni una moneda partida por la mitad: imaginan que se la bebería antes de pagar la pensión.

¿Se la bebería? ¿sería posible? ¿si estuviéramos durmiendo en la calle y el Ovejo tuviera en el bolsillo una moneda partida por la mitad, sería capaz de bebérsela?

Tengo ganas de comprar un apartamento para mí sola. Ya conseguí la alcancía y la tengo guardada debajo de la cama, detrás de los nidos de las palomas. Cuando puedo, le echo monedas de mil. Cuando no, de quinientos. A veces he tenido que abrirla para ajustar la plata de la pieza, pero trato de dejarla intacta en la medida de lo posible.

Quiero que sea en un barrio cerca del centro para poder bajar caminando y ahorrarme la plata del bus. Ojalá que tenga un lavadero grande y un patio donde las palomas puedan volar. Hay muchas cosas que no necesitaría comprar, he venido recogéndolas: platos y vasos, cortinas, sábanas, pedazos de madera, varillas, escobas y traperas, pesebre y, ahora, hasta árbol de navidad.

No quiero contarle al Ovejo todavía. Quiero conseguirla sin que él se dé cuenta y que sigamos siendo amigos, pero que cada uno viva en su lugar. Es lo mejor para los dos. Hace poco, la Virgen María se le reveló en sueños vestida de blanco, rodeada de flores, y casi me delata.

—Ovejo, tienes que irte a un convento de clausura —le dijo la Virgen.

—¿Y la Oveja? ¿la voy a dejar solita? —respondió él, preocupado.

—La Oveja no va a necesitar de ti. Ella va a estar bien. Ella puede sola y no va a necesitar tu ayuda. Sigue tu camino.

Sexta luna

La Bruja Sofía nos hace favores a todas en la Veracruz: nos escucha las tristezas, nos descifra las malas rachas, nos consigue clientes y, a las que se lo piden, les consigue marido. Viene de los Llanos Orientales. Por allá aprendió a jugar con el destino de las personas: a quitarles lo que nunca han merecido o a devolverles lo que la vida les quitó sin justa causa. A mí me ha revelado varias veces el lugar en el que está el Ovejo cuando llevo días sin saber de él, y hasta le consiguió marido a una compañera de la Veracruz que tenía los días contados.

Nadie sabía qué iba a pasar con ella. Jessica es una negrita gorda y piernona que llegó de Buenaventura. De vez en cuando me la encontraba en el rebusque y casi siempre me decía que las cosas iban de mal en peor, que no tenía plata para pagar la pieza y que estaba durmiendo en la calle. No podía volver a su tierra porque había un hombre —el marido, me parece— que la quería matar. Yo la había dejado de ver durante casi un año, cuando me la encontré tomando fresco en una panadería, sentada al lado de un francés y con una niña en brazos.

—Jessiquita, cómo te veo de bien.

Al principio pensé que había tenido bebé y que ese era un cliente más. ¿A quién se le ocurre traer a un bebé al rebusque? Días después, me la volví a encontrar y me contó la verdad: que había agarrado a ese francés y le había sacado hija; que ahora vivían juntos y lo tenía comiendo de la mano. A ella y a la niña les pagaba la pieza en un hotel de caché por El Palo que se llama Sol y Luna —casi un millón de pesos al mes—, y ella consigue lo de la comida en La Veracruz. Él la deja seguirse rebuscando.

A Gloria, otra compañera, la está ayudando a evitar que los gringos le quiten a su hija. A un primer hijo de Gloria, que ahora tiene veintiún años, se lo llevaron hace diez. Y a la pequeña, de siete, ya la tienen en una casa temporal del Bienestar Familiar, donde van y la visitan familias que están buscando adoptar. Hace dos semanas, Gloria fue a visitarla, pero por el estado en que estaba, le prohibieron volver. Una mujer drogada y alterada podría hacer cualquier cosa en esta situación. Su batalla consiste en lograr que le den la custodia de la niña a su hermano y su cuñada antes de que alguna familia gringa la adopte. Pero esto requiere hablar con mucha gente, hacer muchas llamadas. Y Gloria no tiene plata. Hace una

semana no va a su casa porque apuñaló al tendero del barrio. El hombre la había empujado para sacarla del lugar creyendo que era una ladrona, y ahora está amenazada por lo combos que tienen el poder en la zona.

La Bruja Sofía se está encargando de saber qué día y a qué hora es seguro que ella suba al barrio para hablar con su hermano sin que la maten.

A nosotras, Las Guerreras del Centro, también nos está haciendo un favor. Queremos saber si los teatros y museos donde presentamos el performance se demoran en pagarle a Melissa, la directora de la corporación; o si le pagan a tiempo pero es ella quien destina la plata a gastos propios y se demora en pagarnos. Con esa duda no nos queremos quedar. Han habido veces en que el pago por una presentación se demora hasta ocho meses. Varias de las Guerreras se enojan, la llaman al celular y la bravean, la amenazan.

Yo no estoy de acuerdo con eso. No debería ser así. Si no hay respeto con la patrona, no estamos en nada. Pero es que Melissa se demora mucho en pagar. Uno se endeuda en la familia, en la pensión y en la tienda. Cuando la plata llega, uno ya la debe toda. Esa plata no se alcanza ni a oler.

Y la idea de muchas era cambiar de vida. Eso fue lo que Nadia, la creadora del performance, nos prometió.

—Yo las voy a ayudar a ustedes para que cambien de vida, para que no tengan que putear por obligación sino por gusto. Para que puedan comer bien, vestirse bien, pagar su arriendo. Yo no me meto en la vida de ustedes para nada. Les quiero dejar esto de recuerdo y de herencia. Esto les quiero dejar: un arte para que se defiendan. Y si Adela baila salsa, cobre por bailar. Y si María cuenta historias, cobre por contar. Ustedes pueden seguir siendo putas. Pero, ahora, también son artistas.

Esa vez iba corriendo para el Parque Botero y casi no paro a saludar a Luz Mery. Tenía una cita con un amiguito a las ocho de la mañana y ya eran las nueve.

—Cancele el compromiso que tenga, Mariíta. Hoy tenemos un almuerzo a las doce del día en la Alpujarra.

—Pero voy corriendo a verme con un turista.

—¡Qué turista ni qué nada! Este es un almuerzo con el Alcalde.

Era el día de la mujer, y la Alcaldía le iba a brindar almuerzo a todas las mujeres que quisieran ir: monjas, policías, trabajadoras de espacio público, empleadas de cafeterías, prostitutas. Yo llamé a mi amiguito y no me contestó. Así que me fui con Luz Mery y lo dejé esperando como un sapo en una tomatera.

—Pero antes de ir a la Alcaldía vamos a pasar por el Museo de Antioquia. Una mexicana está buscando ocho mujeres.

—¿Ocho mujeres? ¿Quiere pasar la noche con ocho mujeres?

—Yo no sé si quiere pasar la noche. Solo sé que quiere que le hagamos un ‘casting’.

—¿Y eso qué es?

—Allá nos enteramos.

Y nos fuimos para el Museo. Cuando llegamos, Mery entró a un salón donde habían varios trabajadores del Museo. Entre ellos, la mexicana. Yo me quedé esperándola en el corredor y, al cabo de unos minutos, salió.

Resultó que la mexicana no era mexicana. Era Nadia Granados, una artista plástica colombiana que vivía en México pero que había venido para crear un performance con las prostitutas de la Veracruz. Para ser seleccionada, debía decir una poesía, cantar una canción y contar una historia. Historias he vivido muchas, canciones también me sé, pero poesías... ninguna. Bueno, sí me sabía dos. Las mismas que me he sabido toda la vida.

Entré al salón con miedo: yo no soy actriz. Pero, entonces, por ahí escuché: “si llevamos veinte años fingiendo orgasmos, esto no nos queda grande, muchachas”... Y me animé a recitar mis poemas.

—*Manecita rosadita,*

Muy experta yo te haré,

Para que hagas buena letra,

Y no manches el papel.

Hubo algunas risas y aplausos en el salón. Supe que estaba donde debía estar. Y les solté el segundo antes de que me lo pidieran.

—*Esto dijo el armadillo,*

A su novia en el zanjón:

Si te casas conmigo,

*Te saco del montón.
Y luego el mismo armadillo,
Le advirtió en el mismo zanjón:
Pero si no te casas conmigo,
Vas a llevar del montón.*

Y se cuajaron de la risa. Les gustó mi voz y mi porte. Cuando canté “*No tengo dinero, ni nada que dar, lo único que tengo es amor para dar...*” quedaron fascinadas esas muchachas. Y cuando conté mi historia, todavía más.

Cómo les parece que yo tenía un amante: Jairo Velasquez Madrid. Antiguamente a eso lo llamaban mozo, pero ahora esa palabra no se usa porque se volvió vulgar. Nos habíamos conocido en la calle, en la Veracruz. Empezó siendo cliente mío, de los buenos, y nos fuimos amañando. Iba y me visitaba varias veces a la semana. Yo estaba más entera, eso fue hace años, y no me sabía una de las reglas básicas: así como se le fingen orgasmos al borracho mal-bañado y polvo-de-gallo, se le esconden al que llega perfumado y lo volea bien bueno. Puede que a usted un cliente la haga a venir, pero no se enamore. Y si se enamora, por amor a Dios, no se lo demuestre. Ese es de los peores errores que se pueden cometer: encoñarse es de humanos, demostrarlo es de principiantes. En el encoñamiento empiezan el acoso y los celos. Por el encoñamiento se puede llegar, incluso, a la muerte.

Y a mí los albores del oficio me llevaron a sentirlo todo y demostrarlo todo. Cuando se dio cuenta, Jairo se volvió orgulloso y abusivo.

—Entonces, negra, ¿cuánto le doy?— me preguntaba saliendo del hotel.

—“Tanto”.

—¿Todo eso? ¿Y es que quién comió gallina?

—¿Usted no acaba de comer gallina, pues?

Me visitaba siete días a la semana y solo me pagaba dos. Me hacía reclamos cuando me veía las faldas demasiado corticas y empezó a espantarme el resto de amiguitos. Si él sabía que yo siempre me paraba en Veracruz, entonces yo me tenía que ir al Raudal para que no me encontrara. Y cuando se enteraba de que me estaba parando en el Raudal, me tenía que regresar a Botero. Yo corría por todo el centro, me metía a las iglesias. Una vez, el Cura de la Catedral de Bolivar me preguntó por qué venía a las carreras.

—Ay, Padre, es que me van a pegar.

—¿Cómo así?

—El novio —Me daba pena decir que era el mozo.

—¿El novio le va a pegar? Si así es de novio, ¿cómo será de esposo?... Bótelo. Bótelo de una vez.

—¿Será, Padre?

—Para ayer es tarde.

Y me decidí. Al día siguiente era mi cumpleaños y, con una plata que tenía guardada, me compré un estrene de pies a cabeza. Me senté a plena luz del día junto al caballo de Botero que no tiene jinete y abrí las piernas de par en par, esperando a que algún gringo me lo pidiera. Y ahí estaba, pendiente de que Jairo cayera como un ratón en una ratonera, pensando las palabras para echarlo de una vez por todas, cuando un hombre alto, pispo y elegante apareció detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo ahí? —me susurró.

—Esperando a ver quién me lo pide —le susurré también.

—Ah, yo te lo pido —volvió a susurrar.

—Qué rico, papito... pero hablemos más duro que casi no le oigo.

—Esto es lo más fuerte que puedo hablar. ¿Ves este aparato en mi garganta? Me operaron hace poco y quedé así, susurrando para siempre.

—Ay, pobrecito.

—Vamos a tomar algo. Entra a la panadería y pide lo que quieras. Yo ya vuelvo.

—¿Cómo te llamas?

—Horacio.

Pedí un vaso de agua por temor a que no volviera. Él tenía que ir hasta el cajero, y el Conavi más cercano quedaba a varias cuadras de allí. No lo podía vigilar.

Iba a probar mi vaso de agua cuando apareció el indeseado haciendo su alboroto.

—¿Con quién estás, perra hijueputa? Golfá malparida, ramera. ¿Para dónde crees que vas?

Era la primera vez que escuchaba esas palabras tan raras: Golfá y ramera. ¿Qué quería decir eso? Al día siguiente, mis compañeras me lo explicaron llorando de la risa.

Dejé que Jairo gritara todo lo que quería gritar. Estábamos en una cafetería y no podía hacerme nada. En silencio, escuché una y otra vez las palabras raras que escupió y, en silencio también, vi cuando la gente comenzó a abuchearlo y un empleado de la cafetería lo sacó a empujones del lugar.

Volví a poner el vaso de agua, intacto, sobre la mesa, y esperé a que llegara Horacio.

—¿Conoces el Hotel Mairuba?

Así hubiera ido treinta veces, le dije que no.

—Sácame de aquí.

Y nos fuimos. Atravesé la Plaza de Botero como flotando, colgada del brazo de mi salvador, mi nuevo amiguito alto y elegante, el amante soñado que me liberaría de la peor encoñada de mi vida. Llegamos al hotel, subimos a la pieza, nos recostamos en la cama, nos desnudamos y, justo cuando la magia debía suceder, Horacio me bajó de la nube.

—Tengo un problema. Es que no se me para.

—Ay, por Dios. ¿Ni el pelo se le para?

Le ofrecí pastillas, menjurjes, jugos afrodisiacos. Pero él ya todo lo había probado y nada le había funcionado. Me había traído hasta aquí para poner a prueba la que era su última opción: ver a una puta bailar.

Le hice todas las piruetas que a esa edad sabía hacer. Me senté mal-sentada, me subí la bata despacio, le hice carriso, le mostré los calzones, le di gateo, le chupé las orejas, las tetillas, el caminito de la espalda... pero nada sirvió. Árbol caído, caído se queda.

—¿Y ahora qué?

Una cosa nos llevó a la otra y terminamos acostados y desnudos, contándonos historias. De la vida de él y de la vida mía; del barrio de él y de la vereda mía. Después de esa tarde pensé que nunca me iba a buscar otra vez y que sería imposible olvidar a Jairo. Pero volvió. A la semana siguiente y muchas veces más. Nos contábamos historias, nos acariciábamos y varias veces me dio placer. Fuimos amantes durante muchos años y me pagó cada una de las tardes en el hotel. No puedo decir que Horacio me echó un polvo porque sería mentira. Pero sí me desencoñó. Y también, a su manera, me enamoró.

A todas las Guerreras del performance les puse un nombre. Gladys, ‘la Secretaria de Santos’; Jackeline, ‘la Come Rosas’; Mery, ‘Siete polvos mágicos’; Carolina, ‘la Celia Cruz’; Adela, ‘la Bailarina’; Gloria, ‘Gloria Sexy’; Johana, ‘la Estrella del Rock’; y yo, María, ‘la Contadora de Historias’.

—Ay María, ¿usted de dónde sacó todo eso? —me preguntan las compañeras.

—Ah, sí: yo soy poética también.

Nos reunimos todos los jueves en Comfama a tejer y echar cuentos. El espacio se llama Tejiendo Historias. Las Guerreras que saben tejer les enseñan a las que no saben y a todo el que quiera aprender. Cada jueves llegan estudiantes de universidades, investigadores, amas de casa, artistas, curiosos y más prostitutas. Las que participamos en el performance somos las mismas ocho que empezamos con Nadia Granados en el Museo de Antioquia, pero cada vez somos más mujeres en la corporación Guerreras del Centro, que ahora es independiente. Tejemos para sacar productos a la venta o para subastarlos, y tener un ingreso aparte de lo que recibimos por presentarnos en teatros.

Después de que las presentaciones del performance con el Museo terminaron, Melissa nos contactó y nos dijo que ella podía dirigir el colectivo, que el performance no tenía que acabarse y que, si queríamos, podíamos conformar una corporación. Ella nos ayudaría a darle continuidad al proyecto y a encontrar más espacios en donde pudiéramos ser escuchadas. Y nosotras aceptamos.

Nos hemos presentado en muchos teatros de la ciudad. Incluso, en el Pablo Tobón Uribe, como todas soñamos alguna vez. ¿Quién se imaginaba que pasaríamos de putas de la Veracruz a actrices del Pablo Tobón? El Teatro estaba lleno y el público se reía a carcajadas cada vez que yo simulaba las piruetas que hacía en el Hotel Mairuba para encender a Horacio.

Todas tenemos mil historias por contar. Nos hemos prostituido de alguna manera. Varias, como yo, ejercemos el oficio en la calle desde jóvenes. Otras le dieron sexo y cuidados a un hombre que odiaban, a cambio de techo y comida.

Algunas compañeras se avergüenzan de ser famosas por putas. Pero no es mi caso. A mí no me molesta la verdad. Que me conozcan en todo el mundo por lo que he sido: una alborotada, la puta más alborotada. La gallina que se escapó del corral.

Me despierta mi celular vibrándome en las tetas. Ya salió el sol. Deben ser casi las seis de la mañana y mis palomitas están en la pieza, revoloteando en sus cajas, pidiendo comida.

Contesto a la segunda llamada. Es el Ovejo. Acaba de salir de la casa del hermano y ya viene para el centro. En efecto, tiene la barriga llena pero el bolsillo vacío. ¿Qué vamos a hacer?

Busco en el fondo de mi bolso la libreta donde anoto los teléfonos y encuentro el de Melissa. No puedo pasar un día más en la calle. Y si no me puede pagar lo que me debe, me lo va a tener que prestar.

Me despido de los trabajadores de la panadería que me dejaron dormir toda la noche en mi rincón. Camino hasta mi banca en la Veracruz y espero a que llegue la muchacha de los minutos. Hoy es sábado, y quizá algunas cosas vuelvan a la normalidad.

A las nueve, la veo llegar. Le pido que me fie un minuto, le cuento mi historia, y me entrega el celular.

Después de varios intentos, suena la voz de Melissa al otro lado de la línea: que menos mal la llamé, que hoy nos vamos a reunir para hablar de una próxima presentación y que me tiene listo el pago de la última función.

—Bueno, Melissita. Nos vemos a las once en el Museo. Aquí la espero.

Bendito sea Dios.

Redención

Yo leía la biblia, pero la católica, no la de los evangélicos. Me gustaba leerla toda. Leía y leía hasta que un día de pronto la acababa. Todos los días dos o tres hojas, hágale y hágale, para descubrir cómo era. Ahí relatan muchas cosas que ocurrieron en siglos pasados, cosas que uno no sabía y que los padres a veces no explican. Ahí encontré yo un texto que habla de cuando las mujeres estuvieron muy escasas y el hombre más vivo agarraba tres mujeres para él. Qué tan agalludo. Ese Salomón tuvo muchas mujeres. Todos los días hacía el amor con una distinta y tuvo que construir un castillo para guardarlas a todas. Parece que fueron más de cien mujeres y a todas las tenía juntas, imagínate. Tenía que tener bastantes sirvientes para cocinar porque ellas, como eran mozas de él, no hacían nada. Las tenía para hacer el amor variado. Todas se tenían que aguantar.

Mi sueño viene de esa época. Las paredes son de piedra rojiza y están cubiertas de jeroglíficos. La luz es amarilla y tenue. Un par de columnas gruesas se sitúan a lado y lado del escenario, sostienen el techo del que cuelgan telas largas, blancas y rojas, lino y terciopelo. Humo blanco de incienso perfuma el lugar. Se escucha música antigua, de flautas. Estoy en un teatro egipcio.

Hacia mi lado derecho, todos en el público son colombianos. Hacia el izquierdo, todos son egipcios. Los hombres traen chaquetas elegantes y sombreros; las mujeres, peinados rimbombantes, alhajas de jades y rubíes. Son gente de mundo y de plata, gente a lo pachá.

En el centro del escenario está la prostituta más elegante y bonita de la ciudad. Cuando baila, el vestido le campaneaa para un lado y para el otro. Es fucsia y cae hasta las rodillas, igual al que me pongo yo para presentarme en los teatros. Como el mío, deja los brazos descubiertos y baja ceñido al cuerpo, delineándole la cintura, así como a mí. De escote cuadrado y tiras delgadas, tal como el que uso yo. Ella se mueve y el vestido le brilla lo más de bonito.

El pelo le cae hasta aquí, ondulado como el mío, cubriéndole los hombros. Es trigueña y tiene sobre la frente un tocado de hilos brillantes. La envuelven collares y aretes largos. Está maquillada con las mejillas y los labios fucsias, como me gusta pintarme a mí, un poco de sombras, y nada más. Desde las torres del teatro, la gente cuchichea.

—¿Quién es esa muchacha tan bonita?

—Es María Magdalena, la amante de Jesús— contestan entre susurros.

Eso decían los ateos. Que tenía siete maridos, y que uno de esos era Jesucristo. Pero yo creo que tenía más. Las egipcias eran así.

De pronto, María Magdalena se detiene, deja de bailar y se me queda mirando. Baja las gradas del escenario y llega hasta donde estoy. Cuando me toma de las manos, me pongo de pie y me quedo mirándola. Todos en el público están desconcertados.

—¿Y tú qué?— me dice, y puedo sentir el olor de su labial.

—Soy María, prostituta.

—María prostituta, yo también comencé así, por gusto. Fui la oveja negra de mi familia, como tú.

—Quiero que me des un consejo...— atino a decir entre mi asombro, pero ella no me deja terminar.

—No sufras. Esta es mi última presentación antes de convertirme. Dios te va a perdonar.

Eso alcanza a decir siempre, cada que el sueño se repite, antes de que la música de flautas se funda con el aleteo de mis palomas golpeando el cartón.

Referencias bibliográficas

- Capodiecì, Salvatore (1998). *La edad de los sentimientos. Amor y sexualidad después de los sesenta años*. Editorial Herder, Barcelona.
- De Beauvoir, Simone (1970). *La vejez*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Fabbri, María (s.f.). *Las técnicas de investigación: La observación*. Tomado de: <http://www.fhumyar.unr.edu.ar/escuelas/3/materiales%20de%20catedras/trabajo%20de%20campo/solefabri1.htm>, en mayo de 2018.
- Freixas, Anna; Juliano, Dolores. (2008). Un sector susceptible de doble marginación: mujeres mayores que ejercen o han ejercido la prostitución. *Anuario de psicología*. Vol 39. Nº 1. Consultado en: <http://www.raco.cat/index.php/AnuarioPsicologia/article/view/99372/159764> en mayo de 2018.
- García Suárez, Carlos Iván (s.f.). *Investigación cualitativa como jazz. Variaciones prospectivas de una analogía*. Tomado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105117890002>, en mayo de 2018.
- Hernández Sampieri, Roberto; Fernández, Carlos; Baptista, Pilar. (1991) *Metodología de la Investigación*. México: Interamericana.
- Holgado Fernández, Isabel. (2004) Reseña de "El prisma de la prostitución" de Gail Petheerson, "La prostitución: el espejo oscuro" de Dolores Juliano y "Retrato de intensos colores" de Carla Corso y Sandra Landi. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*. (5) Tomado de: <http://www.redalyc.org/pdf/537/53700525.pdf> en mayo de 2018.
- Hurtado, Jaqueline (s.f.). *La revisión bibliográfica y la fundamentación de la investigación*. Tomado de: <http://investigacionholistica.blogspot.com/2008/02/fundamentacin-terica-y-conceptual.html>, en mayo de 2018.
- López Sánchez, Félix; Olazábal Ulacia, Juan Carlos. (1998) *Sexualidad en la vejez*. Madrid: Pirámide.
- Mancini, Adriana (s.f.). *Algunas notas sobre literatura y vejez*. Katatay Red Internacional. Tomado de:

http://www.redkatatay.org/sitio/invitados/archivos/adriana_mancini.pdf, en mayo de 2018.

- Medina, Cremilda. (1986) *Entrevista: el diálogo posible*. Sao Paulo: Ática.
- Osorio, Raúl; Kunsch, Dimas. (2016) Editorial. Parte de: *Revista Folios*. Nº 35 y 36. Ene-Dic 2016.
- Paz, Octavio. (1982) *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Robles, Bernardo (2011). *La entrevista en profundidad: una técnica útil dentro del campo antropológico*. Tomado de: <http://www.redalyc.org/pdf/351/35124304004.pdf>, en mayo de 2018.
- Sá Marino, Luis Mauro. (2014) La comprensión como método. Parte de: *Comunicación, diálogo y comprensión*. Sao Paulo: Pleiade.
- Sobrado Correa, Hortencio. (2010). Sexo y amores en la vejez de la sociedad gallega del Antiguo Regimen. *Revista de Historia da Sociedade e da Cultura*. (10) Tomo I. Centro de Historia da Sociedade e da Cultura. Universidade de Coimbra.
- Taylor, S. J. y Bodgan, Robert. (1998). Introducción a los métodos cualitativos de investigación. 4ta edición. Paidós. Barcelona.
- Vespentes, Virginie. (2006). *Teoría King Kong*. Buenos Aires: Literatura Random House.
- Villa Camarma, Elvira. (2010) Estudio antropológico en torno a la prostitución. *Cuicuilco Revista de Ciencias Antropológicas*. (49) Tomado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592010000200009 en mayo de 2018.